



FRAY MOCHO

1929



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, abril 2 de 1929

No. 884



"¡GLORIA IN EXCELSIS!"

(Véase la página siguiente)



En reposo profundo
Media la noche mientras duerme el viento;
Limpio crespón azul que cubre al mundo
Semeja el firmamento
Donde fulguran bellas
En múltiples miriadas las estrellas.

Esta sublime calma,
Fuente de pensamientos soñadores,
Deleita al corazón, y es ante el alma
—Que en sus propios dolores
Con ella se alborozan —
Símbolo de la paz que el orbe goza.

De pronto en el espacio
Reverbera la luz de etéreo día,
Y entre nubes de púrpura y topacio
Resuena la armonía
De cántico sonoro
Que ensalza a Dios en inefable coro.

¡Gloria "in excelsis!" clama
La voz triunfal de seres inmortales,
Voz que por cuatro vientos se derrama;
Y otros seres iguales
Que al mal declaran guerra
Pregonan con amor: ¡Paz en la tierra!

Saliendo de entre nubes
Que despiden vivisimos destellos,
Aparecen aligeros querubens
De dorados cabellos
Y faz embelesada,
Fija en Belén la atónita mirada.

Y por aérea ruta,
Cual nueva escala de Jacob, su vuelo
Dirigen desde el cielo a tosca gruta,
O de la gruta al cielo,
Como en rayos brillantes
De alegre sol los átomos flotantes.

¡Qué contemplan? Respira
Su semblante feliz la bienandanza
Del alma fiel que satisfecha mira
Dulcísima esperanza,
Esperanza sin mengua
Que no puede narrar humana lengua.

¡Gloria in excelsis!

De la gruta en el seno,
Mansión de santidad y de ventura,
Y en lecho que formó con paja y heno
La Madre y Virgen pura,
Sin pañales ni alifio,
Irradiando esplendor descansa, un Niño.

¡EL es! El Deseado,
Sumo Dominador de las Naciones;
El que por siglos fué prefigurado;
El que en claras visiones
A cumplirse sujetas
Vaticinó la voz de los Profetas.

En leda paz sonríe,
A pesar de tan mísero abandono;
Mas ¡ay! para que en dichas no confíe,
Aunque le espere un trono,
El dolor en acecho
Quiere desde la sombra herir su pecho.

Y en apartado monte
De la Cruz el patíbulo aparece,
Destacándose en cárdeno horizonte;
La tierra se estremece,
Y al fondo del abismo
Se desempeña caduco el Paganismo.

Las puertas celestiales,
Cerradas al consuelo de las penas,
Abrirse ante su afán ven los mortales;
Y, rotas las cadenas
De Luzbel furibundo,
Aura de libertad respira el mundo.

Digno ya de su nombre,
Rescatado a las garras del tirano,
Y en su linaje ennoblecido, el hombre

Será del hombre hermano;
Y amor que los concilia
Verá de pueblos mil una familia.

Humildad, fe, pureza,
La corona tendrán que merecieron:
Por ello al ver su insólita grandeza
Los ángeles dijeron:
¡Gloria al Verbo humanado!
¡Paz en la tierra al hombre atribulado!

¡Oh! Bien haya esta, hora
Que en el cuadrante de los tiempos marca
Triunfo sin par de diestra redentora,
Y en que a la fiera Parca
Muerte amiga sucede
Que dar vida sin fin al alma puede!

Mi espíritu abatido
Presiente en ella dicha indefinible,
Y por el rayo del amor herido
—Que le toca invisible—
Renace, se levanta,
Y, en señal de victoria, libre canta.

Jerusalén, no ciega
Desdén ser de la, salud oriente:
El débil Niño que a salvarnos llega
Es astro, que, aun naciente,
Disipa en cuanto asoma
Las tinieblas idólatras de Roma.

Si le ves doblegarse,
Fuerte varón, a incua, muchedumbre,
Primero le verás transfigurarse
Del Tabor en la cumbre,
Mostrando a tu mirada
La gloria que en su ser está velada.

¡Mas ya, tus himnos siento!
A su presencia con amor te humillas!
Mi jubilosa voz uno a tu acento,
Y exclamo de rodillas
Cuál tú, reina y señora:
¡Jesús de Nazaret, mi fe te adora!

Antonio ARNAO.

Aquel relojito tenía una característica especial, casi una personalidad. Ni en la Rue de la Paix, ni en la Chaussée d'Antin podía encontrarse nada que se le asemejara en importancia. Su tic-tac era preciso, exactísimo, y casi tan inaudible como la voz persuasiva de monsieur Ismael Silverheim al dirigirse a sus clientes. Era, de platino y extraordinariamente delgado.

Monsieur Ismael Silverheim lo había colocado entre dos collares de diamantes tan exactamente en el centro del escaparate que ni aun su propio hermano Abel pudo encontrar la más mínima diferencia, ni un milímetro más ni menos a la derecha que a la izquierda. Extraño en demasía era que el relojito diera la espalda al elegante público que discurría por delante de él, no porque se avergonzara de su artística esfera, reputada de exquisita, sino porque en el centro de aquella tenía un rubí, un solo rubí, pero tan bello que parecía como decir a los transeúntes:

"Yo soy único y si tienes el precio..." Y el precio era alto, muy alto, veinte mil francos. ¡Una bicocha! Es asombroso lo que cuestan las bagatelas al mundo elegante. ¡Y pensar que hay mujeres que llegan hasta la tragedia por cualquier friolera de esas!

Pues, como iba diciendo, monsieur Ismael lo había colocado con sus blancas manazas sobre un cuadrado de terciopelo gris-paloma, como complemento de buen gusto y acierto en la elección de color que convenía a un rubí sangre-paloma.

SACRIFICIO INUTIL

Por F. M. González

Los dos hermanos estaban orgullosos de sus peritos ojos. Abel era un verdadero experto en perlas e Ismael se distinguía por su profundo conocimiento de los rubíes que, como él decía, su compra reportaba mayores beneficios que los brillantes y, si no se cree, que se lo pregunten a los usureros.

Y aquel rubí fué el que le quitó el sueño a Luisa y con el sueño la felicidad. Esto es adelantarme a los sucesos y, perdonenme las lectoras, atrás que me voy.

Su misiva, francesa en su finura, italiana en sus efusiones, descansaba sobre las horquillas de Luisa, que la leía y la volvía a leer mientras se arreglaba el abundante cabello negro que le caía hasta cerca de las rodillas.

Heber sido invitada al té del Signor Peronini significaba mucho para Luisa; no era sólo una fineza hacia ella, joven y bonita, sino una distinción por su potente y bien timbrada voz de contralto, un honrado aprecio del trabajo realizado en el conservatorio de París por aquella pobre muchacha de tez morena que tan apreciada es por los italianos.

De cuando en cuando se acercaba Luisa al ventanuco de su modestísima habitación, dominando

el tejado, para convencerse de si la persistente lluvia de aquel domingo de enero iba a durar todo el día, martirizando sus vermellones geranios y corriendo a lo largo de las canales hasta extenderse por la acera de la Rue St. André des Arts.

El signor Peronini se había presentado de improviso en la clase del conservatorio, y Calmette, el hombre cuyas palabras eran leyes en la Opera, iba con él. Calmette no había abierto la boca; ni una sonrisa de aliento se le había escapado al sentarse y mirar a todos lados vagamente a través de sus pesadas gafas de oro, con la cansa barba apoyada en su escuálida mano derecha.

Aun después de haber terminado Luisa su canto no se inmutó el magnate; pero Peronini se dirigió a ella para expresarle su admiración con estas palabras: "Su voz es admirable; es tan dorada como el vino de mi país". Ningún cumplido es bastante satisfacción para una joven de veinte años y Luisa, aunque radiante de alegría, se sintió un momento como con ganas de llorar.

Pero el famoso tenor se inclinó ante ella y la muchacha enrojeció dándose cuenta de la realidad. Le

constaba que el signor Peronini no alentaba nunca a los jóvenes cantantes si no creía que su voz lo mereciera. ¡Eran tantas las miserias que había presenciado por esa causa! Y el bondadoso Peronini, en todo el apogeo de sus facultades, con su sonrisa genial y su corazón de niño, alentó a Luisa.

Aquel domingo, imborrable en la memoria de la joven, se había levantado el aplaudido tenor, con un bostezo largo, en su mal ventilado piso de la Ile St. Louis; se restregó sus negros ojos de azabache, volvió a bostezar y desesperarse, llevó sus manos a la rizada cabellera, que la brillantina hacía más negra, y abandonó su cama-canapé. Había cantado "Fausto" la noche anterior, con el éxito acostumbrado, y se retiró muy tarde después de la cena en el Café de París.

Ya despierto del todo, envuelto en su radiante bata de seda, se dirigió a la ventana de su modesto dormitorio y, por algunos momentos, contempló las secas ramas de los árboles que bordean el amarillento Sena.

—Bah! —exclamó, refiriéndose a la lluvia: —*Sacré temps.*— Su francés luchando por la pureza de la pronunciación bajo el más rico acento italiano.

Volviéndose majestuosamente de la triste vista que el exterior le ofrecía, cantó su famosa canción favorita "Aires de mi tierra", roció su rasurada cara, cara de prior conventual, con un pulverizador que contenía agua colonia y tocó el timbre para que le sirvieran el desayuno.

Como de costumbre, también,

cumplimentó a la portera por lo deliciosamente que hacía el café, mientras ésta dejaba sobre la mesa del pequeño comedor la bandeja con el desayuno. Era casi exagerado en sus atenciones a la buena madame Dupuy; en verdad, se pasaba de fino, como solemos decir, con todo el mundo: era un hombre que al serle presentada una persona se llevaba invariablemente su mano del grueso anillo de brillantes al corazón antes de extenderla al visitante, sonriendo en silencio como dando a entender que le faltaban las palabras para expresar el placer que sentía. Y al ser una mujer hermosa la presentada, ¡ah! entonces, "¡Sus cabellos! ¡Sus ojos! ¡Su encanto! ¡Su gracia! ¡Su voz! ¡Oh, su voz!, como las notas de un ruiseñor en su amadísima Italia!" No extrañará, pues, que su modesto dormitorio estuviera repleto de retratos dedicados. "Al signor Peronini en testimonio de profunda admiración".

Los tés de Peronini comenzaron con su clamoroso éxito en Tosca y continuaron a lo largo de todo su repertorio. Aquel domingo lluvioso dominaba en la mesa el plato frío de carpa, adornado con perejil, una pierna de carnero y unos excelentes embutidos procedentes de la montañosa aldea que vió nacer al artista. Esperaba al gran Calmette de la Opera, a propósito invitado para dar ocasión a Luisa de conocerle, pues desde que la oyó cantar en el conservatorio no tuvo Peronini más que una preocupación: verla en la Opera.

Bien sabía que una palabra de Calmette era suficiente para que la joven debutara y entonces, "cantarían juntos... ¡su belleza! su voz!... Porque es bella, muy bella..." Se decía entre sorbo y sorbo de café. La verdad era que desde aquella media hora en el conservatorio, oyéndola cantar, había caído en las redes del ciegucecito dios con toda la extravagante intensidad de los italianos. Y su notita de aceptación para concurrir al té la tenía allí, sobre la bandeja delante de él, y la contemplaba casi con adoración.

Y eso que no sabía que en aquellos mismos momentos releía Luisa su invitación, teniéndola sobre las horquillas que habían de sujetar su hermosa cabellera, impresionada por aquella atención y orgulloso de que su voz se la hubiera proporcionado.

¿Enamorada también? Se hubiera reído con todas sus ganas si alguien se lo hubiera indicado; sinceramente agradecida a él, pensaba la joven. Y se detuvo de pronto para cerrar el ventanuco y seguir peinándose y seguir pensando.

Nada tan triste como la Ile St. Louis en un día de lluvia. La línea de vetustas casas enfrentando el río es tan vieja que a duras penas se sostiene, descansando unas casas sobre otras, como grupo de ancianos en un duelo. Peronini había alquilado aquel piso cuando era casi tan pobre como Luisa ahora, y los recuerdos, quizá, le retenían allí aun siendo el favorito de la sociedad parisina.

Entre los invitados este domingo se hallaban, cuando Luisa entró, Dufrene, el violinista; Sanfrol, bibliotecario de una gran orquesta; madame Villier, la contralto de la Opera, y el de honor, M. Calmette.

Un año ha transcurrido desde aquel té de genialidades y carpa fría, y de nuevo se encuentra Luisa entre celebridades del canto y de la música. A su derecha Calmette, estudiando cada gesto de la bella joven a través de las pesadas

gafas de oro. Entre el café y los licores se permitió el magnate dirigirle la palabra con aquella voz metódica, sin inflexión alguna, que tanto le caracterizaba, mientras los demás reían una ocurrencia oportuna.

—Mademoiselle, ¿le gustaría venir con nosotros para ser una de nuestras "pensionales?" — Y después de mirarla nuevamente, con fijeza imperturbable, agregó: —¡Eh, bien! "ma petite", si es que usted se decide... Vaya mañana a verme. —Y sin esperar contestación se levanta con ligereza dejándola presa de una terrible conmoción de alegría.

—Es un hecho —, prorrumpió Peronini entusiasmado al enterarse. Y la retuvo, después de marcharse los demás invitados, para aconsejarla como buen camarada, ya que él conocía a fondo la vida en que ella iba a entrar.



—Yo, señorita, soy todo lo contrario de mi hermano.
—¡Ay!, qué simpático debe de ser su hermano.

Su debut en la Opera hizo furor y sus éxitos continuaron; se contaban por cada noche que cantaba. Luisa no era ya la pobre muchacha que conocimos; su piso en la Avenue Wagram era lujosísimo y su posición social la de una "grande artiste". Todas las celebridades venían ahora a sus salones; celebridades viejas y nuevas, que se movían silenciosas por las mullidas alfombras de Persia.

De su vida privada, irreproachable, no se oían más que alabanzas; que tal era su tacto social. Y aunque tan rara transformación se había operado en esta mujer, cuyos encantos, cuya salud y cuya belleza a más de la magia de su voz, la habían convertido en la favorita del público más escogido del mundo, no amaba a nadie; es decir, sí: amaba a su perrita Popy, cuchicheaba en las sedosas crejillas de su fiel pekinesita todas sus esperanzas, todas sus alegrías y todas sus penas; y si bien Popy no la contestaba, bien se sabía de memoria todos los rincones y todas las hendiduras del escenario y aun guardaba cariño para el bombero de la Opera que, de cuando en cuando, la obsequiaba con un terrón de azúcar.

Lo que el animalito no sabía era el punto flaco de su ama, sus extravagancias; como tampoco podía estar consciente de que la voz iba decayendo, casi imperceptiblemente, pero decayendo de to-

das maneras. Pero Calmette lo veía, y Peronini lo veía; y en el dúo de Fausto, por ejemplo, el gran cantante sentía con frecuencia ganas de llorar y no se atrevía a decirselo a ella porque la amaba demasiado para contarle la verdad. Sombreros, vestidos, calzados, de las casas más reputadas de París, hacían gastar una fortuna a la enorgullecida artista; prisionera del director, como los soldados en las barracas, que no podían dar un paso sin permiso del coronel; y su coronel era Calmette, riguroso en verdad, a quien temía y respetaba al mismo tiempo.

¡Cuántas jóvenes han pasado por ese furor de éxito hasta que, perdidas poco a poco las facultades, se han visto obligadas a descender a papeles secundarios y, consecuentemente, a ganar menos dinero! La lista es muy larga allí en la Opera de París y Luisa fué

A los comerciales ojos de Ismael Silverheim no se le escapó la graciosa silueta de la bien conocida cantante: desde donde se encontraba, detrás de la verde cortina de terciopelo, pudo contemplar a su sabor todo lo que pasaba por la frente de Luisa. Se fijó en la rica estola de piel negra, en la exacta calidad y valor de la gruesa cadena de oro que sostenía la bolsita diamantina pendiente de la enguantada muñeca; al par que en el destello de los negros ojos de Luisa, en sus dudas, en el intento que hizo de marcharse, en la rápida compresión de los labios sonrientes que indican la conquista de una mujer por un capricho. Y la vió, por último, dirigir una palabra a la perrita, tirarle de la cadena y entrarse en la tienda.

—Perdón, monsieur, — comenzó diciéndole con su más seductora sonrisa y acento melifluido. — ¿Tiene la bondad de decirme el precio del relojito?

Ismael avanzó, restregándose las blancas manazas, sonriendo de orgullo por el honor que le representaba tal visita. — ¡Ah, sí! — exclamó como no dando importancia, — el que está en el centro del escaparate.

—Es un encanto — dijo Luisa radiante de deseo, mientras Ismael apartaba la cortina y se inclinaba para cogerlo, con el fin de ponerlo ante los admirados ojos de la ilustre cantante, y poderle entonces contestar la pregunta que le hizo.

Mil perdones, señorita, por mi mala memoria; miraré el libro... ¡Ah, sí!, veinte mil francos, señorita — le dijo con voz tierna, sin apartar la vista del libro que tomó en sus manos.

—¿No es un regalo, verdad? — repuso Luisa arqueando las cejas en gracioso mohín, para ver como levantaba sus carnosas manos el sorprendido joyero.

—¿Se ha fijado usted, señorita, en el valor del rubí? Es una piedra digna de una corona real.

Luisa lo cogió con sus delicados dedos y lo contemplaba extasiada en la palma de su mano derecha, palpitándole el corazón con inusitada violencia.

—Es único, señorita... Y el rubí encaja perfectamente con su belleza trigüeña... Es su piedra, señorita — decía diestro con sonoridad de profeta.

Todo el cuerpo de la artista temblaba por la fascinación que le producía la exquisita joya que tenía en sus manos. Cualquiera resistencia anterior que sintiera iba desapareciendo ya rápidamente.

Y el astuto Ismael dejaba caer una y otra habilitosa insinuación, una ofertada la cadena que más le agradara a ella como regalo de la casa, por supuesto, orgullosa siempre de vender a tan famosa artista.

—Naturalmente, — deslizó Ismael en sus encomios, — a las grandes artistas, como usted, no le pedimos el pago completo al llevarse la joya; fijemos, por ejemplo, cuatro plazos de a cinco mil francos cada uno, a pagar en ocho meses. ¿Me permite usted aceptar esta cadencia con el broche de brillante y zafiro?

—Sí, es preciosa... Me quedo con el reloj.

Abel hizo una profunda reverencia desde el lugar donde se encontraba y lo mismo Ismael, restregándose sus blancas manazas.

—¿Se lo mandamos a su casa de la "Avenue Wagram?" — se aventuró a preguntarle el joyero — o si le proporciona algún placer llevarlo consigo en su paseo...

—Es usted amabilísimo, señor, y de ello me aprovecho, perdóneme, para llevármelo ahora.

incluida en ella, siete meses después de su debut, por el mismo Calmette que la encumbró.

Una vez que se ha probado el lujo es difícilísimo dejar de saborearlo; se parece a una enfermedad descuidada que se convierte en crónica. En Luisa sucedió así; su amor a las cosas bellas más bien aumentaba que disminuía. Y los débitos comenzaron a preocuparla, aunque seguía pagándolos a sus vencimientos con el fruto de sus constantes esfuerzos por mejorar la voz otra vez.

Fué en una de esas mañanas de mayo en que todo París sale alegre de sus casas dispuesto a disfrutar las dulzuras del ambiente primaveral, que parece sonreír, cuando Luisa salió con su perrita Popy a dar un paseo, un largo paseo por los "Champs Elysées": un paseo que la casualidad hizo comenzara en la sección de las tiendas de lujo donde radicaba la de los hermanos Silverheim. Y allí estaba el relojito atrayendo las miradas de los transeúntes.

Luisa se detuvo delante del escaparate mientras Popy tiraba de la cadena gruñendo a un perrillo francés que le había sido antipático en el "Palais de Glace" y que en aquel momento cruzaba la calle en dirección a ella. Los broches, las tiaras, los collares, las perlas sueltas, y, sobre todo, el reloj del hermoso rubí, la atraían con fuerza inusitada.

La mañana del relojito fué funesta para Luisa. En los mismos "Campus Eliseos", a donde fué con su Popy llena de alegría, como niña caprichosa que ve satisfecho su gusto y en su virginal legazo duerme la muñeca de sus ilusiones, fué recogida, con un síncope, y transportada en auto a su lujoso domicilio.

Peronini, el bondadoso Peronini, fué el que se encargó de cuidarla con devoción fraternal, juntamente con la doncella de Luisa. El insignificante resfriado, al parecer, cogido días atrás en el teatro, se convirtió en peligrosa pulmonía. La noticia circuló rápidamente por todo París y millares de tarjetas se amontonaron en la portería del elegante edificio de la "Avenue Wagram", muchas de ellas escritas con lápiz temblón deplorando el caso. Pero la nómina de la Opera no pudo tener entrañas y el nombre de la cantante fué retirado de ella por tiempo indefinido, colocándose en su lugar el de otra artista. La situación era muy crítica para Luisa, tanto por la gravedad en que se encontraba, como por los muchos gastos que se le originaban, sin contar los vencimientos de deudas contraídas.

Y mientras tanto el relojito tic-taqueaba, a la cabecera de la cama de Luisa, aquellas largas noches, aquellos terribles días de fiebre; tic-taqueaba los segundos, y las horas acercando la fecha del primer vencimiento de pago a los hermanos Silverheim. Ella pensó en eso cuando la fiebre y el peligro habían desaparecido.

Durante los primeros días de convalecencia no se la permitió hablar por haberle sobrevenido una complicación grave a la garganta que la martirizaba y hacia casi imperceptible su voz al querer emitir los más sencillos sonidos. Y así le habló a Peronini del relojito.

—Mi único... mi querido... amigo... casi hermano... vaya a ver... Silverheim... y dígame es completamente imposible... quedarme con... el relojito...

Peronini cumplió el encargo de la enferma forzado por el orgullo de ella que no le permitía aceptar ofertas extrañas. Y volvió al cabo de una hora con la noticia de haberse rehusado la proposición en rotundo y sin consideración alguna, apoyándose los Silverheim en que era la regla de la casa que no podían romper; no atendiendo, por tanto, a las dramáticas persuasiones del artista, que hasta había llegado a enfurecerse sin resultado práctico. "La venta fué hecha en firme", le habían dicho; "teniendo testigos de que la señorita se llevó la alhaja por el precio de veinte mil francos, ¡et voilà!" la regalamos una rica cadena".

Los varios siguientes días acabaron de decaer su ánimo por la negativa de otros joyeros a comprar la alhaja; sólo en la Rue de Provence ofrecieron una cantidad tan insignificante que Peronini la rechazó indignado.

Días crueles fueron aquellos en que tuvo Luisa que abandonar su piso de la "Avenue Wagram", después de haber vendido todo para pagar lo más apremiante, por otro modestísimo en la "Rue Mogador", donde Popy se peleaba con un perillito del piso segundo propiedad de un cantante de café barato. Luisa era sólo una sombra de lo que fué: pobre, enflaquecida, y sin voz, era la belleza marchita, aunque belleza siempre. Y hasta aquel piso modesto llegó Ismael Silverheim y Luisa tembló.

Al principio se presentó como comerciante en busca de su dinero; muy pulcro, eso sí, brillándole desde el sombrero a la corbata,

del chaleco de seda a los guantes color limón, del bien planchado pantalón a la charolada bota. Sus maneras eran tan suaves y puntillosas como en la tienda, irrepugnables, ante la súplica de la pálida mujer no exenta de dignidad; pero Ismael insistía sonriendo en el pago de la deuda hasta hacerla llorar al preguntarle:

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Ha venido a torturar sin compasión a una pobre mujer honrada que le ruega con lágrimas en los ojos la releve del compromiso adquirido por un capricho? ¿De qué está hecho su corazón, dígame?

Ismael puso su bastón a un lado con el sombrero, y viéndola

cuerpo de la infeliz mujer y continuó sin inmutarse.

—¿Qué puede usted hacer? Ya conoce usted lo que es París cuando no se tiene dinero; usted no puede ya cantar, que era su único recurso; usted tiene por ahí algunas deudas a más de la mía, de los veinte mil francos; yo lo sé todo, su amistad con Peronini hasta, quizá, amarlo...

—Peronini es mi amigo, casi tanto como un hermano — prorrumpió la desgraciada Luisa.

—Hermano o no hermano, él no puede sacarle de este atolladero; él no puede darle la vida que usted necesita. No, no, mi amiga, escúcheme; yo puedo dar a us-

do, todo menos el amor que no hay bastante oro en el mundo para comprarlo.

Ismael la acosaba por un lado, incluso señalándole la cárcel, la deshonra, el hambre; por el otro, la felicidad, el lujo la alegría; y la apremiaba a resolver en aquel instante con voz meliflua de serpiente en el Paraíso.

En un acto de desesperación se quitó Luisa las manos de la cara y, sin mirar a su verdugo, le extendió la mano que Ismael llevó a sus labios respetuosamente. El pacto quedaba hecho; Luisa se había hipotecado. Hasta aquel momento no acudieron las lágrimas a sus ojos, que fueron su único consuelo. Y cinco semanas después estaba casada.

Fuera ya del terrible martirio que la iba consumiendo poco a poco, de aquellas zozobras y angustias que le ofrecían las perspectivas de un inmediato futuro y las miserias del presente, Luisa mejoró con rapidez y ya se la veía salir de su encantadora Villa, del brazo de su esposo, con el consiguiente adlátere del hermano menor detrás: ya comer sola en el "Bois de Boulogne", algunas veces en Armenonville y con más frecuencia en Paillard, vestida primorosamente, alhajada con todo gusto y riqueza; su relojito del rubí pendiente ahora de una artística cadena donde las perlas y los brillantes alternaban.

Desde su palco en la Opera saludó varias veces a Peronini y a Calmette; para aquel fué un golpe terrible el casamiento de Luisa; para el otro nada, frialdad política; ni una ligera alusión le hizo.

Pasó el invierno y con él la anormalidad de la vida de Luisa, ahora insoportable por el olvido en que cayeron los sufrimientos de la casi indigencia pasada. El relojito marcaba las cinco en una tarde tristona del mes de marzo, cuando Luisa sintió fuerza irresistible que la impulsaba hacia el modesto alojamiento de Peronini. Se sentía tan desgraciada que no podía resistir la tentación de contárselo a un corazón hermano; y hacia allá se fué.

El alma sencilla y buena del artista la recibió regocijada; pero la tristeza en los ojos de la infortunada mujer paralizó los fuertes latidos del corazón de Peronini.

—¡Pobre Luisa! ¿Qué le pasa, amiguita mía?

—¿Estamos solos? — exhaló la joven llevándole un dedo a los velados labios.

—Con un viejo compatriota de toda mi confianza — repuso Peronini algo alarmado, señalando a la habitación inmediata y asegurándole que desde allí no podría escuchar la conversación.

—Me siento muy desgraciada y necesito, por lo menos, un corazón amigo en donde depositar esta confianza para tomar fuerzas y alientos y seguir soportando la vida.

—Cálmese, Luisa; siéntese y descanse, antes de contarme sus penas; ya sabe usted que mi aprecio es sincero.

—Peronini, mi único amigo, casi hermano, estoy para volverme loca... sufro mucho, mucho... ¡Madre de la Piedad! ¿Qué hice para merecer esto? — El llanto la impidió continuar por unos instantes; después de calmarse un poco, ayudada por las palabras consoladoras del artista, le contó la escena en que Ismael la amenazaba y ofrecía salvación al mismo tiempo; el miedo que llegó a tomarle, la cárcel que vio abierta ante sus ojos por no poder pagar los veinte mil francos, el sacrificio que él le impuso sin darle ni una hora para reflexionar; le abrió su corazón, en una palabra.

RESURREXIT

Tú, que subiste al cielo
desde el cadalso de la cruz,
ayúdame a salir de la sima siniestra
y envíame tu gracia, como escala de luz.

Yo estoy crucificado
en el pecado, en el dolor;
mi carne es una hirviente gusanera
que sueña una Pascua de Resurrección.

Desde las sombras del abismo
mi voz llega hasta ti,
me devoran las larvas de todos los pecados,
pena de la vida y el horror de morir.

¿Qué tinieblas tan densas
pesan sobre mi corazón!
Cada día que pasa corre un telón de sombras;
en mi cisterna nunca cae un rayo de sol.

Ríe la Primavera;
llevan las niñas blancos trajes de comunión,
y las palmas flamean bajo un azul de gloria
y cantan las campanas de la Resurrección.

Tú, que a Lázaro ungiste
con tu gracia celeste, y revivió,
haz el milagro de que yo despierte
de entre las ruinas de mi corazón.

Desde el fondo sin fondo de mi abismo te invoco;
Príncipe del Milagro, Lirio de Nazaret;
mirame entre los monstruos de mis negras pasiones
y haz que mis labios negros puedan rezar. Amén.

Emilio CARRERE

tan nerviosa de pie ante él, le dijo:

Seamos razonables.

—¿Razonables? ¿Usted?...

—Yo puedo ser razonable, no lo dude; usted no me conoce. — Y en rápido movimiento le cogió las manos, instigándole a que se sentara, sin dejar de hablar con dulzura:

Toda mi vida la he dedicado a labrarme una fortuna y ahora que soy rico me encuentro solo, muy solo: he sido duro con usted, lo confieso, pero ha sido porque desde la primera vez que la oí cantar en el teatro no se han borrado de mí sus facciones y la quiero Luisa, como nunca soñé que pudiera quererme a una mujer.

Luisa le escuchaba con miedo en sus negros ojos y fuego en el rostro. El sintió cómo temblaba, estremeciéndose todos los nervios del

ted todo, absolutamente todo lo que quiera... Bien sé que usted no me ama, ni quizá pueda amarme en mucho tiempo, pero soy bueno y será tan bondadoso con usted que espero me quiera con el tiempo. Y tendrá joyas, y sombreros y vestidos y tren como la primera... desde mañana si usted quiere... ¿Me escucha? si usted quiere ser mi esposa. Ya usted ve si soy honrado, ¿eh?

Hasta entonces no le soltó las manos que ella se llevó a la cara con rapidez para ocultar la enorme impresión que le habían causado aquellas últimas palabras. Se vio vencida, dispuesta a vender el futuro de su vida por el precio de una alhaja, ante la seguridad de que aquel hombre no tendría piedad para ella si se negara; por el contrario, aceptándole salvaba to-

—¡Ah, mi amiguita! ¿Y por qué no vino usted antes a contármelo? La cárcel no se abre para los deudores considerados como morosos solamente. Usted temería más al escándalo... sin darse cuenta quizá... De todas maneras hay que hacer algo, sí, "¡Parbleu!", que no es la primera cosa que ha ocurrido en París y ha quedado sin arreglarse.

—¿Es cierto lo que usted dice? ¿La cárcel no se ha hecho para los deudores?

—Cierto y muy cierto: ¡Pues poco que se hubiera reído París de los Silverheim si hubieran intentado siquiera un juicio contra una señorita por una alhaja! Séquese esos ojos y cálmese antes de que entre mi amigo y compatriota, que quiero la conozca. Y a propósito, él es un gran experto en joyas; pertenece a la administración del "Mont-de-Piété".—Así decía abriendo la puerta del gabinete y disculpándose con su amigo por haberle tenido allí esperando tanto rato.

Durante la trivial conversación que sostuvieron notó Peronini que su amigo no apartaba la vista del grueso rubí que Luisa bamboleaba, con mano nerviosa, de un lado para otro sin darse cuenta, y aprovechó la primer pausa para preguntarle qué tal le parecía la alhaja.

—¿Es soberbia, verdad? —exclamó el cantante.

—Si no fuera indiscreto, señora, me atrevería a preguntarle cuánto le costó —dijo el amigo por toda contestación.

—¡Oh! Nada de eso; no me costó nada.— Buen esfuerzo tuvo que hacer Luisa para acompañar sus palabras con una sonrisa; de dolor resultó.

—¿En cuánto la aprecias tú?— preguntó Peronini.

El amigo miró a Luisa, pidió con los ojos autorización a Peronini y dudaba, dudaba mucho antes de responder. Pero su amigo le dió ánimos; se trataba de una antigua compañera, de una artista a quien quería como hermana menor.

—Sí, es el mismo —dijo al cabo de un rato de tenerle en sus manos y haberlo examinado con el lente que siempre llevaba consigo. Es el rubí de los Silverheim, tan falso como ellos; como imitación es un primor, pero su valor no excede al de una uña mía.

Luisa apretaba entre sus manos un pico del tapete de la mesita que tenía ante ella, mudaba de color y tuvo que sostenerla Peronini para evitar que cayese al suelo desvanecida. Transportada al sofá, corrió el amigo a avisar a la buena portera, aquella Madame Dupuy insustituible para todos los casos apurados del cantante, quien hizo milagros con su previsora botella de vinagre.

Cuando al cabo de media hora abrió Luisa los ojos y quiso darse cuenta del lugar donde se encontraba prorrumpió en una carcajada histérica espantosa. Y se le cerraron los ojos. Invadida una negrura cruel, como si ante ella se hubiera abierto un abismo profundísimo donde su cuerpo cayó de repente envuelto en falsedades y sacrificios. Y hasta un mes después de la muerte de Ismael Silverheim, ocasionada a poco en un accidente de automóvil, no recordó la infeliz Luisa el conocimiento.

Cómo se descubre el veneno

La misteriosa acción de los venenos y los intrincados procedimientos para descubrirlos cuando se administran ilegalmente, constituyen en la actualidad la preocupación de muchos sabios.

Siguiendo sus doctrinas podemos decir que no hay veneno alguno que administrado en dosis suficientes, no pueda ser descubierto después de la muerte de la víctima. El trabajo de los químicos para descubrir el veneno es, sin embargo, sumamente difícil.

y que crece dondequiera. Los demás efectos son tan rápidos como destructores. Las recetas más comunes son las siguientes: la de 0.60 gms., que está probado que es decisiva para el hombre; y la de 0.64 que puede llamarse "dosis de seguridad".

La atrofina, principio activo de la belladona, es otro terrible veneno. Tiene la particularidad de entorpecer las facultades mentales sin causar la muerte. Durante largas centurias de práctica, los envenenadores indios han adquirido una terrible destreza en el empleo de este veneno. Se dice que el enemigo particular, el rival político y el personaje histórico cuyo poder creció demasiado, no se matan ruidosamente por medio de él, sino

tre envenenado con atrofina, movía brazos y piernas consecutivamente como si se hallase co-siendo a la máquina, y así permaneció cuatro horas. La muerte, en general, sucede dentro de las seis horas. Si el paciente llega a durar ocho horas, puede esperarse la curación.

Los síntomas del envenenamiento por atrofina se confunden en los niños con los de la escarlatina, y en los adultos, con los de la hidrofobia, y, a veces, con los del delirium tremens. Acudiendo a tiempo, puede ser un buen antídoto la pilocarpina, que es, a su vez, un alcaloide venenoso. De cada ciento doce casos tratados a tiempo, treinta son mortales.

Es tan sutil y eficaz esta droga, especialmente en la vista, que la pupila se dilata, aplicando en el interior del párpado una solución al uno por ciento treinta mil.

Los efectos destructores del opio se exageran mucho, aunque no cabe duda que causan muchas muertes.

Curiosos deportes

Los ingleses que viven en Australia se divierten corriendo emus. El emu es una especie de avestruz que corre con incomparable rapidez y hay que seguirlo a caballo, con perros de una casta especial, que saben saltar sobre él y agarrarle por el cuello. Ordinariamente, esta diversión no es mucho más cara que cualquier otra, pero con frecuencia el ave se mete en su fuga por entre un rebaño de carneros, y los cazadores hacen lo mismo, espantando a los pacíficos rumiantes, que huyen a los bosques o se precipitan por un barranco, sin que a su dueño le sea posible recuperarlos. En estos casos el organizador de la cacería tiene que pagar la correspondiente indemnización, que a veces asciende a varios millares de pesos.

Si a los colonos australianos les agrada correr emus, a los que viven en las orillas del golfo Árabe nada les divierte tanto como correr tortugas. Este deporte viene practicándolo desde tiempo inmemorial los habitantes de las islas Laquedivas.

Para correr tortugas se escoge la desembocadura de un río poco profundo, y un día en que no haya el menor soplo de viento, a fin de que el agua esté tranquila y pueda verse a través de ella lo que pasa en el fondo. Una docena de hombres, cada uno en su barquichuelo, hacen de oleadores, levantando la caza y obligando a la tortuga a nadar en una dirección determinada. El cazador de pie en la proa de su bote, espera el momento oportuno, y cuando lo cree llegado se lanza al agua, toma a la tortuga por el cuello o nuna mano, y con la otra por el borde de la concha, y la vuelve patas arriba a la vez que la empuja hacia la orilla.

Ante todo, el veneno puede proceder de las infinitas especies de los reinos animal, vegetal y mineral. En segundo lugar, la parte de materia sospechosa que se analiza suele ser tan pequeña que hace imposible el someterla a todos los procedimientos indicados. Además, pueden presentarse varios venenos en un mismo caso, y, aun cuando cada uno de ellos pueda ser aislado, es difícil determinar cuál de ellos ha sido administrado en suficiente cantidad para causar la muerte.

Uno de los venenos más difíciles de aislar es el acónito, principio activo de la planta de su nombre, llamada también "ava lupina"

que se los entorpece e inutiliza con la periódica administración de pequeñas dosis.

Ni son raros los envenenamientos accidentales por la belladona. Ya es el niño que chupa las hojas de la planta o come sus hermosas bayas; ya son los propios drogeros que se equivocan. Los síntomas aparecen pasada la media hora. Se advierte, en primer lugar, cierta sequedad de garganta y alteración de la voz, como en la hidrofobia y gran desasosiego. Siguen ardores y manchas rojas en la piel, el delirio y la muerte. El delirio es muy particular. Va acompañado de movimientos rítmicos en los brazos y piernas. Así, cierto sa-



La bujía y la candela

Cuento de Andersen

En un país cuyo nombre no recuerdo en este momento, había una bujía de cera muy pagada de su elevada estirpe. "Soy de cera, —decía en alta voz;— las abejas me han amasado con el polen de las flores más bellas, y he adquirido la forma que tengo en un molde. Alumbró mejor, duro más que las otras luces a mí parecidas: el puesto que me corresponde es una araña de cristal o un candelabro de plata".

—"Qué existencia tan agradable la tuya! —exclamó una candela de sebo que la estaba escuchando.— Yo me compongo de vulgar manteca de carnero; no he salido de un molde como tú, sino que he sido formada alrededor de una mecha, y sin embargo vivo tan contenta. Ocho veces consecutivas fué bañada la mecha en el sebo para hacerme adquirir el grosor que tengo, mientras que a otras de mi clase sólo se las baña dos veces. Lo repito, estoy contenta con mi suerte. No niego que es más honroso ser de cera, pero en este pícaro mundo no hay elección posible. Tú te pavoneas en la sala grande, instalada en un candelabro o en una araña de cristal; a mí se me relega a la cocina. Con todo, te diré que la cocina es un sitio no despreciable: sin la cocina nadie en la casa, ni aun nuestros amos, podría subsistir.

—En la vida de éstos, —replicó la bujía,— la comida es una cosa secundaria. Lo que constituye su verdadera existencia son el trato social, las visitas, las tertulias; ellos nacieron para brillar y ver brillar a los demás, y yo participo de tan bello espectáculo. Esta noche se baila en casa; allí me encontraré con mis hermanas.

Efectivamente, los criados se llevaron todas las bujías, y la dueña de la casa, una condesa, no de mentirijillas sino legítima, tomó en una de sus manos delicadas el modesto candelero que sostenía a la aun más modesta candela de sebo, y lo llevó a la cocina. Allí esperaba un muchacho con una cesta que la señora mandó llenar de patatas, añadiendo una libra de sabrosa manteca y algunas frutas.

Esto es para tu madre, amiguito; toma también la candela. Tu madre tiene que trabajar hasta muy tarde y la candela le vendrá muy bien.

Acababa de entrar en la cocina la hija menor de la condesa, y al oír "tiene que trabajar hasta muy tarde", exclamó llena de gozo: "¡Yo también estaré levantada hasta muy tarde! Esta noche hay baile en casa, y me pondrán el bonito cinturón de seda encarnada".

¡Oh! ¡Cómo rebotaba de contento el bonito rostro de la niña! Ninguna bujía brilla tanto como dos ojos infantiles. Esta observación se hizo la candela: "¡Qué alegría! —dijo para sus adentros;— jamás lo olvidaré. Es indudable que no volveré a ver nada parecido al contento de mi joven ama".

Apenas acababa la candela de hacerse esta reflexión, cuando fué metida en la cesta y el muchacho cargó con ella y las provisiones.

—¿Adónde me van a llevar? —pensaba nuestra candela. En casa de unos pobres que tal vez no tengan una mala palmatoria de me-

tal, al paso que la bujía se pavoneará en medio del oro y de la plata y tendrá el honor de alumbrar a personas aristocráticas. Así lo quiere el destino, pues yo soy de sebo y ella es de cera.

La candela penetró en un cuartito de una casa situada enfrente del palacio de donde acababa de salir. Allí arrastraban misera existencia una viuda y sus tres hijos.



—Pero, mamá, ¿cómo has negado mi mano a mi novio, el boxeador?

—¿No comprendes que con un hombre así yo no podría luchar?

—¡Bendiga Dios a la buena señora! —profió la pobre mujer. —¡Qué vela más hermosa! De seguro que durará hasta media noche.

Llegada ésta, fué encendida la vela.

—¡Fit, fit, fit! —dijo chisporroteando desechada; ¡qué malos son los fósforos de esta casa! ¡Qué olor tan abominable despiden!

En el palacio de enfrente también encendieron las luces, las cuales alumbraban todo el barrio. Luego llegaron, desfilando por la calle, los coches con los convidados, y poco tardó la música en entonar sus acordes.

—¡Ya empieza la danza! —pensó toda apesadumbrada la po-

bre candela. —¡Oh! ¡Cómo brillará de contento el rostro de la niña!

Apostaría que sus ojos eclipsan a la bujía, tan pagada de la luz que da. No, ya no volveré a ver tan delicioso espectáculo.

En aquel momento entraba en la estancia el más joven de los hijos de la viuda, que también era una niña muy linda. Abrazó a sus dos hermanos mayores y les dijo al oído, en voz baja y con gran misterio: "¿No sabéis que de aquí a un rato vamos a comer patatas fritas con manteca? ¿Os gustan?"

Y al decir esto, su rostro expresaba el mayor contento. No se le había mostrado mas alegre la niña de la casa rica cuando profirió: "Esta noche hay baile en casa y me pondrán el bonito cinturón de seda encarnada".

Deben ser cosas muy buenas las

ECZEMAS
use
PASTA VASENOL

gado y por las liberalidades de que nos colmas. Amén".

—¿No es verdad, mamita, que hoy he rezado bien?

—Hija mía, —repuso la madre, —no debes pensar en tí, sino en Dios, que esta noche te ha procurado tan buena cena.

Los chicos se fueron a acostar, quedándose dormidos después de haber recibido el ósculo que en semejante momento estampaba en sus frentes la autora de sus días. Esta se sentó y estuvo cosiendo hasta muy tarde.

En el palacio de enfrente seguían prodigando luz las arañas y los candelabros, al par que resonaban los acordes de alegre música. Y la luna brillaba en un cielo sin nubes, alumbrando tan benéficamente a los ricos como a los pobres.

—He pasado la noche muy divertida, se dijo la candela: dudo que la bujía, instalada en candelabro de plata, está más satisfecha que yo. Me agradaría saberlo antes de que acabe de consumirme.

En sus postrimerías la candela vió como en sueños los ojos de las dos niñas brillar con igual felicidad, a pesar de que la una prestaba luz el vivo resplandor de las bujías de cera y a la otra el modesto brillo de una candela.

Cuánto debemos dormir

La ciencia moderna no se conforma con el inexorable axioma del duque de Wellington: "seis horas el hombre, siete la mujer, y ocho el tonto".

Una persona que alcanzara el promedio de duración de la vida humana, habría pasado en cama veinte años. Considerando este hecho, ocurre preguntar si el asunto del sueño está suficientemente estudiado.

Todos sabemos que el sueño es un bien inestimable; sin embargo de lo cual, aun no se ha establecido, ni siquiera aproximadamente, cuál sea la cantidad de sueño más beneficiosa.

La famosa prescripción del duque de Wellington ha sido formalmente rechazada por la sociedad titulada del Progreso de las Ciencias. Una serie de experimentos en los representantes de las tres clases establecidas, hombres, mujeres y tontos, ha convencido a los sabios de que la "ración" señalada a cada clase es demasiado corta. Ello no obstante, hombres de espíritu conservador, no confían en sí mismos, aun cuando no admitan como de absoluta necesidad el someter la especie humana a aquella trimembre división.

ANECDOTA

El ómnibus de un hotel estrópeó varios árboles de una posesión de Rudyard Kipling.

Para enterarle del hecho escribió éste al dueño del hotel notificándole.

No recibiendo contestación, volvió a escribir Kipling. Viendo que tampoco tenía respuesta a esta carta, marchó a ver al hotelero.

—He vendido su primera carta — le dijo éste — en 25 francos, y la segunda en 50. Esperaba que continuase usted escribiéndome y de ese modo poder recuperar la indemnización que tengo que pagarle.

Curiosidades

Proporcionalmente a su cuerpo, las hormigas tienen el cerebro de mayor tamaño que los restantes animales.

Cuando pasando por ciertos bosques se oye una especie de mugido distinto al que emiten los bovinos, es que por aquellos parajes habita el "urogallo", un ave del orden de las gallináceas, la cual emite esos sonidos roncacos en la época de celo.

Al emitirse la voz humana, entran en actividad 44 músculos.

"Boates" es una constelación boreal cercana a la Osa Mayor. Su estrella más importante es Arturo.

La "catela" era una cadena pequeña de oro o de plata, que los romanos acostumbraban a poner en una alhaja.

El laboratorio de la Policía de Lyon ha encargado un nuevo aparato para identificar los proyectiles. El autor de él es el Dr. Bodomán. Se compone de dos microscopios unidos por prismas a un objetivo único. Una bala extraída del cráneo de una víctima fué colocada bajo uno de los microscopios y comparada con otra bala, disparada, con un revólver al que se suponía haber hecho el disparo, que había servido para el crimen y que fué colocada debajo del segundo microscopio. La identidad fué entonces comprobada.

Las bombas eléctricas encargadas de desecar el lago de Nemis para extraer las galeras de Calígula trabajan sin interrupción. El nivel del "espejo de Diana" (así se llamaba el lago en la antigüedad) ha bajado ya más de un metro: se han evacuado más de dos millones de metros cúbicos de agua, pero quedan todavía otros diez millones que extraer para ver surgir la extremidad de la popa de la primera galera.

El "tequilche" es un manjar que se consume en Venezuela y se compone de harina de maíz tostada, leche de coco y mantequilla.

La "oncomancia" es una práctica supersticiosa que trata de averiguar el porvenir, especialmente de los niños, por medio del examen de los trizos o figuras que les quedan señalados en las uñas, untadas previamente con aceite y hollín.

Durante una sesión de la Academia de Ciencias, Mr. Portier ha indicado el papel fisiológico del gas carbónico, considerado en general como un desecho.

Interviene en los fenómenos químicos de la respiración. Donde tiene lugar la formación de nuevos tejidos, donde los procesos de síntesis son predominantes, se encuentra el gas carbónico en concentración relativamente elevada.

El "lincurio" era una piedra conocida de los antiguos, que suponían ser la orina del lince petrificada, y que, según parece, no era otra cosa que la belemnita.

En la aldea de Balzán, Soletta, Italia, existe un solo habitante.

Delporte, del Real Instituto Meteorológico de Uccle, acaba de descubrir siete nuevos planetas.

Con el nombre de "tremis" se conocen dos monedas, una romana y otra castellana. La primera valía la tercera parte de un sólido de oro; la segunda, valía el tercio de un sueldo o de un castellano.

El talismán nació en Caldea y lo utilizaron todos los pueblos de la antigüedad.

Los magos no lo consideraban como objeto de superstición, sino como signo visible, para recordar la idea de Dios, de la Potencia y de la Voluntad.

Durante la lectura los ojos no recorren las líneas con movimiento regular; saltan de un punto a otro deteniéndose varias veces. Se produce una docena de paradas por línea. Durante el desplazamiento de la mirada los ojos son tan incapaces de leer como cuando se desplaza una hoja escrita, delante de un ojo inmóvil. También parece que durante el movimiento la ligazón entre el ojo y el cerebro se interrumpe.

Más de 2.000 medidas se han tomado en sujetos diversos y se ha llegado a la conclusión de que la duración de las pausas para una lectura ordinaria era en ocasiones mayor de 0,3 segundos y en ciertos casos inferior a 0,075 segundos, con un medio de 0,15 segundos.

Sano y hermoso: el ideal de toda madre!



Sublime ambición, divino sueño dorado, que en millares y millares de casos Malta Palermo convirtió en dulce realidad!...

Malta
PALERMO

EXITUS

El pueblo mudo contempla la nevada que cubre el paisaje; las vacas que apacentaban meses atrás en aquellos verdes prados, y que, rollizas y juguetonas, eran la envidia de los contornos, ahora mustias y flacas reposan en los establos, sin apenas regazo para dormir, que hasta esto hubo de escatimarse para poder ir tirando de la vida de aquellos pobres animales, antes riqueza positiva de la comarca.

Los perros aullan lastimeramente, y apenas sienten un ruido, asustados y medrosos, se esconden en el último rincón de la casa.

Las paneras se van viendo crecer por momentos, y el problema del no comer va siendo resuelto afirmativamente en algunas casas, en las que antes todo era anchura y abundancia.

Los pequeños lloran pidiendo el pan que antes les sobraba, y la madre, tristonera y escuálida, acerca sus cachorros a sus flácidos pechos, y la criatura llora con más rabia al ver que sus esfuerzos son inauditos y que el alimento no llega a bañar sus encías pálidas, un día sanguinolentas y apretadas.

Los hombres viejos y jóvenes, en revuelto pelotón, hablan quedo, y miran al cielo en demanda de perdón por sus culpas pasadas.

El río, en desbordadora corriente, lo atropella todo, y sigue su curso con tal prisa, que más parece que acude a cita de amada primeriza que a morir en el anchuroso cauce de los mares.

Todo es triste donde fué antes alegría. El sol no luce con la diáfana claridad que luciera, ni la lumbre calienta con la fuerza que hogaño calentara.

En la aguda punta de la torre de la iglesia, la veleta gira a voluntad del viento, que la empuja, y el chirrido áspero que produce al rozar con su eje, que le sirve también de mástil a la cruz cristiana que remata el edificio, asemeja graznido de grajo agorero.

Montes y valles, laderas y vertientes, todo está cubierto de una capa de nieve dura y espesa, que más enfría los corazones, ya de por sí helados por la escasez del alimento.

Las mujeres, de cuando en cuando lloran, y los hombres, al querer consolar a la compañera que Dios le diera, más la angustian, porque del pecho les salen los sollozos mal contenidos, que aguantaran hasta aquel instante, en que, queriendo hacerse fuertes, sale al exterior la debilidad del barro humano.

Nada se escucha, ni el cacarear de los gallos, ni el pjar de los pajarillos, ni el runrunear de las palomas, ni el croqueo de las gallinas al llamar a sus polluelos, que todo murió en el valle y en el monte con la pertinaz nevada.

"¡Castigo del cielo!" —decía la santa Margarita— es este, por la maldad del pueblo! Dios es bueno; pero quiere daros a conocer que sin voluntad no se mueve la paja en el campo!" Y tornaba a quedar silenciosa, mientras que los que la escuchan hacen en su interior examen de conciencia, y, al hacerlo, se declaran culpables; pero no se dan a partido por no aparecer cobardes ante el enemigo.

Tres meses hacía que, después de quince días de estar nevando

La vuelta del rebaño

Por Juan Gómez Renovales

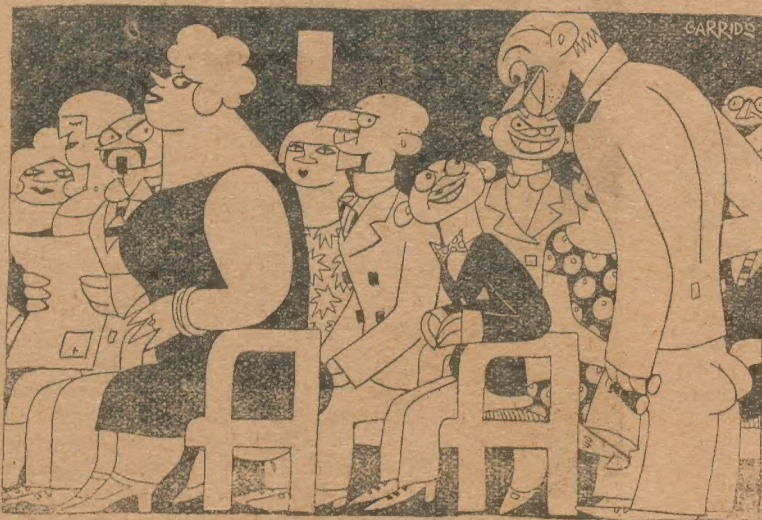
día y noche, propuso el cura párroco —el bueno de don Aquilino— sacar a la Santísima Virgen en procesión para pedir clemencia a Dios Nuestro Señor y hacerle con esta rogativa voto de desagravio por los pecados cometidos y por la poca fe que había en el pueblo; tres meses que el pueblo entero, grandes y chicos, rieron con franca carcajada la proposición del señor abad. "¡Como si porque saliera la Virgen iban las nubes a dispersarse e iba a dejar de nevar!" "Además, año de nieves, año de bienes, deje, deje, señor cura, que nieve, que pan tengo yo en el horno y trigo en la panera y vacas lucidas que me den leche y gallinas ponedoras y polluelos revoloteados, y hasta unas onzas muy reluctantes en una olla, que me harán vivir sin necesidad de más auxi-

y los pueblerinos seguían sin acudir, fieles, sin duda, a su terquedad ignorante; pero nunca fieles a la religión verdadera que Cristo predicara para que los hombres se redimieran y por redimirlos

En aquel día que anochecía, la campana dejó escuchar el monótono sonido largo y lúgubre del toque de muerto.

Todos se miraron asombrados; todos estaban allí; nadie faltaba. ¿Por qué tocaba a muerto la campana? El único que no estaba era el sacristán, que poco hacía se fué hacia la iglesia para tocar a Animas. Y nadie acertaba a explicarse el significado de aquel toque lúgubre y estridente.

Nadie pensó en el cura párroco; nadie puso su corazón en el pobre pastor, que, aniquilado y destrozado su alma al ver a su rebaño dis-



—Caballero, ¿desea usted gemelos?
—No. Traigame una escalera.

lios, y el año que viene, ya veremos".

"Fiestecitas a la Virgen —decían los más pobres y los más adelantados en ideas, según ellos—, cuando en casa no tenemos abundancias; guardemos esos cuartujos para comprar pan y jamón del curado, y que llegue el milagro —si es que existen milagros— sin gastar dinero alguno, que para algo es milagro y para algo llega de quien todo lo puede". Y se guiñaban los ojos en son de burla por las palabras del pobre don Aquilino.

Y... desde aquel día, como si una maldición del cielo fuere lanzada sobre la adea, la nieve no dejó uno solo de caer con furia, mañana o noche, agostando las patatas tempranas, arrasando e inutilizando los campos sembrados con abundancia, haciendo perecer de frío a ganados y animales caseros en proporción aterradora. Y el hambre horrible llegó a enseñorearse del vallecito alegre un tiempo.

La campana de la iglesia, ¡pobre campana!, rota de golpearla con el badajo para llamar a los fieles que no acudían, sonaba en aquel silencio como grito de desahucio en sus últimos instantes,

perso y mal aconsejado, hacía días que vivía sin vivir y esperaba su gloria, como dijo la divina poetisa.

La curiosidad de un mujeruca y el corazón cristiano de Margarita dieron con la clave de aquel toque a muerto, y pronto volvieron adonde estaban reunidos los más de los hombres del lugar y sus mujeres respectivas, para darles la noticia de la muerte del señor dean.

Se lo encontró el sacristán recostado sobre la mesa de la sacristía como si durmiese la vigilia de la noche anterior, con su libro, de rezos delante. Llamóle primero quedamente; después se acercó y le tocó en un hombro; por fin le acercó la vela a la cara al ver que no respondía y más le pareció que dormitaba. Su semblante tranquilo, mejor dijéramos risueño, no demostraba sufrimiento alguno; con la mano derecha sobre el libro y con el índice señalando el renglón que leía, como era su costumbre, así le sorprendió la amiga enemiga.

El sacristán, no obstante, convencióse de que el sacerdote estaba muerto y... no tuvo valor para salir de la iglesia a comunicar la noticia a sus vecinos, e instintivamente cogióse a la cuerda de la campana y comenzó a doblar, al

mismo tiempo que el rostro se le bañaba de lágrimas y una oración subía a sus labios.

Así lo encontraron Margarita y la mujeruca que llevaron la noticia al pueblo...

Los unos, por curiosidad; los otros, convencidos de que era preciso fiar a lo divino lo que ellos no consiguieron con sus fanfarfonas bravatas, entraron en la iglesia y vieron al señor abad con la mano extendida sobre el libro y con el índice señalando un renglón que decía: "Perdonadlos, Señor, que no saben lo que hacen". Las mujeres rezaban a la Virgen, de rodillas; los hombres, con la gorra en la mano, salían de la sacristía y también rezaban ante la bendita imagen tanto tiempo olvidada por sus feligreses.

La iglesia lució todas sus luminarias como en día de fiesta, y cuéntase que desde aquel, la fé arraigó en los corazones al ver que al siguiente amaneció un día de sol, y que al conducir los restos de aquel santo varón al cementerio del pueblo, a cuyo sepelio acudieron todos los vecinos, y hasta cuentan que los tullidos, una paloma blanca como la nieve se posó en la caja del digno representante de Dios en la tierra y abrió sus alas, como si quisiera cobijarle, y hasta el cementerio lo acompañó sin sufrir susto alguno.

"¡Era un santo!", oíase por doquiera, y la campana de la iglesia doblaba, y la de la mansión eterna sonaba a gloria para dar entrada en ella a un mártir más, que murió pensando en la redención de su humanidad querida.

Desde entonces volvió la iglesia a recibir sus votos, volvió a escucharse la oración ante la Virgen, y volvió la felicidad adonde no existía, sin duda alguna, huida para demostrar que en el mundo no todo está en la vida de la tierra; sino que de cuando en cuando hay que mirar al cielo, para mejor darse cuenta de la necesidad del alimento espiritual, que es la fe, sin la cual no es posible caminar con alientos en este bajo mundo.

El origen de los lacayos

Se debe a la muerte de don Sancho II de Castilla, a quien en el año 1073 mató alevosamente Velldo Dolfos en el cerco de Zamora.

Fué de tanto sentimiento esta desastrosa e impensada muerte para los castellanos, que se ordenó que todas las veces que los monarcas saliesen de palacio, bien fuesen a la iglesia, por la ciudad o al campo, les acompañasen seis hombres robustos y de reconocido valor, que no perdiesen de vista a los reyes; y siendo en aquellos tiempos Cecilio Laz-Cayo sujeto de formidables fuerzas lo eligieron por cabo de los otros, habiendo tomado juramento a cada uno de por sí, que asistiría a las personas reales en público y fuera de él, poniendo la vida en su defensa.

El lago de la tristeza

Por Reis Netto

Especial para "FRAY MOCHO"

—Usted no conoce todavía la leyenda?

—No, señora, y le aseguro que me llevaría una pena en el corazón si me fuera de Chile sin conocer la historia del Lago de la tristeza, para poder contarla a mi querido amigo José Fatanca de Meirelles Carmo, a quien escribo una serie de cartas sobre este maravilloso país.

—¿De veras?

—Positivamente.

Doña Esmeralda, la encantadora dama con quien departía, dando un "sí" suspirado, único, tal vez el más expresivo que oí en mi inolvidable gira por Chile, apartado del cuello su rica piel de lobo, desembarazó las manos del abrigo que las envolvía, colocó su pie sobre una piedra suelta y se dispuso a hablar, con aquella su manera tan personal, de frase inflamada y palabra candente...

Doña Esmeralda fué el tipo de mujer más hermoso que conocí en el país andino, alta, esbelta de cuerpo, mirar penetrante y tierno al mismo tiempo, cabellos negríssimos, cejas pobladas, nariz perfectamente griega boca correcta con dentadura marfilina, seno alto, jadeante, manos finas que terminaban en puntagudas y rosadas uñas... Era un modelo de mujer elegante y además bonita.

Casada, hacía cinco años, con el señor Augusto Laveis, no había tenido todavía un hijo a quien transmitir sus encantos físicos y morales.

El marido para quien llevara yo expresiva tarjeta de presentación, habiendo tenido que ir a solucionar urgentes asuntos, me había confiado a su señora y a una hermana para que conmigo y mi compañero de excursión fuésemos hasta el famoso lago.

Viven en el distrito de Osorno, en una magnífica propiedad rural que denominan allí "fundo". El es señor de grandes haberes y dedica su hacienda al cultivo del trigo, cebada y avena, que produce en grandes cantidades aquella zona. Su bello solar, viene de herencia abolenca. Hay una especie de castillo a la entrada de la gran quinta, y la torre que lo domina se vislumbra desde lejos. Un magnífico jardín guarnecido por inmensa variedad de flores, rodea el edificio de estilo netamente morisco.

Habíamos almorzado en una sala verde, amueblada a la romana, con una mesa de nogal, adornada con cristalería árabe y con profusión de ramos de flores, contruidos con tal artístico gusto que —según me explicaron— era la especialidad de las antiguas sirvientas de la casa.

El menú fué muy sencillamente exquisito; las viandas sabrosas y delicadas se sucedían con profusión capaz de conformar al más caprichoso "gourmet". La señora a cuyo lado derecho estaba colocado, contornaba todos los platos curiosamente, con pétalos de flores; candelas virginales, perfumadas rosas, claveles detonantes.

Durante el almuerzo me habló de la maldad de una escritora, que en un artículo sobre las mujeres chilenas las había ofendido seriamente. Quejose con tristeza de la ofensa, de la que también protesté sinceramente, porque, para probar

el error de aquella articulista, bastaba contemplar la belleza, el candor, la gracia y la elegancia que se reunían a mi lado, lejos de las grandes ciudades, junto al nevado volcán que custodiaba la región con su masa imponente.

Estábamos sentados entonces en la margen del lago. No existe —creo— en el mundo un espectáculo igual al de esta laguna, ensombrecida por los altos montes que la circundan y la placidez de sus aguas claras, donde la nieve que cubre la cima de las montañas se refleja como grandes bloques de plata.

La falda de los montes, constituye una pequeña plataforma en torno del lago; un leve tremor

crispa, de tanto en tanto, las aguas y reina soberana la inmensa tristeza del paraje; emerge el volcán en el fondo del cuadro, alto, blanco, con el crater ennegrecido, soltando espesas columnas de humo, mientras el espíritu se emociona ante la magnificencia del conjunto.

Eran cerca de las tres de la tarde; el sol asomando por el abra que formaban dos gigantes de piedra y hielo; enviaba hasta la laguna un rayo de luz fulgente, que imprimía reflejos extraños a la visión plateada de las aguas.

Doña Esmeralda conversaba.

Venía de lejos un trinar de pájaros. Dos garzas, que al principio juzgue trozos de hielo, llegaron volando hasta nuestras proximidades y cegadas por la luz que traspasaba los altos montes, estiraron su cuello esbelto y escondieron luego la cabezas pentativas.

Hace ya muchos años que comenzó aquí a la vera de este lago, el amor de Esmeralda por un hermoso holandés, —dijo la bella señora.

Aquí, como en todo el sur de

Chile, se dedican muchos esfuerzos a la cría de ovejas.

Vivía en este distrito una familia de nativos, que guardaban enormes rebaños de carneros, propiedad de un señor escocés que había arrendado el establecimiento de Osorno por largo tiempo.

El pastor Cabrer tenía, en aquella época, una hija hermosa y pura de unos 17 años, tipo de la raza araucana y española, levemente trigueña, la que pasaba los días cuidando los rebaños en compañía de un bravo perro. Temprano, ante los primeros clarores del día, llegaba hasta estos parajes con sus animales y así vivía, siempre triste, siempre hermosa, inanimada por su persistente melancolía.

Había por entonces llegado a esos parajes una gran caravana. Tratábase de un rico holandés, hombre de alto saber que realizaba estudios en medio de esta abrupta naturaleza y que siguiendo su plan de observaciones, estableció su campamento provisorio en una vieja heredad que queda allí al Oeste.



Y CUANDO le den el empaque fíjese y refíjese en que lleve esa misma palabra y en que tenga la auténtica CRUZ BAYER. La envidiable reputación ganada por la Cafiaspirina en el mundo entero, ha dado origen a imitaciones y productos similares.

Si no se defiende Ud. tomando esas precauciones, se expone a recibir en vez del remedio legítimo que ha de darle seguro alivio, algo que puede ser nocivo para su salud.

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos; etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.

PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!



El escocés entabló de inmediato relaciones con los de la comitiva, entre los que se destacaba Angel, un muchacho de 21 años, hijo del jefe de la expedición, alto y rubio, pulido, con cierta nobleza en sus ademanes. La cabellera encrespada le caía sobre los hombros y un leve bozo dorado asomaba por sobre el labio superior.

Una tarde tibia y serena, mientras la caravana marchaba por los valles haciendo anotaciones, el mozo llegó hasta la orilla de este lago y divisó, sentada en una roca, a la linda pastora que acariciaba mimosa a su perro. La muchacha levantó la cabeza cubierta por amplio pañuelo negro, mientras el can ladró furiosamente al avistar la proximidad del extranjero, con su gran sombrero entre las manos y la cabellera al viento. Irguiéndose, apoyada en su largo cayado, contempló al viandante y como el perro se quisiese abalanzar sobre él le lanzó un grito censurándolo y lo castigó con su pequeña mano.

Un escritor compatriota suyo que yo leí hace años, dice que el primer lampejo de amor, no sufrió, todavía, ni sufrirá jamás, una descripción positiva. ¿Es verdad?...

—¡Absoluta!...

—Dejo por eso de hacer más comentarios.

—En los días siguientes, desde temprano ya estaba Angel sentado junto a Esmeralda y "Trigueño", sacudiendo su felpuda cola, lamía las morenas manos de su amiga y del joven holandés. Hablaban largamente, apretando ensimismados los dedos de las trenzadas manos. Ella refa embelesada, cuando él, inflamado, hacía sus grandes castillos. Por más de dos lunas enteras vivieron así. Todas las flores que él encontraba se las traía a su amada, la que hacía ramilletes para colocar entre sus negras trenzas o sobre sus tiernos senos.

El perro, apenas llegaba ella al campo y soltaba las ovejas partía ladrando y regresaba a saltos, trayendo tras sí al rubio extranjero. El la había prometido volver en breve para hacerla su esposa y cantaba, reclinado a su vera, canciones que ella no comprendía.

Y Esmeralda a su vez entonaba, a veces, músicas araucanas, que lo hacían llorar.

Una tarde de sol abermellado mientras las ovejas se desgranaban como cuentas blancas por las falas del monte, él extendió las manos para decir adiós a su amada. Se inclinaron sus cabezas y Angel depositó en las mejillas de Esmeralda un beso dulce y respetuoso. "Trigueño" aulló dolorido mientras una bandada de grajos pasó chillando agoramente sobre el lugar.

Al anochecer, cuando ella regresó a la choza paterna, la madre afligióse al ver su estado y ella mostrando su pie descalzo, quejóse de que una espina venenosa la había lacerado.

Pasó la noche desvelada y por la mañana oyó el cabalgar de la expedición que partía para otras tierras. "Trigueño" ladró angustiosamente mientras ella, escondiendo la cabeza en la almohada, lloraba dulcemente, tiernamente...

Por lo alto cruzó graznando un bando de gavilanes.

El sol no se reflejaba ya en las aguas del lago y las sombras comenzaban a extenderse como serpientes por las montañas. A cierta distancia mi compañero seguía a la señorita Ely que cantaba una canción de la tierra. Nuestras miradas se encontraron y fueron a posarse sobre una bandada de garzas que escondían la cabeza entre el diáfano plumaje.

—Al poco tiempo —continuó— corrió por toda la región la noticia de que la cabalgata había sido atacada por los indios y hecha prisionera y, una mañana, en que Esmeralda pastoreaba sus ovejas, siempre llorosa, llegó hasta ella un caballero que depositó a sus pies a Angel teñido en sangre.

uniendo su boca ensangrentada a la boca de la infeliz pastora.

Ella murió al poco tiempo, tirada al pie de la cruz que se levantaba junto a la fosa del amado y "Trigueño" tirado muchos días sobre ambas tumbas en la margen de este lago ahullaba incesantemente.

LA CALLE DE MI CASA

La calle de mi casa suele estar de gran fiesta en este dulce otoño... ¡Con su pequeña cesta pasa Juan el alegre vendedor de manzanas... Y vuelca en ella toda su voz, que en las mañanas interrumpen la calma. El vecino de enfrente jovial en sus sesenta abríles, serenamente abre el viejo portal de su negocio, donde siempre un amor de otoño sublimemente esconde. Luego las colegialas llenan con gritorios los jardines risueños, el pobre caserío donde la flor asoma ruborosa y discreta, En la esquina, despídense tomándose las manos aurora, mi vecina, y su novio Luis Llanos, Mientras que en la ventana la anciana madre observa esa pasión que avanza y a sus almas enerva!

Luego, mostrando el oro de su cabello fino que en un tiempo fué obscuro, con ese andar felino sale mi vecinita Margot para la escuela Profesional, que siempre la preocupa y desvela, y todo es una eterna poesía, en esta grata canción que abre la vida, en esta calle, en esta senda vieja, arbolada que siempre está de fiesta y pone el sol en ella su clámide de plata!

Félix B. VISILLAC

Aquí, junto a este lago, teniendo sobre el pecho palpitante la rubia cabeza del amado, lo vió morir serenamente, volviendo hacia ella los ojos húmedos y brillantes, y

Es por eso, ante la infinita melancolía del paisaje, que llaman a este lugar, el "Lago de la tristeza". Las garzas parten en arrebatado vuelo. Ya no hay casi luz y las

DEL BIEN OBRAR

Obra siempre como discípulo de Antonino.

Acuérdate de su constancia en hacer todo cuanto era conforme a la razón, de su igualdad de carácter en toda circunstancia, de su piedad, de la serenidad de su continencia, de su dulzura, de su menosprecio de las vanidades de la gloria, de sus esfuerzos por comprender las cosas bien recuerda cómo nunca dejaba pasar cosa alguna sin haberla primero examinado con detenimiento y haberla claramente comprendido; cómo sufría con paciencia a aquellos que le censuraban injustamente, sin devolverles censura por censura; cómo nunca hizo nada precipitadamente; cómo desoía las calumnias y observaba, sin embargo, con exactitud, los ajenos modales y acciones. No era aficionado a dirigir reproches a las gentes, ni tímido, ni malicioso, ni sofista. Recuerda con cuán poco se sabía contentar en cuanto a morada, cama, vestidos, alimentos, esclavos; lo trabajador y paciente que era; cuán económico se mostraba en su modo de vivir; la solidez y constancia de sus amistades; cómo sabía tolerar la libertad de lenguaje en sus adversarios, dichoso cuando alguien le mostraba lo mejor; cuán piadoso era, sin tener superstición de ningún género.

Imítale, pues, en todo, para tener, cuando tu última hora sea llegada, una conciencia tan pura como la suya.

Marco AURELIO



Un HIERRO QUINA BISLERI

antes de cada comida
le hace abrir el apetito
para el resto de su vida.

sombras se esparcen por los montes y las aguas. En el fondo, el volcán continúa soltando su negra columna de humo.

Cuando volvimos al castillo una llovizna fría y penetrante caía con impertinencia.

Había luz en la sala de música y atmósfera de bienestar se experimentaba con agrado allí.

Doña Esmeralda, se sentó al piano, a exprimir, entre delicados acordes, una dulce canción provincial...

Regimen recomendado para la alimentación de los niños

Los médicos alemanes, en gran número, aconsejan alimentar a los niños pequeños sin leche, producto que constituía su alimento habitual.

He aquí el plan alimenticio a que los someten: crema de arroz, sémola, harina para los hidratos de carbono, en la proporción de 5 a 10 por 100.

Las albúminas, en la proporción de 80 a 100 gramos, están constituidas por hígado cocido finamente tamizado.

Para las grasas se utiliza de 100 a 500 gramos de una mezcla conteniendo 5 por 100 de aceite de oliva y harina de trigo, a la que se agrega azúcar y vitaminas, es decir, jugo de naranja o de limón, con un 1 por 100 de sal.

Este régimen, aplicado a varios niños, les ha desarrollado normalmente en peso y talla.

Uno de ellos, alimentado de esta manera, desde las seis semanas de edad pesaba, a los once meses, nueve kilogramos y media 70 centímetros.

El interés en utilizar esta clase de alimentación reside, principalmente, en aquellos niños que se resisten a nutrirse de leche o en aquellos otros que padecen eczemas.

Es necesario, si se aplica este procedimiento, que aquí sólo damos a título de curiosidad, dosificar bien la cantidad de aceite de oliva que se agrega a la harina, so pena de ocasionar diarrea al niño.

SINCERIDAD

LA SEÑORA. — Algunos dicen que tengo / treinta años y otros, treinta y dos. ¿Qué edad cree usted que tengo?

EL SEÑOR. — La suma de las dos cantidades.

Las hoces y el amor

Por Rafael Comenge

El desafío fué un hecho; los de la Pobra creían a pie firme que sus mozos eran los más notables segadores de toda la Ribera; los de Alberique tenían la convicción de que con la hoz en la mano no había en el mundo quien venciese a sus gañanes; ambos pueblos apostaban por los suyos el oro a montones.

Era una "profia" como llamaban en su lenguaje nativo, que los acontecimientos se encargaban de resolver. Los prohombres de ambas villas parlamentaron y decidieron que el domingo próximo, a las seis de la mañana en punto, estarían segadores y jurado en el "alfás" de la tía Perrenea, cuatro hanegadas de alfalfa florida, coronada de mariposillas azules, que estaba en punto de segazón.

Los segadores serían dos por cada pueblo, jóvenes o viejos, cuyos nombres no se daban por anticipado para que la duda y la sorpresa fuesen mayores. Las cuatro hanegadas, que por causa del riego se hallaban divididas en ocho tohullas, debían ser cortadas mitad y mitad por cada bando, y el que antes concluyese de garbar sería declarado vencedor.

Como premio al esfuerzo, se apostaron seis onzas y media, de cuyo dinero la pareja que triunfa se entregaría la mitad al santó hospital de su pueblo, quedándose con el resto como recuerdo de la victoria.

Después de una empeñada discusión se aceptó por el jurado en pleno que asistieran las mujeres.

—¡Nada anima tanto a los hombres como los ojos enamorados de una chica graciosa! —exclamó un viejo cuyo cabello parecía plata bruniada.

—Si no hubiere mujeres en la tierra el hombre no trabajaría —afirmó sentenciosamente un cincuentón alegre, de esos que todavía siente el enfático rumbo de pecar.

—¡Que vengan mujeres! —dijeron varios—. Siempre serán el mejor adorno de la fiesta.

Y así quedó convenido.

Faltaba por pactar un detalle: ¿Cómo debía ser la hoz? Tras breve disputa se avinieron a que fuese la "terrera", de hoja parabólica, dentada en el filo, la que se usa en la siega de la alfalfa y del "serreix".

Llegó el ansiado domingo, y previo permiso de los curas párrocos respectivos para trabajar ese día de fieta, la dos comitivas cuando se asomaba el alba por Oriente se dirigieron al "alfás" de la tía Perrenea, unos a pie, otros a caballo, llevando las hijas, hermanas y novias a la grupa. Los pañuelos de seda de las muchachas daban una nota de color brillante a la verdura todavía grisácea del campo; cuando se avistaron, de lejos, los dos bandos, rasgó el aire un canto de jota, entonado por una voz robusta y varonil, que silabeaba con cuidado cierta copla intencionada; no tardó en recibir contestación el atrevido; del otro grupo salió nuevo cantor y poeta, que, a grito pelado, contestaba cumplidamente el epigrama ofensivo. Las coplas eran abusivas al acto que los congregaba, y cada grupo desataba en ellas el próximo triunfo de los suyos, poniendo de pasada algo despectivo y mordaz para los segadores contrarios, menosprecio y ofensa que el último verso sufría por amor al consonante. Era una "versá" en toda regla: música, improvisación, sátira; dos masas pueblerinas que iban a la greña.

Después de las primeras réplicas poéticas, callaron los hombres,

y fueron las mozas las que gorjearon esperanzas y denuestos, siguiendo melódicas notas. Por lo visto todos sabían cantar, pues las coplas se sucedían rápidamente, con ingenuidad maliciosa, iguales acordes y agravio evidente de la retórica.

Afortunadamente, la barbarie expresiva del pensamiento estaba

de las guitarras se hubiesen convertido en lanzas, si no se oyese una orden imperiosa dada por un viejo en esta forma:

—¡Alto! ¡A callar todos!... ¡Dios! Hemos llegado al "alfás" y vamos a ordenar la "profia" como hombres. ¡Fuera músicos!

Entonces un barítono de Alberique saludó con mucha cortesía



Este es el que debe los cinco duros

- ¿Se acuerda usted de los cinco duros que le presté?
- No sé, no sé, no caigo...
- ¿No? Pues le voy a dar un estacazo.
- ¡Hombre!, espere, ahora recuerdo de ello.

disimulada por el rasgueo de las vihuelas, cuyos tañideros abusaban del bordón más de lo que soportaban los oídos delicados, y como la sátira de los copleros, conforme se acercaban, seguían en aumento, a pesar de las falsetas y raspados, bien pronto los mástiles

a los de la Pobra dándoles la bienvenida, y un tenor de la Pobra devolvió la fineza, haciendo verdadero derroche de garganta, derroche que afirmaron y completaron los diapasones con las resonantes claridades de sus fuga y contrapuntos.

ANECDOTA

Vivía Trasibulo enamorado de la hija de Pisistrato. Encontró un día en la calle y la abrazó.

Quedó su madre picadísima de aquella libertad y se quejó a su esposo Pisistrato para irritarlo contra Trasibulo.

—Mujer mía, si aborrecemos a los que aman a nuestros hijos, ¿qué haremos con los que los aborrecen?

E inmediatamente dió a su hija en matrimonio a Trasibulo.

Entusiasmados por la poesía infantil y la música cortés hubo un momento que para salvar se quitó el pañuelo de pitos lleno de colorines resto infeliz del antiguo turbante morisco, prenda que al perder la fe de Alá se ha ido reduciendo más de lo que permite la estética y la cronología histórica.

Como los de Pobra llevaban la bota bien repleta y sendas alforjas a las ancas de sus caballos y asnos, ofrecieron a los de Alberique jamón, tortas "finas", tortas sachinosas y almojabanas, que sirvieron de apetitosas empapantes al exquisito vino de Torrente, y los de Alberique regalaron a sus contrarios tortas de aire, las mejores que se comen, y "orelletes" recamados de anís y ajonjolí, con nías longaniza curada y huevos duros, cuya cáscara está teñida con toda la gama del iris, tinte que les daba el aspecto de frutos exóticos. Alguien aseguró que el vino de los de Alberique era natural de Benajama; pero un libador de renombre que hizo cata, afirmó por su honor, rápido, que era de la Condomina de Alicante. Los chasquidos de las diferentes lenguas sobre el paladar de aquellos que lo probaban hicieron definitiva la sentencia del catador. El vino, ciertamente, se había criado en la Condomina, y sin ser a lo que poseía la dulce amargura de lo añejo y el generoso perfume de lo rancio. Durante el "tente en pie", se echó de ver que las más lindas muchachas de cada pueblo se habían agregado a los segadores.

Destacábase entre todas por su gentileza "Visonteta la Rulla", chica de "piñol dins", según la frase de las bullangueras rondallas, la más fina de Alberique, luciendo el pelo negro ensortijado; la boca, hermana de las amapolas, entreabierta; y los grandes ojos llenos de luz y de sombras. Mientras las demás jóvenes cantaban y bailaban, ella parecía triste, fatigada, abatida; tal vez le sentó mal el madrugón; quizás amaba en secreto; ¿Quién aunque sea zahorí puede interpretar la tristeza de una mujer?

En esto surgió el sol, antes de la hora señalada en el calendario, porque es notorio que en Valencia adelanta su aparición el astro rey, rabioso de contemplar de nuevo la hermosura de su huerta, satisfecho de ver retratado su disco de fuego en las naranjas.

El "alfás" de la "tía Perrenea" parecía un lago de esmeraldas, sobre el que revoloteaban millones de libélulas azules; el viento rizaba ligeramente la alfalfa, dándole el aspecto de ondas; las chicas se sentaron en las márgenes del campo, a la sombra de las moreras, para contemplar el desafío. El jurado tras de algunos cabaldeos dió los nombres de los combatientes.

Los de "Alberich" designaron a "Tep de l'Al" y a "Quico l'Aixe"; los de la Pobra al "lio Agres" y a "Severinet de Gargori Felix". El público aplaudió entusiasmado; los cuatro nombres constituían una verdadera garantía de éxito; los cuatro pasaban por segadores de nota y prestigio; la victoria, volando como hembra, era una incógnita que iba a despejar la hoz.

Al día "Visonteta la Rulla" que se había en uno de los designados por la Pobra, se echó a llorar con verdadera aflicción. Su padre, enternido exclamó:

—Si "soites el plor" tendré que casarte a "Alberich", ya que no puedes ver el triunfo de tu hermano con alegría.

El padre ignoraba que Severi-

proclamar crudamente sin ambages ni rodeos la indiscutible victoria de su hijo, "Pep de l'All" padre, levantaba en el corazón de la muchacha cruel tempestad de encontrados afectos.

—Lloro de gusto— contestó Visanteta haciendo un mohín de indiscreta altivez.

—Pues ríe de pena, ¡so boba! —replicó su padre.

Todos subrayaron con palmadas la ocurrencia de "Pep de l'All", mientras Visanteta, vencida por la gracia paterna, bajó los ojos resignada y obediente.

También en la huerta valenciana triunfa el ingenio.

El jurado sorteó las tahullas, puso a los segadores de espaldas al sol y dió la señal de comenzar la penosa tarea. Los cuatro vestían "cornalets" blancos, faja ancha de lana negra y camisa de lleus cruet, con el pecho desabrochado; las mangas, retorcidas por encima de los codos, dejaban los antebrazos al aire.

Al darse la señal entraron en el campo, se pusieron en cuclillas y comenzaron la faena, rápidos y nerviosos. Con la mano izquierda cogían puñados de alfalfa, mientras la derecha cortaba los tallos con la hoz; la hierba caía sobre la tierra igual, formando hilada; los cuatro hombres avanzaban penosamente, y cuando dejaban de segar se inclinaban hacia el lado izquierdo volviendo la cabeza atrás y recogían los tallos cortados con la punta de la "corbella" amontonándolos en haz; luego, un puñado de alfalfa les servía de utijo; con él ligaban la garba, y la plantaban después, tiesa, erguida, sobre el terruño; cada haz parecía hito de su esfuerzo y jalón de su proeza. Los espectadores contaban las haces como tantos, y hacían comentarios en voz baja.

En las primeras tahullas ninguno sacó ventaja; tan extremados eran la habilidad y bríos de aquellos cuatro pelantrines.

Al pasar a la segunda hanegada, hombres y mujeres contenían el aliento y miraban en silencio la pelea; pero por los ojos se les escapaba el alma, sobre todo a Visanteta que acechaba con interés creciente los progresos de los segadores.

Si las grandes pestañas no hubiesen dado sombra a su rostro, difícilmente habría disimulado las ansias de su corazón que en borbotones de púrpura salían a la cara.

De pronto Severinet, pegó un salto, tiró la hoz y estolico restañó la sangre que manaba de una pequeña herida; Visanteta se acercó solícita, le habló clavándole los puñales de sus ojos, rasgó su pañuelo y vendó la herida en un santiamén. Los de la Poblela aplaudieron aquel rasgo de generosidad de los de "Alberich"; Severinet dió las gracias conmovido, quiso sostener la mirada de su novia, no pudo más que saborearla, y rojo como la grana se puso a segar con más ahínco que nunca. El vendaje para contener la sangre fué inyección de vida, pues si antes se mostró fuerte, ahora parecía invencible.

Sabido es por sabios y necios que palabras de la mujer amada, cuando se entran en los hombres pecho adentro, hacen milagros. La novia, la hija, la esposa, la madre, son pilas eléctricas de gran potencia que nos llevan indistintamente a la gloria, a la heroicidad y al sacrificio, porque el alma de los hombres ha sido siempre cera blanda que moldean a su antojo las mujeres.

Al llegar a la tercera tahulla los de Alberique sacaron a sus contendientes alguna ventaja, no más de dos garbas; mientras los

de la Poblela anhelantes y sudorosos, estaban todavía atando los últimos haces, los de Alberique pasan a la cuarta tahulla.

Hubo algunos que quisieron aplaudir; pero con tal fuerza los miró el jurado que las manos no se atrevieron a chocar y quedaron

agitó a los cuatro vientos. Ni una brizna cayó al suelo.

—¡Bien atada está! —dijo uno entusiasmado.

Y otro sin poderse contener gritó:

—¡Victoria! ¡Viva "Alberich"! —¡Vivaaa! —clamaron todos.

EL CABALLO DE CARTON

Tenía puesta el niño
en su caballo de cartón el alma,
en su caballo de cartón, que era
todo el ensueño de su vida clara.

Con su montera de papel y un sable
que hecho de plomo al cinturón llevaba,
con el caballo por la casa iba
siendo de todos la ilusión dorada.

Besábanle los padres
viéndole alegre, y su pequeña hermana,
con otro gorro de papel, seguía
todos sus pasos por la humilde casa.

Era el caballo de cartón muy feo,
tosco de grupa y de torcidas patas,
mas el pequeño al cabalgar creía,
que era un Pegaso de brillantes alas.

Un día el niño amaneció muy triste;
muñito y con fiebre se quedó en la cama;
pidió el caballo y recostó las crines
junto a, su frente en la pequeña almohada.

Y así, en su cuna se murió, soñando
que en su Pegaso de brillantes alas,
flase al cielo y que, al llegar, un ángel
a él y al caballo junto a Dios llevaba.

Hoy nada, alegre la mansión sencilla;
todo está triste, que en la humilde casa
lloran los padres su esperanza muerta
viendo tan sola a la pequeña hermana.

Y cuando tienen que pasar por fuerza
cerca del sitio en que el caballo guardan,
creen que aún el niño en su cunita duerme
y, como entonces, de puntillas pasan.

Fernando LOPEZ MARTIN

detenidas en el aire. Entonces comenzó el desnivel: "Pep de l'All" y "Quico l'Aixa" adelantaban con rapidez pasmosa, chorreando gotas de sudor, pero sin perder fuerza ni arrogancia; los de la Poblela, exaltados, nerviosos, perdían cada vez más terreno, se retrasaban al atar los haces y al recoger las hierbas.

Parecía que no cortaban sus haces. "Pep de l'All" ató la última gavila, la cogió por la punta y la

Hay que confesar que los de la Poblela conservaron su serenidad aceptando noblemente el triunfo de sus contrarios, aplaudieron también y sin protesta alguna entregaron las seis onzas y media que iban apostadas.

En aquel momento "caballero en un asno", defendiéndose del sol bajo un paraguas rojo con ceñefa negra, llegó el cura de Alberique, que bendijo el torneo y recomendó prudencia. No hizo falta;

se luchaba con nobleza; otra vez ganaría la Poblela.

Por las mejillas de Visanteta corrían riachuelos de lágrimas. De seguir manando la fuente podía haber regado el "alfás".

Su padre se enfadó mucho y hasta murmuró entre dientes, como si se afrentara de pensarlo, que era cosa de acabar ya aquellos dengues con una bofetada; pero siguieron las lágrimas y el padre se limitó a sacar la petaca y a encender una tagarnina de las más bravas de estanco.

Cuando pasada media hora los cansados segadores se pusieron en pie, las dos cuadrillas se despidieron con afectada urbanidad.

El repliegue se verificó en silencio; seguramente la tierra se había tragado las guitarras; solo al pasar la barca del Rey hubo un imprudente de Alberique que se atrevió a recordar la victoria. A pescozones se le hizo callar. El eco no trajo la contestación de los de la Poblela. Los vencidos no confían a la música la victoria.

¡Viva "Pep de l'All"! ¡Vivaaa!
—¡Viva "Quico l'Aixa"! ¡Vivaaa!

—¡Viva "Alberich"! ¡Vivaaa!

Mientras todos gritaban como locos, el estallido de los cohetes y el volteo de las campanas no dejaban oír las risas, carcajadas, fermata y arabescos de la dulzaina ni el severo compas inarmónico de redoblante.

"Pep de l'All", al llegar a casa desmontó a Visanteta, la cogió de la mano y mostrándola a su madre, dijo:

—Aquí tienes a esta "sompá", que cuando debe reír, llora. Ha vencido su hermano y todo son suspiros. "Minses de dones".

—¡Chica! "¿Que't pasa?" —preguntó la madre.

—¡Ay "mare" —dijo Visanteta— Severinet ha perdido.

Todos se encogieron de hombros, menos la madre que abrazó a su hija, y mezclando sus lágrimas con el lloro de la muchacha murmuró:

—¡Pobreta! ¿Qué sabéis vosotros? ¡Pobreta!

Y volviéndose a su hijo, que reía el triunfo, con la boca más grande que la cara, añadió:

—¡Tú "borinot"! Bien podías haberte dejado ganar. No por eso dejarías de ser el más diestro segador de la Ribera.

Y abrazando tiernamente de nuevo a su hija, repetía:

—¡"Pobreta! ¡Pobreta!"

UN HOMBRE

¿Qué es un hombre?

Un hombre, es aquél que cree en la vida, en la fuga útil de los días, en el trabajo fecundo; es aquél que se confía a la voluntad que está en el fondo de las cosas.

Un hombre, es aquél que tiene el corazón fraternal, que no concibe su felicidad separada de la felicidad de los demás, que está unido al conjunto, marcha en las filas y ama a la humanidad como ama a su familia y a su patria, con toda la emoción de sus entrañas y con toda su potencia de sacrificio.

Un hombre, es aquél que se gobierna, no según sus pasiones o sus intereses, sino según la ley de justicia.

Un hombre, es aquél que sabe combatir y sufrir por todo lo que es bueno; es aquél que sabe odiar el mal y hacerle una gran guerra, sin piedad, sabiendo que nuestro enemigo supremo, el único en el fondo, es el mal.

C. WAGNER

INMUNIDAD PERRUNA

El British Medical Research Council, de Londres, espera conseguir en breve la inmunización permanente de los perros contra la pasteurolosis conocida por moquillo.

Dicha institución anuncia que los investigadores confirman que dicha afección se debe a un virus no filtrable y que esperan llegar a un método de inmunización por inoculación.

Al suprimir dicha afección en los perros se reducirán los casos de influenza en el hombre, pues se supone que ambas enfermedades están estrechamente relacionadas, si bien no ha sido probado todavía.

La muñeca de trapo

Por Luchy Muñoz de Buendía

Se había quedado sola con su hija, con aquella niña rubia de dos años que era su gloria y su desvelo: ¿Cómo podría ella mantener a su hijita, rodearla de todos los mimos en que había estado envuelta aquellos dos primeros años del preludio de su vida cuando juntos formulaban los proyectos del futuro? ¡Su niña linda... su niña rica...!

¡Con cuánta ilusión la había esperado! ¡Con qué alegría había ella bordado las iniciales de sus camisitas, aquellas camisitas tan chiquititas, tan chiquititas! ¡Con qué alegría no había ella bordado las iniciales de las camisitas de su nena en que estaban las primeras letras del apellido de él y del de ella!

Y ahora, él se había ido, ¡tan lejos... y para siempre!

Se había ido... Asunción no quería pensar que se había muerto. Quería creer que volvería y esperaba siempre que volviese.

¡Cuántas noches soñó que allí estaba él con ella y con su niña; para saber al despertar que su hija nunca conocería el cariño de un padre ni el consuelo de la voz madura que dice: "¡Hija mía!"

¡Y qué padre hubiera sido él! ¡Cuántas veces había hablado de cómo harían los dos la mujer ideal de su hija: "Tú cuidarás—decía él—que sea fuerte y sana, que acreciente en belleza y mantenga sencilla su alma. Yo haré que se interese por todo lo bello, por todo lo hermoso; que sepa ver un paisaje y escuchar el murmullo del agua..."

Y ahora se había ido él y ella quedaba sola para cuidar del cuerpo de su niña y moldear su alma.

Asunción no encontraba el medio de resolver el problema. Le pasaban los días sin saber por qué decidirse. Conocía una casa que necesitaban dactilógrafa, mas ¿cómo dejaba a su niña en manos de la criada? Era una buena mujer, pero... ¡usaba a veces unas palabras!

Otra casa buscaba señorita para la correspondencia extranjera. Podría dar clases de idiomas. ¿Pero y su hija? ¿Cómo iba a dejar a su nena horas enteras sin su madre? ¡Hay que cuidar tanto de las almas tiernas! ¡Cuántas veces un gesto, una frase incomprensible en la primera infancia es al recordarla años más tarde revelación inesperada que roba todo un mágico tesoro de inocencia!

Asunción quería ser ella, sólo ella, quien fuese mostrando a su hija la vida, para evitar los desencantos que sufriría al ir descubriendo sus crudezas.

Una vez pensó en el teatro. Recordaba aquel éxito suyo en una función benéfica. Aún sonaban en sus oídos los aplausos, las felicitaciones y sobre todo aquella enhorabuena cordial de un hombre del pueblo que al día siguiente en plena calle, todavía entusiasmado, le batiera palmas.

Ella sabía, sentía, que allí estaba la gloria, el dinero que haría la vida de su Chonita tan fácil y risueña. Estaría en el teatro sólo los años de la niñez de su hija. Ahorraría mucho para que cuando Chonita entrase en la adolescencia, dulce edad ávida de emociones, viajar con ella, enseñarle la vida y el mundo. Pero venía a ella el recuerdo de él, su horror al teatro, a que su mujer mostrase ante un público el maravilloso encanto de sus gestos, sus sonrisas, sus miradas... Y ella había sido tan suya, tan suya, que el recuerdo de él era su dueño y solo en ella imperaba.

Por fin se decidió por lo que los viejos prejuicios y las flojas costumbres españolas hacen que se decidan casi todas nuestras mujeres: la costura, los sombreros, el bordado.

Empezó a hacer sombreros, que nadie le compraba. No eran modelos, muy elegantes sí, pero, ¡tenían unos precios tan baratos! Sólo de vez en cuando una mujer llegada de algún pueblo, se llevaba uno de esos gorritos fantásticamente cursis que ella hiciera en horas de ironías amargas. Concluyó por no hacer más que gorritos blancos, celestes o rosas.

¡Una muñeca y ella no podía...! ¿Cómo iba ella a comprar aquel lindo bebé de porcelana que abría y cerraba los ojos de cristal bordeados de sedosas pestañas?

Asunción tuvo una idea:

—Mañana, hija, mañana.

—¿De verdad, mamita, de verdad? —La niña tocaba las palmas y saltaba. Sabía que mañana la tendría. Chonita no conocía la mentira: vivía sola con su madre y su madre nunca la engañaba.

Mañana al despertar su hijita, encontraría una muñeca en su cuna. Una muñeca de trapo. ¿Cómo



DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLOGICOS

SABIO PRIMERO. — Este fetiche, indudablemente, es de cinco mil años antes de Jesucristo.

SABIO SEGUNDO. — ¡No tanto, no tanto! De cuatro mil novecientos ochenta y cinco, todo lo más.

Y más de una vez, al prenderles una flor o un lazo, recordando su felicidad pasada, la seda se manchó de lágrimas.

—¡Mira, mamá, que muñeca más mona! ¡Cómpramela, mamita, anda, cómpramela! ¡No la rompo! —decía la nena con su vocisita pedigrifeña y clara. Ya era una inteligente criatura de seis años, rubia y rosada como un angelito de Rubens.

La pobre Asunción no sabía cómo desviar a su niña del escaparate en que la muñeca lucía su carita de porcelana.

—Vámanos, nena, ya es de noche, anda, Chonita, anda.

La niña sólo repetía encaprichada:

—¡Cómpramela, mamita, cómpramela!

Era la primera vez que su hija le pedía una muñeca. Era el sentimiento inconsciente de la maternidad que despertaba. Su hija que-

la haría? la haría; el cómo no importaba.

Asunción recordaba haber visto en las aceras de las calles pobres, niñas sentadas en los umbrales de las puertas mecido por los lillos de trapos, envueltos en restos de tocas, mientras que les cantaban, con el más tierno arrullo, viejas nanas.

¿Aquellas pobres criaturas veían acaso aquellos pobres pingajos que dormían en sus braccitos? ¿Cambiarían ellas sus miserables muñecas, en las que habían puesto ya tantos mimos, tantos besos y alguno que otro azotillo, por otros juguetes flamantes y vistosos?

Conociendo Asunción la imaginación de su nena, sabía que, fuese de trapo o porcelana, era lo de menos. Su niña quería una hijita y la tendría.

Aquella noche no durmió. Trabajó en la muñeca sin descanso; todo lo más parecida a la del es-

caparate la hizo, y, en su gran amor por la niña, llegó a cortarse unos cabellos y hacerle una peluca que rizó en tirabuzones.

¡Cuántos besos le dió Chonita a su madre! Era una lluvia de exclamaciones, de saltos, de locos abrazos!

—¡Tiene ojitos de botones! ¡Y medias de seda! ¡Ay, mira los dientes son cuentecitas y el pelo como tú, mamita, como tú, huele lo mismo!

Todo el trabajo de la noche estaba bien pagado con los cariños de su hija, de aquella chiquilla que era tan expresiva, tan graciosa, y tenía los mismos ojos de él, de su marido, de su padre.

II

¿Pero por qué no podía dejar él aquel recuerdo? ¡Siempre Asunción, la niña aquella que estuvo un verano en su pueblo, ante sus ojos ávidos de ensueño! Supo que se había casado con un arquitecto. ¡Quién sabe, si ya habría muerto! Pedro la veía siempre como aquel verano que la encontró cogiendo lirios blancos en el arroyo del molino viejo. ¡Oh, viejo molino, paralítico, sepultado entre culantrillo y yedra!

La veía con su trajecillo de piqué blanco, al aire los delgados brazos y el escote tostado por el airecillo del Andévalo.

Siempre iba ella enojada con los ojos fijos en la azul lejania, cuando paseaba al lado de su madre, una triste señora enlutada, y cuando cosía bajo el ancho castaño de la huerta o sobre el césped tierno de la chopera junto al camino, abandonaba la costura en el regazo y dejaba volar sus miradas, como alondras por el valle y más allá de los picos morados de la sierra.

El la había visto así muchas tardes y algunas mañanas y cuando oía el repiqueteo alegre de sus taconillos subir la empinada cuesta de la calle, se asomaba entre las entornadas maderas de su ventana y la veía pasar, sola y seria con su libro de misa, hacia la iglesia, como quien contempla un ensueño que se esfuma.

Para él, jovencuelo crecido en la sierra, sin más novedad en su adolescencia que el brote de los castaños en la primavera, la recogida de las peras en el otoño, o la calandria, que había hecho su nido en el moral jugoso, era tan rara y tan nueva aquella frágil mujercita que había ido un verano a curarse un resfriado a la sierra...

Pedro recordaba cómo, todos los días, la vieja criada de su casa, que aún llevaba la rayada saya de valverdeña, la pañoleta estampada al cuello y las trenzas canas atadas por luciente lazo de seda, le daba asombrada una nueva noticia de la forastera: "Ha comprado los platos viejos de la señora Eusebia, los lañados que estaban, yo no sé de ande dice que son, de un pueblo que está a la vera..."

¡Ay, Jesús, los desquetos y los años me andan quitando la cabeza!"

O bien: "Ayer al pasar por casa del tío Pedro se quedó mirando al balcón y dijo que era precioso. ¡Misté que aquello, to negro que está y con un cántaro roto sembrado de geranios de esos que crían hasta en los tejaos del pueblo! ¡Esa señorita debe estar...!" Y la buena serrana se llevaba, entre compasiva y burlona, el índice a la sien derecha y allí lo dejaba medio minuto dando vueltas...

A lo que él respondía: "Es que ¿tú sabes? en la ciudad no hay cosas viejas". Y bajaba a la huerta a

ver si los peros iban dorándose y a coger, para después mandarlos anónimamente, los más jugosos y aterciopelados albérrigos.

Este era su único atrevimiento y ya juzgaba el gran osadía tener entre sus manos toscas de hacendado de pueblo la fruta que ella había con sus pulidos dedos de llevarse a la boca.

El la encontraba tan nueva como la ciudad de que ella venía y que él se imaginaba tan flamante, "sin ninguna cosa vieja", sin ninguna de aquellas adorables cosas viejas que él no sabía ver por quizás haberlas visto mucho o porque su alma a medio abrir aún no las comprendiese.

Todas las tardes, cuando el ruiseñor empezaba su canto y el agua reía sus campanillas de plata por la lieba, pasaba él por delante del balcón donde ella leía o soñaba y, vergonzosamente, sin atreverse a mirarla, alzaba rápidamente su sombrero y se alejaba carretera adelante, hasta perderse en la sombra de los castaños viejos.

Y así pasaba un día y otro. Volvía la luna a segar con su hoz de plata los perfumados campos de heno, maduraron las cerezas en los árboles altos como cipreses, colgaba el sol sus faroles de ámbar de los altos chopos y se cubrían de morados velos las blancas tapias de mármol de una tarde a otra, florecieron las pálidas primorosas y murieron al borde de los caminos, la madre selva perfumó los bardales, se deshojaron las rosas en la caillade alberca y él seguía en muda contemplación adorándola.

¡Qué viva estaba aún en su memoria la noche aquella que encontró a Asunción en casa de su prima Rosario! Estaba en la azotea, la alegre azotea con un pozo de brocal enjalbegado y arco de hierro forjado, con una linda cruz de encaje, ¡la alegre azotea que olía a melocotones y albahaca! El, en su azoramiento, se olvidó de quitarse el sombrero, y como su madre ¡la viejecita querida! había dicho burdamente para disculparlo: "Este hijo mío está sin descordar!" ¡Qué vergüenza pasó! Fue la primera vez que el amor le hizo sentir el ridículo.

Aquella noche ella le habló de libros, de viajes, de hermosos cuadros que había visto; le había preguntado cuando recogía los peros y cómo soltaban las castañas los erizos y él sólo sabía contestarle con monosílabos áridos, no fuera en su incultura a cambiar las acentos y las palabras.

Fue unos días después de aquella noche, cuando estaba él pintando a la sombra del viejo molino derruido, que oyó a su espalda la voz deliciosa que decía: "¡Pero qué callado se lo tenía Ud.! Si es exacto el violeta de las montañas, el verde aterciopelado de los castaños, el rojo arcilloso de la tierra! ¡Qué dibujo más fuerte, más vibrante! ¡Qué atrevido, qué moderno!"

Pedro se acordaba cómo en su ingenuidad, anonadado por los elogios de ella, quería disculparse de su afición. "¡Pero ni que fuese malo pintar! ¡Si es usted un artista! ¡Qué lástima, Dios mío, qué lástima que se quede usted en el pueblo!"

Fueron aquellas palabras de Asunción las que le hicieron dejar el pueblo. Cuando ella, pasado el verano, se fué, él quedó sin saber qué le pasaba. Ya no tuvo para él encanto ni la voz de su flauta ni las caricias de su perro Lucero.

Aquel mismo invierno, su madre guardaba en las maletas las blancas ropas perfumadas de membrillo y romero y le colgaba del

cuello una medalla, mientras la vieja criada sollozaba diciendo: "¡La forastera le llenó de telarañas el cerebro!"

¡Pero, por qué no podría él dejar aquel recuerdo? Siempre Asunción, la niña que estuvo aquel verano en la sierra ante sus ojos ávidos de ensueño... ¿Para qué quería él ahora la gloria, si no podía ofrecérsela? La gloria que era suya, puesto que ella se la había profetizado. "¡Es usted un artista!" Ella fué quien primero le dijo la mágica palabra. Después... ¡cuántas mujeres se la habían dicho, cuántas lo habían codiciado! Pero las mujeres todas eran ante sus ojos, ávidos de ella (¿no la encontraría nunca más en su vida, fuera sólo de paso?) simples figu-

rapunte de su pueblo ¿Quién habría comprado aquel borrrón? Preguntó a unos artistas amigos que allí es-

"Una mujer alta y rubia, vestida de un lila pálido, —le dijeron.— Llevaba de la mano una niña rubia también" — Debía ser una viuda que había habierto hacía poco en la población un establecimiento de muñecos fantásticos, Elefantes exóticos, lúlus elegantes, negritos, dandys.

Pedro escuchaba con un nudo en la garganta. Aquella mujer debía ser Asunción. Tenía que ser Asunción. Asunción, era "Ella". Salíó decidido a encontrarla.

¿Viuda? ¿Le habían dicho que viuda? ¿Sería posible? Era un salvaje, Asunción viuda y él se ale-

presión. — ¡Mire Ud. este negrito que carita de guasa! ¿Y esta niña bien" con los ojos caídos? Ahora se estilan sobre los cojines. También los hay, y lámparas. ¿Esta es preciosa, verdad?

Pedro dejaba que la dependienta le enseñase lámparas, cojines, muñecos y esperaba a que ella volviese... Volvió.

Entró con sus ojos grises velados por un suave tul malva. Estaba canibadísima. Se veía que era la misma niña de la sierra, pero ¡qué expresión tan variada! ¡Era ahora su cara tan dulce, tan triste y a la vez tan enérgica! Se veía en ella a la mujer que sufre en silencio y lucha, a la mujer madre, tan distinta a la mujer-hija. ¡Cuánto abandono, cuánta risueña esperanza, qué alegría bulliciosa hay en ser hija y cómo la madre es reposada, reflexiva y seria!

Saludó Asunción con su dulce sonrisa y, después de cambiar unas palabras con la dependienta, dijo:

—Si al señor no le conviene nada de lo expuesto, dentro de dos días habrá otros que están en confección.

—Volveré—. Y se fué lleno de ella.

Asunción, al quedarse sola, quería recordarlo. Ella conocía aquella cara. ¿Dónde la había visto? ¿Fue en la sierra, siendo aún una muchachuela? La dependiente la sacó de dudas:

—¿No lo conoce Ud? Es el pintor. El que ha hecho la exposición en el salón Van Dyck.

¡Ah, entonces era Pedro! ¡Cómo había triunfado! ¡Y era ella quien había previsto su éxito.

A los dos días, Pedro volvió. Vela los nuevos muñecos distraídamente. De pronto dijo:

—Ud. perdóne, pero si no me equivoco ¿es Ud. Da. Asunción Marquina?

—La misma.

Se contaron sus vidas. El recordó cómo sus palabras de la sierra, su ingenua admiración, le había descubierto a él mismo; había estado en París, en Roma... Pero calló porque había trabajado, por quien había luchado. Ya se lo decía. Quizás tendrían que pasar días muchos días.

Pedro seguía yendo a la tienda casi todas las tardes. Una vez era un regalo a una hermana, la muñeca para una sobrinita, un donativo a la tómbola...

Asunción iba lentamente esponjando en sol su corazón seco de viuda. Sólo el recuerdo de su marido la impedía aceptar la oferta que un día u otro le haría Pedro. Después de todo ¿quién mejor la ayudaría a educar a su hija en la belleza como el padre soñaba, que aquel hombre artista? Además él nunca la había dicho que no volviera a casarse...

La nena quería a Pedro más cada día. El la traía bombones, juguetes de verdad, según decía Chonita, y no como los que hacía mamá, que eran todos de mentirijillas...

CREPÚSCULO ACUÁTICO

(A José Robledo, hombre de letras y compañero de corazón)

I

Un coágulo de sangre es el poniente. Ríela
Sobre las aguas una media luz fugitiva,
Mientras poquito a poco, matices de acuarela
Va adquiriendo la plana extensión de la riba.

Al Sur, el caserío se destaca a la vera
De un camino. A lo lejos muge un bucy. La boñiga
Da al aire un almizclado frescor de primavera
Y el cuerpo gusta de una voluptuosa fatiga...

¡Oh, y allá en lontananza — alas de ensombrecimiento —
Se ven las blancas velas de las embarcaciones
Alejarse!

Es la hora en que a mí me parece,

Al contemplar las islas que ha invadido la niebla,
Sentir que de una música de caracol se puebla
Mi espíritu ante todo lo bello que fenece...

II

Duerme el río. Hora enferma del crepúsculo lila.
Entre la bruma el muelle elevase, cercano.
(De un redil llega el dulce tañido de la esquila
Y un rumor de colmena del seno suburbano).

Yo estoy con dos amigos (un tenor y un prosista),
Admirando, bien próximos, desde un alto barranco,
La ideal perspectiva del paisaje fluvista,
Bajo la acción directa de un sentir hondo y franco.

Una canción de niños trae la brisa y se pierde
En los distantes ámbitos de la campiña verde
Que está a nuestras espaldas.

Y en tanto que el topacio

Del horizonte sirve de fondo a las colinas,
Mensajeras, como antes, vuelven las golondrinas
A cruzar en bandadas alegres el espacio.

Santos AGUILERA

IV

Era una noche de luna y quisieron entrar en el pueblo por el atajo. Dejaron el auto junto al molino y fueron subiendo por el camino que va junto al arroyo saltarín y claro. Pasaron las temblorosas choperas, los viejos nogales plateados, el hondo valle cercado de montañas. El pueblo iba apareciendo entre árboles, blanco como una novia dormida. Asunción andaba casi de puntillas por no despertarlo. El brazo de Pedro era un tibio cinturón en su espalda. Les parecía ir en el tren y que sorprendían un pueblecito en sueños. Sólo se oía el agua cantando-

ras decorativas que el recuerdo de ella espiritualizaba. Así decían de él que a todas sus retratadas les daba su sello. "¡Su sello! ¡Asunción, Asunción! ¿No hubiera sido mejor que nunca hubieses llegado a mi pueblo; que nunca hubiera sacado de los viejos chineros los platos empolvados?"

III

Pedro entró en su exposición y vio con sorpresa una tarjeta que decía "adquirido" aquel primer

graba. Su alma saltaba alegremente y reía como el agua de la lieba de su pueblo.

Por fin, dió con la tienda. Un elegante saloncillo con plantas, tiestos de porcelana y sobre delicados muebles de laca negros y rojos los extraños muñecos.

Sólo había en ella una muchachita morena y de ojos vivarachos:

—¿Qué quería el señor? ¿Algún muñeco, no? —Eran la gran moda. Los había para niños, para mayores. Si la señora les daba una ex-

le una amorosa nana.

Chonita iba dormida en brazos de la vieja criada.

¡Señor, que alegría tuvieron los viejos! Allí estaba su hijo Pedro casado y con una chiquilla tan linda por ahijada. ¡Si parecía que aquel verano eran hasta más jugosas las peras y que los ruiseñores cantaban más contentos!

Asunción, la señorita forastera, tan fina, casada con su Pedro... ¡Quién lo iba a pensar! ¡Y su hijo ganando tanto dinero con los pinceles! Traía un fajo lleno de retratos suyos que habían venido en "los papeles" y muchas medallas de premios. ¡Si aquel Pedro tenía un talento!

Estarían en el pueblo hasta que naciese el nietecito. Asunción estaba anémica de tanto como había luchado y los médicos le habían aconsejado una temporada de campo. Chonita estaba encantada en el pueblo, iba por agua a la fuente en un cantarito rojo, que rompía todas las tardes al quererlo llevar como airosa serrana en su rubia cabecita, y lavaba los trapitos de sus nenitas en la lieba, como las lavaderas.

Muchas veces Chonita, extrañada de ver a su madre libre de la confección de muñecos, le había preguntado con curiosidad infantil:

—¿Ya nunca haces muñecos, mamá? ¡Eran tan lindos los que hacías!

¡Y Asunción sonreía tan dulcemente!

—Ya tiene mamá otra muñeca — dijo Pedro a Chonita un día.

Chonita fué a verla y antes que su madre pudiera exaltarle, cogió entre sus manecitas la cabeza del bebé y dijo alborozada:

—¡Ay, mamá, qué muñeca tan linda!

Al besarla, la niñita lloró y Chonita, toda asustada, exclamó:

—¿No es de trapo, mamita?

—No, hija mía... ¿no ves que llora, vida?

Los peligros de los cafés

No es pecar de severos el condenar los establecimientos de bebidas de última clase. La tisis puede ser la más grave enfermedad que se propaga en tales establecimientos; pero también se propagan otras, como la difteria, y aun peores, que no hace al caso mencionar.

La comparación de nuestras casas de bebidas con las de los demás países nos favorece poco.

Aun temiendo que se me tome como preocupado, he de sentar como cierto que los establecimientos de bebidas en los demás países de Europa y América se hallan en mucho mejores condiciones que los de nuestras ciudades.

El café, por ejemplo, en otros países no es un puesto de bebidas, más o menos emparentado con la taberna, sino un verdadero refectorio o comedor, y la presencia en ellos de mujeres decentes se explica por la costumbre de usarlos como tales comedores. Mas en nuestro austero país — uso la voz "austero" en su propio sentido —

la mujer que frecuenta los cafés lo hace únicamente con el propósito de beber y pasar el rato.

Mister Potter, obispo de Nueva York, llamó mucho la atención denominando a los cafés "círculos masculinos".

Carencia de honradez

El valor de la representación y el valor de ser

Esta es la característica del problema.

Los hombres no se preocupan de ser, sino de representar. Hay una cierta oposición de dos mundos y una falta absoluta de sinceridad. Con el acuerdo del substantivo y el verbo, con la honradez, el problema se solucionaría. Pero sólo se emplea el fraude. Y ello es un gran error, de funestas consecuencias para todos. Si los gigantescos esfuerzos que se realizan para la conquista de la autoridad, del mármol conmemorativo, del "cartel" en suma, se realizasen para la conquista del espíritu, el trabajo sería más lento, más penoso; pero el triunfo obtenido, más positivo y permanente.

Hay en la vida interior un silencio y una aristocracia que se opone a la pasión, al ruido, a la vulgaridad de cuanto nos rodea. Creer intensa la vida porque se viva de prisa, es un absurdo. Esa es, ni más ni menos, la nota de frivolidad que debemos rechazar. Lo hondo, lo intenso, es vivir despacio, escuchándose mucho, para que el alma se proyecte siempre. Sin esta proyección del alma, ¿qué vale la vida?

Es una pena ver cómo los hombres valoran el anuncio y dejan malogrado el espíritu tras de tanta etiqueta que impide el paso del sol. Y es un dolor más grande advertir cómo todo ello es un negocio conveniente, como si fuese cosa acordada decretar la muerte del alma.

Las jerarquías no molestan cuando son lógicas, esto es, cuando son producto del valor real de los seres; pero son in-

soportables cuando ocultan representaciones inexactas, falsas, inadecuadas.

Claro es que no debe bastarnos que se proyecten los hombres según son, sino que debemos exigir, además, que sean; es decir, que se hagan a derechas, por el camino recto, aunque doloroso, del cultivo de sus almas. La hipocresía, de otro modo, se impone como artículo de higiene, y para que no apesentan las gentes que no se lavan, se les obliga a cubrirse con ese manto protector de una falsa labor educativa.

Es muy difícil abrirse paso a través de las zarzas de tanta mistificación sin dañarse; pero es necesario, se impone como medida salvadora, desgarrarse. Lo que no es admisible es subirse a la cumbre en el vehículo de la astucia y perorar como clown de feria. La vida debe tener un sentido más hondo, más serio y de más verdad. Debe proscribirse el hombre académico, enquistado, lógico con lógica de sueño, de abstracción, frío, matemático, mecánico. Hoy debe imperar el sentimiento, la inflexibilidad, el alma.

En todos los órdenes, así en el literato como en el científico, así en el económico como en el jurídico, se busca la verdad. Todos los pavorosos problemas sociales se conjugarían sin más que conjugar el espíritu en la vida.

Que el espíritu reine, y la paz será hecha como por obra de milagro.

V. GARCIA MARTI

Por dura que nos parezca la expresión del reverendo prelado, hemos de admitir que se ajusta perfectamente a la realidad. El hombre puede consumir su tiempo, su salud y su dinero en el café, pues al cabo su trabajo es fuera de ca-

Son incalculables los daños emanados de tal costumbre. La mujer frecuentadora del café es una desdicha. El hombre ha de medir el tiempo que dedica al café, so pena de perder su empleo. Con la mujer, mayormente casada,

CHRISTVS

Padre Nuestro, Padre, que tu sangre diste por todos nosotros, míseros mortales: ¡cuántas peripecias...! tu cruzada triste nos libró, Divino, de mayores males...

Dimé, Poderoso: ¿crees nos redimiste a los pecadores, de los capitales míseros pecados?... ¿Para qué te fuiste y nos has dejado faltos de ideales?

El martirio cura y la sangre lava. De las tradiciones, en el alma esclava, llevas las espinas... ¡pobre Corazón!

Tú nos diste un mundo. Nada te hemos dado y a pesar de todo vengo contristado a pedirte el lirio de tu bendición...

Paulino G. BAEZ.

no existe este freno. Todo o gran parte del día es suyo, bien que la casa y los niños estén descuidados.

La degeneración física de nuestra raza acaso no esté suficientemente demostrada, mas no cabe dudar de que la mujer frecuentadora de tales lugares aumentará el número de ciudadanos física y moralmente débiles.

La pobreza y la bebida traen consigo la degeneración de una raza. Lo sabemos todos y no hace falta establecer cuál de estas cosas es la causa y cuál el efecto.

¿Se debilita un hombre por ser pobre, o será pobre porque se debilita? ¿Bebe porque es un degenerado o es un degenerado porque bebe? Tales preguntas son contestadas en uno y otro sentido por los facultativos en cada caso particular. Pero, sea cual fuere la "causa causans", es evidente que la taberna, y en su tanto el café, son causa del aumento de la miseria y malestar en las familias, y, asimismo, determinan muchos estados patológicos, ni más ni menos que la miseria es causa de ellos y de muchos males de otro orden.

La mujer que desperdicia su tiempo en los cafés, y cuyos deberes suponemos que están dentro del hogar, es un ser nocivo a la sociedad, una vez que no tiene el freno que alcanza al hombre en la ordinaria disciplina del trabajo, y porque sus hijos han de tocar las consecuencias en uno y otro orden, físico y moral.

Por tierras africanas

Los Massai habitan en el África oriental inglesa, en las vastas estepas que se extienden al pie de las altas cadenas de montañas que soportan el Kenya y el Kilmandjaro.

Son hombres fornidos, vigorosos, negros de piel, pero se apartan, no obstante, del característico tipo negro.

En otras épocas, los Massai, eran guerreros temibles que siempre estaban en lucha con sus vecinos.

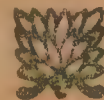
Sus costumbres actuales, aunque dulcificadas, conservan mucho de antiguo y siguen educando a sus hijos entre las penalidades y el ejercicio para hacerlos valerosos y resistentes.

En el momento en que el niño Massai sabe marchar se le pone un arco en la mano para que se ejercite en el tiro. En cuanto tiene catorce años de edad toma parte en un combate.

Han conservado intactas estas gentes todas sus antiguas costumbres respecto al casamiento. Cuando un joven Massai quiere casarse acude a la vivienda del padre de la muchacha elegida y le dice:

"¿Cuánto?"

La costumbre, en efecto, es comprar a la mujer. Durante el tiempo, como es consiguiente, este precio ha variado mucho. Época hubo en que podían comprar una esposa por cuatro lanzas, por cuatro vacas. Actualmente, el joven que aspira a casarse debe pagar, por lo menos, cuatro vacas, 10 cabras y 20 jarros de leche.



MI RELOJ

Por Mark Twain

Mi magnífico reloj anduvo como un reloj durante un año y medio. No se adelantaba ni se atrasaba; no se detenía. Su máquina era la imagen de la exactitud. Llegué a considerar a mi reloj como infalible en sus juicios acerca del tiempo. Pero yo no contaba que un día una noche más bien — lo dejó caer. Llevé mi reloj a la casa más acreditada en composturas. El jefe del establecimiento examinó atentamente mi reloj. Su fallo fué éste:

—Tiene cuatro minutos de retraso. Hay que mover el regulador. Yo quise detener el impulso de aquel hombre y hacerle comprender que mi reloj no tenía retraso. Pero fué inútil. El verdugo consumió fría y tranquilamente el acto infame.

Naturalmente, el reloj comenzó a adelantarse. Cada día corría más. Pasó una semana, y la precipitación de mi reloj anunciaba claramente una fiebre loca. El movimiento de la máquina se aceleró hasta ser de ciento cincuenta pulsaciones por minuto.

Pasó otra semana, y otra, y otra. Pasaron dos meses, y mi reloj dejó atrás a los mejores relojes de la ciudad. Dejé atrás las fechas del almanaque y tenía un adelanto de trece días. Siguió transcurriendo el tiempo; pero el de mi reloj transcurría siempre más rápidamente y era de una celeridad vertiginosa. Aún no daba octubre el último adiós de la partida, y ya mi reloj estaba a mediados de noviembre. Pagué anticipadamente el alquiler de la casa; pagué los vencimientos que no habían llegado a su fecha; hice mil desembolsos por el estilo, y la situación presentaba caracteres alarmantes. Fué necesario acudir a un relojero.

—Es necesario limpiar y engrasar esta máquina — dijo el perito—. Después la arreglaremos. Vuelva dentro de ocho días.

Me reloj fué limpiado y engrasado: fué arreglado. Esto tuvo por consecuencia que comencé a caminar lentamente. No acudí a las citas; perdí los trenes, me retardé en mis pagos. Llegué, gradualmente, a vivir en la víspera, en la antevíspera, en la semana y aun en la quincena anterior a la fecha. Era yo un abandonado, un solitario, en medio de una sociedad que vivía normalmente. Volví a poner mi esperanza en un relojero.

Este hombre desarmó la máquina, puso los fragmentos a mi vista, los cogió con unas pinzas y acabó por decirme que el cilindro estaba "hinchado". Pidió un plazo de tres días para reducir aquel órgano importante a sus dimensiones normales. Reparado mi reloj, comenzó a marcar la media hora; pero se negó a otra indicación más precisa. Yo aplicaba el oído y creía sentir en el interior de la máquina algo como ronquidos y ladridos, resoplidos y estornudos. Mis pensamientos dejaron de ir por su carril natural. ¿Qué reloj era aquél, que así me trastornaba? A las doce del día pasaba la crisis. Por la mañana había dejado atrás a todos los relojes del barrio; por la tarde se echaba a dormir o divagaba en ensueños quiméricos, y todos los relojes lo dejaban atrás.

Transcurridas las veinticuatro horas del día un juez imparcial hubiera dicho que mi reloj se mantenía dentro de los justos límites de la verdad. Pero el tiempo medio es como la virtud a medias en una persona. Yo era compañero de mi reloj y no podía sufrir aquella alteración cotidiana. Me decidí a visitar otra relojería. El relojero desmontó el reloj y tomó las piezas con las pinzas, como habían hecho sus colegas.

—Vamos a tener dificultades con el regulador — me dijo.

Colocó el regulador en su sitio y procedió a una limpieza de toda la máquina. El reloj caminaba perfectamente bien. Sólo había un ligero detalle que alteraba su economía. Cada diez minutos, invariablemente, las agujas se adelantaban como las hojas de las tijeras y mostraban las más resueltas intenciones de continuar así. ¿Qué filósofo, por grande que fuera el poder de su pensamiento, podía haber cal-

do la hora teniendo un reloj de esa especie? Fué indispensable subsanar los inconvenientes a un estado tan desastroso.

—El cristal — me dijo el técnico —, es causa de la que usted cree propensión de las agujas. Estas no tienen paso franco y se traban. Además, hay que reparar algunas ruedas.

El relojero procedió con extraordinario tino, y desde aquel momento la máquina empezó a moverse con toda regularidad. ¡Bendito sea ese relojero! Pero noten ustedes un hecho singular. Después de cinco o seis horas de llevar el reloj en el bolsillo de mi chaleco, noto de pronto que las agujas giran vertiginosamente, al grado de que no podía ya identificarlas.

Tenía el corazón despedazado. Acudí a otro artista. Mientras el relojero examinaba mi reloj, yo examinaba al relojero. Acababa de identificar en aquel relojero a un antiguo conocido — a uno de los miserables con quien había tenido que ver en el camino de mi calvario—. Sí; ese hombre tenía más aptitudes para clavar los remaches de una locomotora que pa-

ra componer mi reloj. El bandido procedió a su examen, como he dicho, y pronunció el veredicto con el empaque propio del gremio.

—Esta es una máquina de la que podría decirse que hace mucho vapor. Hay que dejar abierta la válvula de seguridad.

—¿La válvula de seguridad? Eres un miserable.

No pude contenerme y le di en la cabeza un golpe formidable. El malhechor murió y yo tuve que pagar los gastos del entierro.

Con razón mi tío Guillermo — Dios lo tenga con Él — decía que un caballo es bueno hasta que le sale la primera mafia y que un reloj deja de servir cuando los relojeros hacen la primera compostura.

Tú preguntabas, querido tío, qué oficio adoptan los zapateros, herreros, armeros, mecánicos y plomeros que fracasan en su primera elección.

¿Qué oficio adoptan, querido tío? Díganlo mis tres mil dólares gastados en hacer inservible un excelente reloj.



Haga funcionar todos los días su Intestino

El estreñimiento (sequedad de vientre) es más que una simple dolencia. Es una enfermedad que debería ser atendida seriamente porque sus consecuencias son graves. Cuando las materias fecales se estancan en el intestino se producen fermentaciones y los microbios abundan. Luego éstos son absorbidos por la mucosa del intestino y llevados a la sangre, la que poco a poco se envenena. Es entonces, después de un tiempo, que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea bajo forma de dolores de cabeza, mal aliento, inapetencia y otras veces por fuertes dolores de estómago, etc. Hay que evitar el estreñimiento y curarlo, no con laxantes violentos que irritan, sino con una laxante suave, agradable y seguro, tal como la

SANTEÍNA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que es el remedio soñado para curar el estreñimiento. Tomado metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de deliciosas pastillas de chocolate gusta a todos. A dosis de una es laxante, tomándolas dos o tres es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará Ud. su estreñimiento

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Celebración de la Semana Santa. - Domingo de Ramos



Escenas tomadas a las puertas de los templos, el Domingo de Ramos, mientras los fieles adquirían los simbólicos ramos de oliva.

Homenaje a J. L. Jahn



En el local de la Nueva Sociedad de Gimnasia Alemana, situado en Vicente López, tributóse un homenaje al creador de la gimnasia J. L. Jahn, consistente en la colocación de una placa conmemorativa. Vista parcial de la concurrencia escuchando la palabra de los oradores que hablaron durante la ceremonia.



La placa colocada en homenaje a Jahn



El desfile de los atletas que concurrieron al acto y en el cual tomaron parte delegaciones de numerosos centros deportivos

Fiesta a benefi- cio del Hospital Israelita

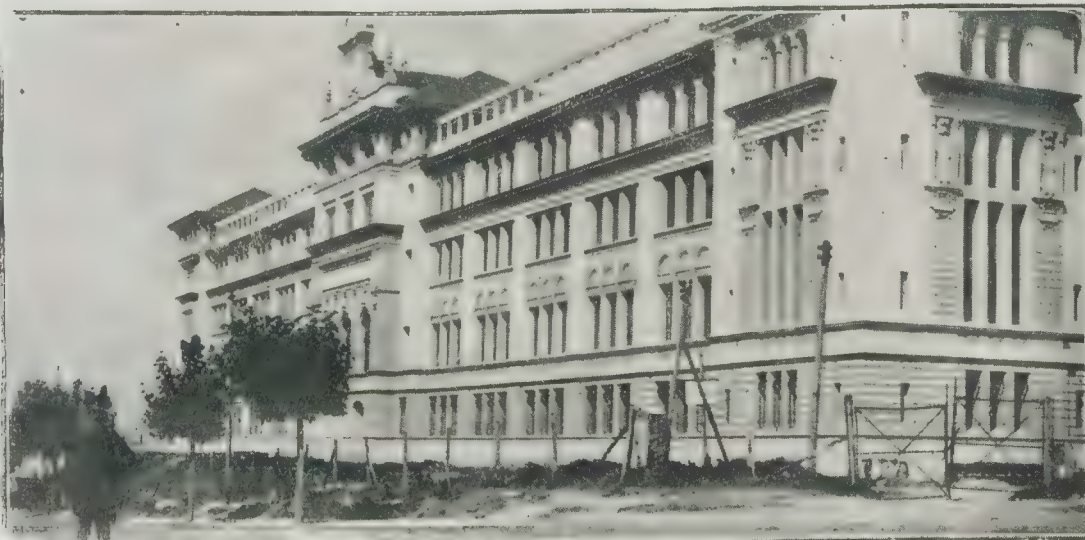


Un aspecto del salón del Savoy Ho-
tel durante el té organizado para
allegar fondos a beneficio del hos-
pital Israelita.



INSTITUTO BERNASCONI

Bibliografía



Frente del edificio del Instituto Bernasconi, donado por el benefactor de su nombre en el cual acaban de
iniciarse las clases docentes con una inscripción de más de 4500 alumnos entre primarios y adultos.



Señor José Enrique Varaona Gauchat, autor del
libro de versos "Cosas pequeñas", recientemente
aparecido.

Colaboradores de "Fray Mocho"



Sr. E. Gómez Landero, escritor es-
pañol y nuevo colaborador de FRAY
MOCHO



De BRASIL

Conferencia del Dr. Lijo Pavia



El doctor J. Lijo Pavia, rodeado
por los profesores, doctor C. de
Moura Campos y doctor J. P. Cruz
de Brito y otros médicos brasileños
después de su conferencia sobre of-
talmología pronunciada en la Fa-
cultad de Medicina de San Pablo
(Brasil).

Teatros



Héctor Voza, primer actor y director de la com-
pañía de comedias que actúa en el teatro Medrano



Herminia Mancini que con el actor Voza, enca-
beza el elenco del mencionado teatro.



Lucía Montalvo, bella e inteligente actriz que ha sido
contratada para integrar la compañía del teatro Nacional.

Regatas internacionales en el río Luján



Antonio Batán, Oscar Vigliani, Manlio Paldan, Celestino López, Pedro Brise, Edmundo O. Bardoneschi, Alberto Guasco, Enrique Chasseing y Heriberto Molloy, del Club Canottieri Italiani que se adjudicaron el triunfo en la sexta carrera.



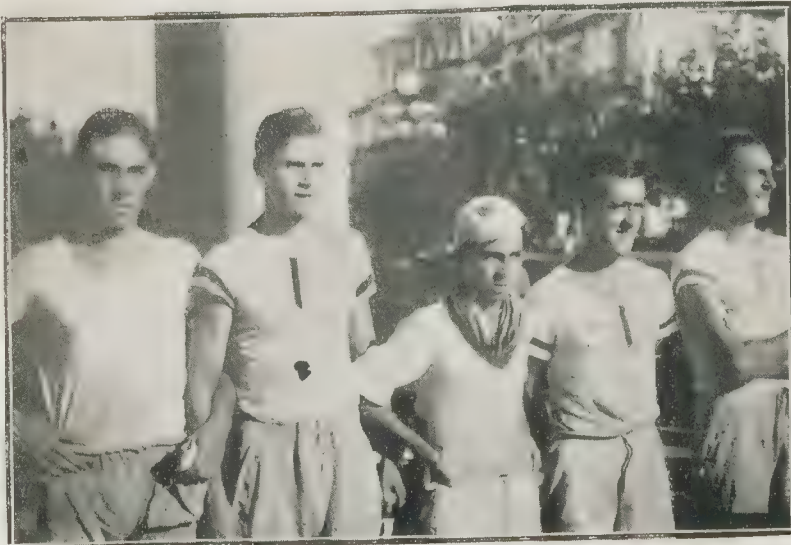
Juan Walter Behrensén y Enrique M. Elliot, del Rowing Club Argentinos vencedores en la quinta prueba.



Antonio Giorgio (hijo) del Nacional Rowing Club, que ganó la segunda carrera.



C. L. Clare y P. R. Clare, del Tigre Boat Club, que triunfaron en la tercera regata.



Guillermo von Wernich, C. A. Lagos, J. Black, G. A. Lanusse y L. A. Carranza, del Buenos Aires Rowing Club, a quienes correspondió el triunfo en la primera prueba del programa.



David P. Piaggi, José A. Fernández, Manuel Quiroga, Pedro Vaccario y Luis F. Maradel, del Club de Regatas Hispano-Argentino vencedores en la cuarta carrera.

NOTAS DE ARTE

NECROLOGIA



Señor Félix B. Visillac, autor de la letra de la zamba "Anocheciendo en las sierras".



Señorita María Elvira Garzón, autora de la música de las zambas "Anocheciendo en las sierras" y "Allá muy lejos".



Sr. B. Firpo y Firpo, autor de la letra de la zamba "Allá muy lejos".



Ha provocado unánime sentimiento de pesar el reciente fallecimiento del escribano D. Mariano Zurueta, prestigioso profesional que, durante largos años de actuación pública, acreditara condiciones de inteligencia y probidad encomiable.



Dibujo de P. Rojas

(Continuación)

Inconsideradamente, al vocear, me había puesto en evidencia, y sin duda que el monstruo se estaba preparando para atacarme: no dando oídos sino a mi egoísmo, maldecía la hora en que, guiado por un estúpido sentimiento de conmiseración, me había puesto a gritar. ¿Quién me metía a ocuparme de los demás hallándome yo mismo en situación tan apurada? Mientras me despachaba de esta suerte contra mis sentimientos generosos, vi de repente a mi lado la salvadora hoja de nenúfar, atraída por el movimiento que había producido el agua al zambullirse la rana, y calculando rápidamente la distancia que de dicha hoja me separaba, de un brinco me puse sobre ella.

Decididamente mis asuntos tornaban mejor cariz. Mi nueva balsa era más extensa y sobre todo más segura, no siendo poca mi satisfacción al poder alargar los miembros entumecidos gracias a

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)

aparecieron los murciélagos, uno de los cuales casi tropezó conmigo. Yo bien veía que mi situación se complicaba por momentos; que aislado sobre la hoja de nenúfar, sin ninguna clase de abrigo, estaba a merced de aquellos vampiros hambrientos y hasta que el color verde y uniforme de mi balsa contribuía a hacer más visible mi negro cuerpo. ¿Qué partido tomar? Empezaba a desesperar de librarme del nuevo peligro que amenazaba. Cuando de repente acudí a mi ánimo una feliz inspiración, que en el acto puse en práctica. Corriendo velozmente hacia el borde de la hoja, la sujeté con mis mandíbulas; luego, tirándola vigorosamente hacia mí y a reculones la doblé un tanto. ¡Oh, fortuna! en el reverso de mi balsa estaba pegada una succulenta linnea. Apoderarme de ella y llevármela bajo el cobertizo que acababa de fabricarme, fué obra de un momento. A un tiempo había adquirido mi cena y un techo protector. Del todo tranquilizado, comí con muy buen apetito, y luego me tendí para descansar, cosa



que me hacía suma falta. Aquella noche dormí a pierna suelta, como suele decirse.

CAPÍTULO X

Un Robinson hexápodo y su consocio

Trancurrió la mitad de la noche sin ninguna novedad. De vez en cuando mi almadraba experimentaba bruscas sacudidas, de suerte que desperté varios veces. No sabía a qué atribuir aquellas sacudidas; pero recapacitándolo bien supuse que eran debidas a las ranas, las cuales al nadar daban coleta

das a la hoja de nenúfar que me sostenía. Por lo demás, reinaba completa calma a mi alrededor. En cierta ocasión tuve curiosidad de ver que tiempo hacía; así pues, asomé la cabeza por encima de mi improvisado techo. Bellísima era la noche; ni la más tenue brisa agitaba la superficie del lago. La luna, semivelada por diáfanas nubes, iluminaba suavemente el paisaje, no viéndose de ella más que los contornos y los grandes relieves. Habían desaparecido los murciélagos, y por consiguiente cesado el peligro que tanto me preocupaba la noche anterior. Con gran satisfacción comparaba mi seguridad presente con la terrible crisis durante la cual mi vida estuvo pendiente de un hilo, felicitándome de veras por el feliz desenlace que aquella había tenido. ¿Dónde estaban mis compañeras de la víspera? ¿Acaso habían sido víctimas de la tormenta?

Confieso, con todo, que mi posición era harto singular. Es verdad que provisoriamente me encontraba bien: había procurado habitación agradable, que con un poco de ingenio podía hacerse aún más cómoda; la casualidad me había suministrado víveres, ya que la linnea bastaba para el sustento de algunos días. Pero ¿y después? No hay duda que me quedaba el recurso de devorar mi balsa; mas sin contar con que a ese género de alimento faltábale la variedad, tenía el inconveniente de no poder durar siempre. Día llegaría en que me sería forzoso buscar otras provisiones y entonces volvería nuevamente expuesto a una sumersión. Mentalmente calculé la perte de mi balsa que en caso de necesidad podría dedicar al cotidiano sustento sin comprometer mi seguridad, y vi que por lo corto, tenía provisiones para quince días. ¡Quince días! Esto me tranquilizó. ¿Cuántas cosas no podrían suceder favorables para mí durante este período!

A este punto habían llegado mis reflexiones, cuando oí un grito de angustia; alguien se movía convulsivamente en el borde mismo de mi almadraba. Sin pérdida de momento me dirigí al sitio indicado, y oí nuevas y más desesperantes voces, viendo una hormiga enorme asida a mi hoja, que resistía energicamente a un animal que quería llevársela y del que sólo aparecía vagamente la cabeza en la superficie del agua.

Sin titubear y obedeciendo a uno de esos sentimientos de generosidad propios de mi carácter, agarré a la hormiga por las patas delanteras, y reculando siempre la arrastré, junto con su enemigo que no la había soltado, hasta el centro de la balsa.

El feroz animal a quien disputaba su presa del modo que acabo de exponer, y que no era otra cosa que una larva de ditisco, viéndose nuevamente fuera de su elemento, abandonó la hormiga, y temeroso sin duda de que le atacase arrojóse impetuosamente sobre mí. Con sumo gusto le habría dado a entender que nada malo quería hacerle, pero en aquellos momentos no se trataba de esto sino de defenderse. Apartándome en se-

guida impedí que aquel furioso me aprisionara la cabeza, de suerte que sus mandíbulas, desmesuradamente abiertas, al cerrarse sólo encontraron una de mis patas delanteras. Por fortuna sus tenazas no eran cortantes; agudísimas, podían agujerear pero no sajar. Sin embargo, el empuje de mi enemigo me derribó, y sentí que azotaba repetidamente mi corselete con su cuerpo flexible, mientras que sus pinzas continuaban aprisionando la pata en cuestión. Gracias a mi sólida coraza, sus golpes no hacían mella en mi cuerpo, lo cual comprendió el muy tunante; de consiguiente, cambiando de táctica procuró, sin saltarme, empujarme hacia el borde de la hoja para que cayese en el agua, donde hubiera estado a su merced. Después de muchos esfuerzos logré ponerme en pie; de esta suerte no era tan fácil que mi enemigo me arrastrase hasta el líquido elemento. Por desgracia, la larva me tenía asido de tal modo que no podía valerme de mis mandíbulas, ya que mi protórax carece de flexibilidad; de consiguiente, hasta que aquella me dejara, mi resistencia debía ser forzosamente pasiva; el combate amenazaba prolongarse aun mucho tiempo, a no haberseme presentado una ayuda eficaz cuando comenzaba a desahogarme de libramiento de las garras de aquel monstruo. Al principio de la lucha, la hormiga había mantenido apartada de nosotros, sin duda que aguardando el momento propicio de acudir en mi auxilio; cuando vió que vanamente me esforzaba para vencer al obstinado adversario, creyó llegada la hora de pagarme la deuda conmigo contraída, y con la intrepidez y la inteligencia peculiares a los insectos de su raza, arrojóse valerosamente sobre la larva, apretándola el cuello con sus mandíbulas.

Las larvas de ditisco tienen muy suelta esta parte de su cuerpo, pues sólo está cubierta por una película; semejante conformación, que las permite con la mayor facilidad mover la cabeza en todas direcciones, tiene la desventaja de dejar sumamente expuesta esta sección, a causa de su misma debilidad. He aquí su parte flaca. Las robustas mandíbulas de la hormiga apretaron el punto de inserción del protórax de la larva y lo partieron a medias. Estremeciéndose el cuerpo del monstruo, saltóndome en seguida para hacer frente a tan inesperada agresión; pero la hormiga, no dándole tiempo para recobrase, terminó rápidamente con dos o tres dentelladas, la obra que con tanto éxito iniciara. En un abrir y



cerrar de ojos la cabeza quedó separada del tronco. Decapitado mi enemigo, y por lo tanto impotente, dejándonos como trofeo aquella importantísima parte de su individuo, huyó como loco, volviendo a su elemento, en donde es probable que pronto perecería miserablemente.

Muy a tiempo habíase verificado tan brusco desenlace, pues encontrábase desfallecido.

Después de cobrar aliento, fijé me en la hormiga, a la que solo había entrevisto cuando la saqué del agua. Pertenecía a la grande especie que habita, formando nu-

merosa sociedad, en los enormes montones de ramaje que a veces hay en los bosques. Aunque jamás había visto ninguna, pues no deja de ser peligroso acercarse a ellas, conocía muy bien de oídas, gracias a la amabilidad de una abeja, mi amiga, aquellas temibles asociaciones. La hormiga que tenía delante era muy grande, y lo que llamó en un principio mi atención fué el verla mutilada. Faltábale una antena, cuyo defecto de simetría dábale un aspecto insólito y completamente singular.

Por su parte ella me contemplaba sin proferir palabra, ocupándose activamente en limpiarse, con sus patas delanteras, cabeza y mandíbulas, manchadas aun con la sangre del enemigo.

En medio de nosotros se revolvián, en sus últimas convulsiones, las armas del ditisco.

Mi salvadora fué la que rompió el silencio, silencio que, lo confieso, empezaba a mortificarme, y creo que otro tanto sucedía a la hormiga.

—Me socorristeis a tiempo, grillo. A no ser por vos ahora me encontraría en el fondo del agua, entre las dos malditas pinzas que aquí vemos.

—Y sin vuestro auxilio, repuse yo, la lucha que ha poco sostenía, puede que hubiese tenido idéntico resultado.

—No digo que no; pero si luchásteis yo tengo la culpa, puesto que la querella vino por haber acudido vos a mi defensa; de consiguiente, yo soy la deudora. Os doy mil gracias por cuanto habéis he-

cho, y podéis contar desde ahora con mi más sincera amistad. ¿La aceptáis?

Agradóme sobremanera la franca pero franca cordialidad de la hormiga; así pues, sin titubear acepté la amistad que de tan buen corazón me ofrecía.

Confieso que no conocía mucho a las hormigas. Es verdad que había visto bastantes, como también había oído hablar de ellas con frecuencia, pues la raza de las hormigas es poderosa y desempeña un papel importante en el universo; pero en cuanto a hacer buenas migas con esos insectos, jamás se me había presentado la ocasión ni tampoco la había buscado. Todo lo que de las hormigas sabía me inspiraba una especie de prevención contra las mismas. Efectivamente, a nuestros ojos las hormigas no gozan de muy buena reputación, pues las consideramos pendencieras y dotadas de un carácter irascible. Sin embargo, tiénenselas por muy inteligentes, activas, trabajadoras y amantes de la familia, y se las dice lindezas de un sentimiento nacido muy pronunciado, lo que entre los hombres suele llamarse, si no me engaño, política de campanario, exclusivismo. Cada raza, —y son muy numerosas, — se considera superior a las demás, lo cual da lugar entre ellas a combates frecuentes. Asimismo sabía de oídas que no eran muy hospitalarias; que acogían bastante mal a los curiosos que se mezclaban con ellas. Bajo este concepto la especie grande de los bosques, a que pertenecía la que la casualidad me había hecho encontrar, goza de la peor reputación. Tampoco ignoraba que las grandes ciudades que habitan están rodeadas de no poco misterio; que ningún ser, si no quiere perecer irremisiblemente, puede acercarse ni menos penetrar en ellas; si bien todas estas noticias eran rumores vagos esparcidos por los insectos alados, únicos que se atreven a rondar por las cercanías de sus moradas. Tocante a su carácter hospitalario, confieso que hasta cierto punto me engañaba, pues más tarde supe que toleraban entre ellas a no pocos huéspedes, y cuando las conocí mejor se desvanecieron algunas de las prevenciones que contra ellas albergaba, como más adelante se verá.

En la época a que hemos llegado todavía abrigaba dichas prevenciones. Sin embargo, yo no podía rechazar la amistad con que me brindaba la hormiga a quien acababa de salvar, sobre todo atendidas las circunstancias en que los dos nos hallábamos. Así pues, me apresuré, como ya he dicho, a mostrarme amable con ella.

N X X

¿Cómo y por qué, la pregunté, habéis llegado hasta aquí?

—Habíame retardado un tanto, me contestó, ayer al mediodía, al dirigirme a mi habitación, cuando estalló la tempestad que sabéis. En el acto de empezar a llover intervine por una hondonada que, desde la senda que está junto a nosotros conduce al bosque. Conozco perfectamente dicha hondonada, puesto que la recorro con frecuencia. Yendo en aumento la lluvia, empecé a correr, pero muy pronto tuve que pararme y mientras escampaba refugiéme bajo una piedra. No fui afortunada en la elección de mi abrigo, ya que apenas hacía quince minutos que en él me había guarecido, cuando un desbordado torrente arrebató aquella piedra y con ella me vi arrastrada hasta el estancue.

(Continuad)





De Cacheuta



Señorita Mercedes Pizzurno



Familias de los señores coronel Ramírez Juárez y Bonorino Irigoyen



Señorita Amalia Pizzurno



Señorita Ceila Bonorino Irigoyen



Coronel Manuel Rawson



Señorita Leticia Gueglio



Doctor Federico de Alvear



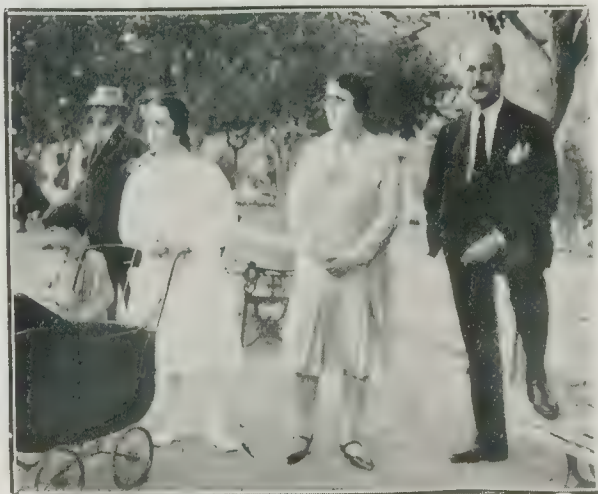
Sra. de Ramírez Suárez y su hija Berta



Señoritas María Vernengo, Nelly y Cory González Baños, Ida Guevara y señor Rosindo Curá



Sr. Francisco Castorino y su esposa



Señor Manuel Del Toro y familia



Señorita Esther Sansinena



Señor Pedro Costabarría y familia

SOCIALES



ENLACES. — Señorita Cabrera con el señor Puletti.



Señorita Haydée Marcuzzi con el doctor Emilio B. Suero



Señorita Elvira Muzzio Perazzo con el señor Enrique Moreira.



Señorita Josefina Vigo con el señor Antonio López



Señorita Costa con el señor Balado



Señorita Margarita Ciatino con el señor Ernesto Gabarro



Señorita Mutto con el señor Mantel



Señorita Lucia Bellocchi con el señor Modesto L. Viar



Sta. Mejías con el señor Orgambide



Señorita María Magdalena García Ronchetti con el señor Rufino María Maestu.

EXPEDICION CIENTIFICA POR EL NORTE DE LA REPUBLICA



El vicario foráneo de la provincia de Jujuy, doctor José de la Iglesia, realizó una excursión científica por la región norte de la República, con objeto de estudiar las diversas especies de plantas medicinales que por allí abundan. — A la izquierda: el vicario, doctor de la Iglesia, al emprender la expedición desde Tumbaya. A la derecha: el vicario foráneo (1), acompañado del comisario departamental, señor Baena, en una altísima cumbre de San Bernardo, lugar excelente para una futura base de aviación.



El vicario, doctor de la Iglesia, inquiriendo de un poblador centenario, informes sobre determinadas plantas

El vicario, montando mula chúcará y ataviado con guardamontes, saliendo de San Bernardo para proseguir la excursión



Los expedicionarios durante un descanso en la fatigosa marcha

El vicario rodeado de un grupo de vecinos de San Bernardo



En San Javier, a la llegada de una procesión

El vicario, de regreso en Tumbaya, en uno de los vistosos jardines de la localidad
Fots. Edmundo P. Pérez

Entre los numerosos aventureros y valientes capitanes que espues del descubrimiento de Colón fueron a 'las Indias' en busca de gloria o de riquezas ganosos de fama o impulsados por la codicia, hubo uno que fué, sin duda, el más original de todos: una mujer que, abandonando su tranquilo retiro del claustro, fué, disfrazada de hombre, a buscar como un guerrero las emociones y peligros de los combates, y, a pesar de su borrascosa vida, supo conservar religiosamente su secreto, como conservó también la castidad, guardando siempre severa continencia. Este célebre, mujer fué doña Catalina Erauso y Pérez de Galarraga, llamada luego 'la monja alférez'.

Nació en San Sebastián en el año de 1592; era hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce. A los cuatro años fué llevada al convento de dominicas de San Sebastián el antiguo, del que era priora su tía doña Ursula de Unza, prima hermana de su madre, y allí permaneció hasta la edad de quince años, tratándose entonces de profesión religiosa, pues ya hacía tiempo que había tomado el hábito de novicia. Pero no tenía ella carácter para amoldarse a las severas prácticas monásticas, y sentíase en cambio inclinada a la vida de aventuras. Pocos días antes del señalado para su profesión, tuvo una riña con una monja llamada Catalina Aliri, que la maltrató, equivocando lastimosamente el modo de llevar por la senda de la piedad a la joven novicia; y en la noche del 18 de marzo de 1607, cuando se hallaban en coro las monjas, se fingió indispueta, salió a los claustros y de allí a la calle, que apenas había pisado en su vida. A pesar de ello no se intimidó, y poniéndose un traje de hombre que pudo adquirir, se internó en los bosques y anduvo errante tres días, sufriendo toda clase de penalidades y fatigas, y alimentándose sólo con frutas hasta que llegó a Vitoria. Una vez allí y hallándose sin recursos, se decidió a servir de "criado", y como tan entró en casa de un catedrático llamado don Francisco Cerralt. Muy complacido éste de los buenos servicios del fingido joven y viendo que era muy inteligente, quiso asegurar su porvenir dándole carrera, para lo cual empezó por enseñarle latín. No agradaba mucho esta enseñanza a la joven Catalina, y como su amo y profesor, siguiendo la ma-

La monja - alférez

la costumbre de la época, intentaba inculcarle las difíciles reglas de la gramática latina a fuerza de severidad y rigor, la mortificada discípula, sin despedirse de su amo, se marchó de la casa y se fué a Valladolid, en cuya capital y tomando el nombre de Francisco Loyola, entró como "paje" al servi-

bién lo hacían su madre y su hermana.

Se marchó luego a Pasajes, donde embarcó para Sanlúcar, y allí entró de "grumete" en un galeón de la flota que, mandada por Luis de Fajardo, se hacía a la mar para las Indias. Mandaba el galeón en que se embarcó, un tío suyo,

poco, y le contestó con malas palabras, a las que ella replicó, diciéndole por fin Reyes que se fuera de allí o le iba a cortar la cara. Catalina, que no tenía más que una daga, salió furiosa a la calle, donde unos amigos procuraron calmarla. A la mañana siguiente, estando en la tienda de su amo, pasó por delante el tal Reyes, volvió a pasar de nuevo, y entonces cerró la tienda, tomó un cuchillo, que hizo afilar y picarle el filo como una sierra, y con él y cifiendo por primera vez una espada, buscó a Reyes, y hallándose delante de una iglesia paseando con otro, se fué hacia él y le dijo: "¡Ah, señor Re-

yes; esta es la cara que se corta". Y le dio con el cuchillo un refilón tremendo; el herido se cubrió la cara con sus manos, su amigo sacó la espada y Catalina la suya; se atacaron ambos y Catalina atravesó a su adversario de una estocada que, por fortuna, no le mató; al momento se entró en la iglesia inmediata para acogerse al derecho de asilo, pero no le valió, porque tras ella entró el corregidor don Mendo de Quiliones, de la orden de Alcántara, la sacó arrastrando, la llevó a la cárcel le puso grillos y aplicóla un cepo.

Intervino el obispo, que reclamó al "espadachín" detenido, por la violencia cometida en el sagrado

asilo, y salió libre gracias a esta gestión, debida al afecto que al fingido "criado" le tenía su amo Juan de Urquiza. Pero al poco tiempo una nueva aventura verdaderamente cómica, obligó a la inquieta Catalina, a huir del pueblo de Sana.

Enamoróse apasionadamente del supuesto "mancebo" cierta dama distinguida, y no sabiendo Catalina cómo librarse de aquel conflicto en que la colocaba la vehemencia y enamorada señora, se fué a Trujillo (Perú), donde, por desgracia, se encontró con el célebre Reyes y su amigo, actores de su última pendencia; luchó con los dos; venció a Reyes, mató a su amigo, y, huyendo de la persecución de la justicia, se fué a Lima, donde entró a servir a un mercader, que al poco tiempo le despidió "por haberlo sorprendido enamorando a su hija," comedia que representaba para acreditarse de hombre. Cansada ya de andar cambiando de casa cada dos por tres, sentó plaza de soldado en la compañía de Gonzalo Rodríguez con el nombre de Alonso Díaz Ramírez de



cio de don Juan Idiáquez, secretario del rey Felipe III.

Don Miguel de Erauso, padre de la fugitiva novicia, transformada en "paje" por su espíritu aventurero, era amigo del señor Idiáquez, y un día que fué a visitarle le refirió su triste suerte, lamentándose de la desaparición de su hija y de las inútiles diligencias que había practicado hasta entonces para encontrarla, y le rogó que le ayudase en sus nuevas investigaciones. Apercebida de ello Catalina, en vez de rendirse cuando supo la pena de su padre y presentarse a éste pidiéndole perdón, se fugó, buscó un arriero que iba a Bilbao y con él se marchó. A poco de llegar a la capital de Vizcaya dió con su cuerpo en la cárcel, donde pasó un mes de castigo por haber herido de una pedrada a un muchacho que se burlaba de ella. Cumplido su castigo se marchó a Estella, donde sirvió a un caballero de la orden militar de Santiago. Tuvo luego el valor y la audacia, de volver a San Sebastián y entrar a oír misa en la iglesia del convento del que se había fugado, a la misma hora en que tam-

que no podía imaginarse que tenía tan cerca a su sobrina, a quien toda la familia buscaba.

Al llegar a la Punta de Araya trabó la flota combate con los holandeses, y en él demostró el "nuevo grumete" tanto valor, que llamó la atención de su tío y capitán. Muy considerada por el arrojo que había demostrado llegó a Cartagena de Indias y al Nombre de Dios (en Méjico), habiendo merecido de su capitán las mayores distinciones. A pesar de ello su espíritu inquieto la hizo cambiar de vida, buscando nuevas aventuras, para lo cual, sin reparar en la ingratitud en que iba a incurrir ni el delito que iba a cometer, robó a su tío 500 pesos y se escapó a la villa de Sana, colocándose allí en casa de un comerciante rico llamado Juan Urquiza, donde estuvo algún tiempo más tranquila; pero otra aventura, propia de su carácter violento, la decidió a seguir la carrera de las armas.

Ello fué que estando un domingo en la comedia un tal Reyes, puso delante de ella su asiento y tan arrimado, que le impedía ver la escena; pidióle que lo apartase un

Guzmán, saliendo poco después para la Concepción de Chile.

Allí encontró a su hermano don Miguel Erauso, que al saber que aquel soldado era de San Sebastián, le hizo preguntas acerca de su padre y aun de ella misma, a ella misma, a las cuales contestó con la mayor serenidad.

Se captó las simpatías de don Miguel, que llevó "aquel soldado" a su bandera y en ella estuvo cerca de tres años entonces sintió el capitán don Miguel celos del "nuevo soldado" por parecerle que le enamoraba a su querida, y envió al "apuesto joven" a la frontera del país conquistado, al puente de Jaycaby, sitio en extremo peligroso, porque en él había que estar continuamente peleando con los indios. Esto le proporcionó pronto ocasión de demostrar su valor, pues en uno de los encuentros, viendo que los indios llevaban arrastrando la bandera de su compañía, se arrojó sobre ellos, luchó con todos, mató al cabecilla y recuperó la bandera; recibió en la pelea muchas heridas, de las cuales curó pronto por fortuna, y en premio a su brillante y heroica hazaña, se le concedió el "grado de alférez".

Durante cinco años se distinguió mucho en todas las campañas. En la batalla de Puren, en que pareció su capitán, tomó el mando de su compañía y derrotó al enemigo; y hubiera ascendido a capitán si no hubiera mandado ahorcar a un jefe indio, que el gobernador tenía interés en conservar porque le podía ser más útil preso que muerto.

Poco después su amigo y compañero Juan de Silva le buscó para que fuera su padrino en un duelo que tenía concertado con don Francisco de Rojas, caballero santiaquista; aceptó el pendenciero alférez, que, dando cintarazos o presenciándolos, se hallaba, en su elemento. Llegaron al lugar designado, y como los padrinos quisieran defender a los duelistas, empuñaron todas las espadas, se acometieron y, en medio de aquella batalla campal, cayó gravemente herido el llamado Francisco de Rojas, que para agravar más la situación resultó ser el capitán don Miguel Erauso, hermano de la "monja-alférez".

Persiguió el gobernador al pendenciero militar con el propósito de castigarle de un modo ejemplar, pero se refugió en un convento, del que se escapó y se fué a Tucumán, siguiendo la cordillera de los Andes. Pasó en este viaje infinitas penalidades, hasta que llegó a Potosí, donde entró al servicio militar, distinguiéndose por su valor en todas las expediciones realizadas entonces contra los indios.

En la ciudad de La Plata se vió casualmente complicado en una riña entre dos señores, y por consecuencia de ello le prendieron y por consecuencia de ello le prendieron y sometieron a tormento pero supo resistir sin declarar nada, y quedó libre.

Hallándose en Guamanga, salió un día al anochecer y a poco tropezó con dos alguaciles que le preguntaron quién era y tuvo la humorada de contestarles: "¡El diablo!". Fieron a echarle mano, sacó la espada, se atemorizaron los alguaciles, pidieron "¡favor a la justicia!", acudió gente, salió el corregidor que estaba en casa del

obispo, llegaron otros "golillas", y viéndose tan apurado, soltó un pistoletazo y cayó uno al suelo, y se armó un zipizape de todos los diablos. El corregidor decía a los alguaciles que lo matasen; sonaron varios disparos, y en medio de aquella zambra llegó el obispo, fray Agustín de Carvajal, acompa-

en defensa del "alférez" el secretario del obispo y otros familiares de éste, indignados por el desacato de atacar a aquel militar, en presencia de su ilustrísima, y, por fin, cesó la pelea.

Cogió el obispo por un brazo al alférez, le quitó las armas, le llevó a su casa, le hizo curar una



—Si señora, le traigo la carta tarde; pero es que he estado a la muerte.
—¿A la muerte? Y le vi a media noche en el baile de "Los Irresistibles"...
—¡Ay, señora! Si me hubiese usted visto dos horas después...

ñado por cuatro criados con hacchones y por su secretario Juan Bautista de Artiaga, y se acercó a Catalina intimándole a que le entregase las armas, asegurándole que la sacaría salva; pero en esto la acometieron algunos alguaciles, y defendiéndose, derribó a uno de una estocada; acudieron entonces

herida que tenía, le hizo dar de cenar y retirarse a descansar en una habitación en que le encerró con llave. A la mañana siguiente el obispo le hizo comparecer en su presencia y le preguntó quien era, donde había nacido, quiénes eran sus padres y cuál había sido su vida hasta llegar allí. A sus pre-

guntas, formuladas con tono amable y con más afecto que severidad, y acompañadas de oportunos y buenos consejos, invocando las inolvidables enseñanzas de la religión recibidas en la infancia, el valeroso alférez se conmovió, reconociendo la bondad de aquel santo varón que con tanto cariño le había amparado, y le confesó toda la verdad, echándose a los pies de su protector pidiéndole perdón.

Catalina, que desde entonces fué conocida con el nombre de "la monja-alférez", fiel a los consejos del buen obispo de Guamanga, y después de haber sido reconocida por matronas que aseguraron que era mujer y que conservaba intacta su virginidad, entró en el convento de Santa Clara.

Llamada por el arzobispo de Lima, cinco meses después, llegó allí, despertando su presencia la natural curiosidad. Estuvo dos años y medio en el convento de la Santísimo Trinidad, hasta que llegaron de España los documentos que acreditaban que no era monja profes, sino simplemente novicia.

Por ello y siguiendo sus aficiones embarcó para España, llegando a Cádiz el 1.º de noviembre de 1624; se vistió su antiguo uniforme de alférez, pasó a Sevilla y de allí a Madrid, donde fué presentada al rey Felipe IV, que en agosto de 1625, y a propuesta de su Consejo, le concedió una pensión de 800 ducados por su bizarro comportamiento militar.

Pronto se cansó de su vida pacífica y se embarcó para Génova; viajó por Nápoles y Roma; el papa Urbano VIII la recibió en audiencia y parece que la autorizó para seguir vistiendo traje de hombre. Regresó a España y embarcó nuevamente para Méjico, donde debió de morir, pues desde 1635 no se volvió a tener noticia de esta mujer singularísima.

El respetable maestro don Gil González Dávila la conoció y trató en Madrid, y la memoria de sus hazañas ha pasado a la posteridad por muchos escritores españoles, habiendo inspirado al poeta Juan Pérez de Montalván una interesante comedia que fué muy popular en su época.

En el Archivo General de Indias, de Sevilla, se conserva el "Memorial de los méritos y servicios del alférez Erauso", cuyo encabezamiento constituye una autobiografía.

El célebre pintor Pacheco hizo un buen retrato de la intrépida Catalina Erauso, que se conserva en la Galería Scheper, de Aquisgrán. — M. D.

ASTRONOMOS Y RIMADORES

Para "FRAY MOCHO"

Los sabios que escudriñan el alto firmamento y conocen la órbita de lejanas estrellas jalonan cada día con un descubrimiento nuevo y un dato inédito añaden sobre ellas.

El poeta no sabe cálculos matemáticos ni astronomía; sólo ante los astros sueña, se adentra en sus profundos misterios enigmáticos y en extraer de ellos poesía se empeña.

Dice el sabio: "La luz de aquel astro alejado para alcanzar la tierra centurias necesita y tal vez sólo sea ya lucero apagado cuando sus rayos llégnanos de distancia infinita".

Canta el poeta: "Cuando sólo sea ceniza mi cuerpo, cual la luz de la estrella extinguida vivirán mis canciones; serán una sonrisa o una lágrima, unidas al ritmo de la vida".

Y he aquí como en la docta afirmación tan triste halló el poeta un simil de sereno consuelo: él se ve ritmo y belleza en todo lo que existe, en el cuerpo y el alma, en la tierra y el cielo.

Justo G. DESSEIN MERLO

El asfalto

En el lenguaje corriente se designa con el nombre de asfalto a todas las sustancias bituminosas, ya sea que se empleen para la pavimentación de calles o construcciones de diversa clase. El asfalto se usaba en la más remota antigüedad. En la Biblia se lee que Noé empleó esta sustancia para construir su arca. Los egipcios también la usaban, lo mismo que los asirios y babilonios. Los romanos conocieron también esta sustancia; en las ruinas de Pompeya se han hallado calles pavimentadas con asfalto.

Teosofía gaucha

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

"Para unirse más estrechamente con el Gran Ser, hay que insensibilizarse a todas las impresiones exteriores".

"Bajo el yoga, el hombre va hacia Dios".

C. W. JINARAJADASA

—No, patrón —dijo Ruperto, el capataz— no maldiga a la Felisa porque no le corresponde en el amor; vea que las maldiciones siempre alcanzan porque son malos espíritus que andan en el aire los que tientan y se adentran onde los manda un mal intencionado pa hacer el daño.

¡Bah!...

—Vea, si usted la quiere, no debe portarse ansina con eya y de-searle un mal que dejuro le alcanzará.

—Pero, ¿es que me da rabia! ¿Qué se habrá creído esa chiruza? ¡Miren que no hacerme caso y llevarle el apunte a Ciriaco, ese paisanote bruto!...

—¡Esto le demuestra que la moza no es sonsa pué!

—¡Cómo! ¿Vos también le das la razón? ¡Avisá, viejo chocho!

—Si, don Arturo, se la doy todita, y usted desculpe; pero vea, usted no la requiebra de amor, deno de puro vanidoso nomás porque es la chinita más bizarra y bien hablada del pago; pero nunca se casaría con eya en formal ansina es que le doy tuita la razón a la muchacha, se ve que no es lerda, y no se deja engatuzar por las apariencias.

¡China prefensiosa, caramba! Ojalá se vuelva fea y se quede para vestir santos toda su vida.

—¡Niño!... Le digo que no maldiga; las maldiciones alcanzan, y deno, ahí tiene lo que le sucedió a su tío Nicasio.

—¡A mi tío Nicasio?... Ignoro por completo lo que le ocurrió; sólo sé que murió aquí en la estancia de abuelo, porque desde que le atacó la parálisis no quiso regresar a la capital.

—Y ese mal jué debido a la maldición que le echó una moza.

—¡No digas!... Cuéntame esa historia viejo, que me interesa.

—Es un pasao triste.

—No le hace, o ¿casaco crees que voy a llorar como si fuera una mujer?

—Güeno, se lo contaré, pa hacerle el gusto.

—Mirá, vamos hasta la lagunita, y nos apeamos allí para que beban los caballos y de paso me narras ese cuento.

—¡Cuento, no patroncito! Es endeveras.

Llegaron hasta un hermoso vallecito al pie de la loma. Las margaritas coloradas y heliotropos silvestres, estaban en flor y parecían fuegos artificiales caídos al azar sobre el pasto que cubría el suelo. Al acercarse los hombres a la laguna, echaron pie a tierra, y después de quitarse el freno a los animales para que pastaran, sentáronse a descansar sobre la hierba fresca, ya húmeda, por el rocío. Las últimas luces de la tarde se iban tiznando, mezclándose con la noche que llegaba. En esa semiobscuridad, el brillo de las luciérnagas inquietas, semejaban "estrellitas volanderas", y las luces de los "puestos" cercanos parecía que hacían guiñadas al perderse y aparecer de pronto entre los claros de

las ramas de sauce que el vaivén de una suave brisa mecía dejándolas al descubierto.

Hacia un calor insoportable, los sapos andaban asomados, sin atinar a cazar bichos, y las ranas, pedigüeñas y viciosas, clamaban al cielo por agua, sin recordar que la tenían en la laguna.

Ruperto estaba triste y preocupado; era un paisano setentón, viejo servidor de la estancia a quien todos querían bien, tenía la cara curtida por el sol y las heladas y con más arrugas que hoja de repollo.

—Te escucho, Ruperto; empezá —dijo el joven.

—Está apurao; espere que re-
junte los recuerdos, pues. ¡Hace tanto tiempo de aqueyo!... Güe-

no, vea, voy a comenzar Ayá en el cuadro aquél onde están agora las vaquillonas malacara, y un ceibo solitario, supo haber un ranchito en el que vivía doña María, lavandera e la estancia, con su hija la Filomena. Esta muchacha, en su mocedad, supo ser la compañera de juegos e su tío. Pero un día que eya había hallao un nidito e picaflor colgadito en una rama e madereserva, no quiso dárselo al patroncito quien se lo pedía con insistencia, entonces él la maldijo diciendo: "Amal haya te yegue la virgüela, china mala, y te deje más fiera que un susto".

Por aquel entonces había peste en el pago, y moría la gente a montóns, peor que mosca en mosquera e vidrio. A quien le dentaba el mal, no tenía salida deno pal campo santo. Filomena jué muy donosa hasta que se le prendió rabioso el mal; un atardecer se encluecó, y al día siguiente amaneció con la virgüela negra, caray! Le había llegao la maldición que le echó su tío. Eya estuvo muy amolada, sin embargo, peleó como pudo con la muerte, y la venció. Sin duda la vido tan ojereada, mesmo que cáscara e



Las cafeteras y teteras eléctricas son elegantes, prácticas y decorativas

COMPANIA ITALO ARGENTINA
DE ELECTRICIDAD

CORRIENTES 561-569

U. T. 31 - Retiro - 3401

C. T. 1387 y 2524, Central

EL PALETO Y EL ARPA

Del lujoso tapiz de un aposento
Pendía una arpa abandonada y muda.
Un paleta entró en él, vió el instrumento
Y de hacerlas vibrar con el intento
Hirió las cuerdas con su mano ruda.
¡Soberbia pretensión! Tocar no sabe
Y halla una nota grave
Donde encontrar pensó una nota aguda.
Prueba una y otra vez y siempre en vano:
El arpa le responde lastimera,
Con desacorde son, cual si sintiera
El bruseo ataque de la torpe mano.
De su inútil afán se cansa pronto
Y tirando el indócil instrumento,
Con aire de doctor... o de jumento:
—Está desafinada, — dice el tonto.
Pero acierta a llegar hábil arpista;
El instrumento mide con la vista;
Le coge, y no hay, cuando a tañerle empieza,
Ni acorde que no arranque su destreza,
Ni cuerda que a sus dedos se resista.
Del huracán el áspero silbido,
Las melodías de afinado coro,
El ¡ay! que exhala el corazón herido
Y el murmurar sonoro
Del arroyo entre juncos escondido,
Las querellas del alma enamorada,
La tempestad sobre el mar rugiendo,
El fragoroso estruendo
Del río, al despeñarse en la cascada,
Todo lo va fingiendo
El arpa, avasallada
Al yugo de la mano ejercitada.
De su asombro el paleta no despierta,
Y juzgándola engaño o brujería,
Escucha la armonía
Mirando al techo y con la boca abierta.

Como las arpas son los corazones:
¡Cuántos al tuyo arrebatat quisieron
Sonoras vibraciones,
Y paletos de amor y de ilusiones,
—Está desafinado, — se dijeron!

Juan TOMAS SALVANY

sandía picoteada por gallinas, que la muerte se asustó y juyó, perdonándole la vida, porque ansina tan fiera no la servía pa angelito el cielo y la dejó que viviera en paz.

Como le digo, la pobrecita quedó hecha una calamidad, fiera con ganas, pero buena y servicial como pocas. Dende entonces tiene los ojos encontraos y lampifios e pelo, y la boca tan ladiada, que andaba siempre desentrañada con los dientes. Dingún hombre se le atraca, deno pa pedirle un favor, pero pa casarla ¡de ande! a no ser que fuera e las mechas... Pasaron los años, y sucedió que en un principio de otoño yegó lardeando Semana Santa, y vinieron a la estancia a pasar Pascua Florida, don Nicasio acompañao de unos amigotes cajetiyas quienes traiban intenciones de cazar perdices, o bolearse entre poyeras ¡sabe Dios!... ¡Aqueyo jué peor que si cayera una manga e angosta en la pollición; unos entrometidos de orla go que en toditas partes se topaba uno con eyos arrastrádoles el ala a tuitas las hembras del rancho. Dieron en dir muy seguido al puestito aquel del ceibo y parece ser que hicieron una apuesta entre todos pa hacerle la corte a la Filomena y voltearla lli nas empeñoso en esta hazaña jué su tío, hasta que la pobrecita que en tantas le habían alimbarao los cidos con dinguna palabra iulzona, se dejó bolear, tomando en serio, la broma de aqueyos. desalmaos, y una noche quedaron convenidos de robarla mientras su madre dormía; pero ese día e la cita con eya, en vez de dir a cumplir con la palabra empeñada a una mujer y portarse como un macho, hicieron cosas de calzonudos, canejo! juyendo tuitos pa la ciudad, y con un muchacho mandaron a la moza una carta e despedida y algo e dinero. Llegado que hubo el chasque al ranchito, y dando tres golpes a la ventana como era lo tratao pa que saliera ajuera la china, le entregó el sobre. ¡Había de haberla visto como se desesperaba la pobrecita! Yoraba mesmo que una Magalena; el oirla partía el alma. Entonces, cuando se serenó un poco mirando pal firmamento, gritó: "¡Tata, vos que tenís que es-

tar en el cielo porque juiste güena con mi mana, vengame y que le caiga una disgracia a ese indino! ¡Oh, Nicasio que te vegue mi maldición! ¿Sabe, patroncito? aquel muchachote que yevó la carta, era yo.

—Seguí. ¿Qué pasó luego?

—Dispués, ese mesmito invierno trujeron aquí a l'estancia a don Nicasio muy enfermo; más de dos meses estuvo encamado hasta que quedó tuido pa siempre. Lo acompañaba la finadita madre, agüela suya, pue. En la primavera, los días serenos y sin nubes solía andar por el parque paseando, en un carrito de mano, tenía los ojos hundidos como si se los hubiesen vaciado los caranchos, donde que enfermó se puso idioso, no quiso golver a los Güenos Aires, y la mama murió de pena. En cuantito supo esto la Filomena, también se puso triste y marchita porque su maldición estaba cumplida, yegándole el daño a don Nicasio. Eya jué quien amparó al enfermo hasta que éste se cortó. Usté, don Arturo, no debe de hacer como su tío, deje la Felisa en paz, y requiebre su maldición, vea que le puede pesar pa tuita su vida el desearle un mal a una mujer, porque si ella le recontra usté será el perjudicado...

—¡Oh, dejate de pavadas, viejo! Y ahora, ¿dónde está la Filomena, vive?

—Sí, está ansia el cementerio, y es la que se ocupa en limpiar las sepolturas en el campo santo, pinta las rejas, y de las changuitas vive. Está vieja y arruinada, y la gente diz que se alimenta de carne e cristiano, porque en jamás la ven bajar al pueblo a comprar sus vícios.

—¿Tú crees que la maldición de esa bruja, alcanzó a mi tío?

—¡Vaya! ¿y denó? Por esto le digo niño que no las eche usté, mire que la suerte es como las tripas, venita e güeltas.

—¡No, hombre! Mirá yo maldigo a la chinita Felisa porque, francamente, en el fondo la estoy queriendo, y ella no me hace caso.

—¡Mal compañero son los celos!... Mesmo que gata ricién parida: ciegos, pero arañan.

—¡Qué celos, ni celos! Pero mirá, te juro que si ella no me hace caso le deseo todo el mal posible, sin embargo ya verás como mi maldición no le llega. Esas son ignorancias tuyas nomás; repito que ojalá Felisa se vuelva fea, y seguro que por lo mismo cada día que pase estará más divina la chirueta.

—¡Callesé patron! ¿Qué tiene hoy que parece tentao por Mandinga? ¡Ave María purísima!

—¡Ja, ja!... ¡Oh, mirá viejo, mirá! ¿Qué es aquel resplandor que se vé allá a lo lejos?

—¡A la verdad! Quién sabe; alguna fogata pué, pa ahuyentar los mosquitos que hoy con la calor están porfiados. ¡Caray!

—Sabés que parece un incendio?

—Y sí que lo parece. ¿Vamos vendiendo, patroncito?

Vamos.

Montaron y partieron hacia las casas a galope tendido. El fuego iba en aumento; ya no cabía duda, era un incendio.

—Se quema el rancho e la Felisa patron!

Apuñale, y dejate de conjeturas.

Sin embargo, creo que no estoy desorientao.

De lejos pudieron darse cuenta que efectivamente, el rancho de Felisa, a pocas cuadras de la estancia, estaba envuelto en llamas.

Al llegar, el joven inquirió datos a un peón, quien le dijo:

Vea, patrón, no se sabe bien

cómo pasó esto; parece ser que la Felisa jué a prender el calentador Primus y las yamas se le subieron hancia la cara, y la han chamuscao todita; dentonces eya asustada

—La yevaron con doña Dionisia, su madre, a la estancia pa socorrerla con los primeros auxilios, pero parece que se muere nomás, porque ha tragao fuego, y se le



—Parto para un largo viaje, pero no te aflijas, aquí te dejo esta cajita y cada vez que quieras saber de mí no tienes más que abrirla.

—¿Tiene algún talismán?

—No. Tiene varias estampillas de correo.

jujó pa fuera y dejó que ardiera han quemao las entrañas.

—¿A la madre le alcanzó algo?

—Nadita. Sólo a la moza.

—¡Pobre Felisa! Vóy para allá

“YO AMO”

He aquí dos palabras fáciles de pronunciar pero muy difíciles de colocar debidamente.

Tú dices: “Yo amo”; y piensas: “Yo amo”. Mas, ¿sabes si amas en verdad? ¿Sientes el amor en todo tú, en tu alma y en tu cuerpo, como mal irremediable? ¿Te aseguraste si prefieres exclusivamente al ser elegido?

Si quieres después no mortificarte, ni mortificar a quien amas, con dudas, alternativas y temores que suelen ser fatales, antes de repetir “Yo amo”, adentra en tu corazón como si bajaras a un pozo. Mira si la ternura allí contenida es sólo para el amado. Luego, párate frente a la Vida, frente al Mundo, pon tu amor en la mano para que todos lo vean limpio y puro, y dí, fuerte: “¡Yo amo!” Y entonces, si aun cuando los hombres, las mujeres y hasta los niños te apedrearán, puedes volver a decir “¡yo amo!” si aun cuando bramara la tormenta en torno tuyo, y se despeñaran los montes, y se partiera el cielo sobre tu cabeza, puedes decir: “¡Yo amo!”; si aun cuando tus carnes sangraran, y se quemaran tus ojos con el llanto, y se quebraran tus vértebras, si todavía puedes decir “¡Yo amo!”; es que “amas verdaderamente”. Date todo a tu amor y la paz, será contigo.

Celso TINDARO

en seguida; y tú prepara todo para ir por los médicos al pueblo.

—La iban a yevar; ya estaban atando la volanta.

—¡De ninguna manera! El traqueteo le haría mucho daño.

—¡A ver, vos Ruperto, ayudá a aprontar todo ligero!

El criollo estaba atontado, miraba a su amo, sin saber qué hacer, balbuciendo entre dientes:

—¡Su maldición, don Arturo, su maldición! ¿No le decía yo que los espíritus del mal están siempre prontos p'al daño? —y desesperado, se santiguaba.

Cuatro meses después, Arturo se casó con Felisa, pero no con aquella moza donosa, sino con su sombra.

La joven tenía todo un lado de la cara horriblemente desfigurado por las quemaduras, pero sentíase feliz, pues a causa de esto había contraído enlace con el hombre que ella realmente amaba en silencio y al cual nunca quiso corresponder en sus requiebros amorosos por estar segura que no llegaría a ser su legítima esposa, sin la complicidad de su hado bueno, quien no la desamparó en su desgracia.

Arturo también era dichoso. Las palabras del viejo criollo influyeron en su ánimo sugestionándolo y quiso reparar una falta de la que en realidad no era responsable, pero tuvo miedo, y seguro de extirpar el atavismo de su casta, tomó como compañera a aquella buena y humilde hija del país, hallando en ella un noble corazón, y el verdadero amor que no sabe ser mezquino para con los defectuosos físicos.

En este caso, el paisano Ruperto, de chiripá y vota de potro, fué un émulo del maestro hindú, al hablarle a su patrón de la “reencarnación de los espíritus malos”, y la influencia que éstos ejercen sobre los individuos. Logrando por este medio que Arturo se casara con un fenómeno, y así principiara su “primer etapa” de “purificación espiritual” para la transmutación de su alma al más allá, haciendo caso omiso de las “impresiones exteriores”. ¿Fue un yoga, Ruperto?

Quedarse a la luna de Valencia

Parece ser que esta frase tiene el origen siguiente: Hace muchos años existía en la hermosa ciudad del Turia, al otro lado de este río y próximo al puente Real, un paseo llamado de la Luna, y este paseo era el preferido de las damas y de los elegantes.

Como entonces se cerraban las puertas, como en toda plaza fuerte, a hora determinada de la noche, sucedió alguna vez que algunos paseantes no oyeran el sonido de la corneta que anunciaba el cierre, y los que no podían ya entrar se quedaban en el paseo de la Luna. Se quedaban a la luna de Valencia.

Todo lo que en el mundo es vida y movimiento se lo debemos al sol. Si se apagase repentinamente, bastarían algunas decenas de horas para que nuestro planeta muriese envuelto en un sudario de aire congelado.

Al calor y a la luz que el sol nos envía debemos todas las energías de que disponemos: la potencia de los vientos, las lluvias y los torrentes que han modelado la forma de los continentes; la vida de las plantas; la producción del oxígeno; la hulla que se ha formado en el interior de la tierra; la existencia, en fin, de todos los seres que pueblan el planeta.

La energía solar es tan enorme que representa de 13.000 a 14.000 toneladas de carbón por hectárea y a ella habrá que recurrir el día que se agoten nuestras minas de hulla y los campos de petróleo.

La concentración del calor solar en un recinto de vidrio data del tiempo de los antiguos egipcios, y los árabes también lo utilizaban.

Plinio nos dice que ciertos médicos empleaban globos de vidrio llenos de agua para concentrar los rayos solares sobre la carne que querían cauterizar.

Algunos atribuyen a los caldeos el invento de los espejos ardientes, y Plutarco dice que los antiguos se servían de tales aparatos para encender el fuego sagrado de Vesta, y, por fin, recordemos los espejos llamados ustorios, con los cuales Arquímedes prendió fuego a la flota romana delante de Siracusa.

Los árabes de la Edad Media recogieron la herencia de egipcios y griegos y nos dejaron curiosos escritos sobre la materia y en el siglo XIII el polaco Vittelio y el fraile inglés Rogerio Bacon, volvían a ocuparse con éxito de tal estudio.

Durante los siglos XVI y XVII se hicieron algunas pruebas de no grande importancia y en el año 1726. Dufay consiguió enviar la imagen del sol por medio de un espejo plano sobre otro cóncavo, en cuyo foco logró quemar diversas materias combustibles.

Después, Buffon construyó un aparato compuesto de 360 cristales con el que se podía quemar madera y fundir metales a distancias de varias decenas de metros.

Puillet, Herschel, Sausserre y Meloni estudiaron la intensidad del calor del sol, y, por último, en el siglo pasado, en 1860, nos describe así un aparato de su invención el profesor Agustín Monchot:

"He empezado por calentar agua en pequeñas cantidades en una vasija de cobre ennegrecida al exterior, colocando ésta bajo tres fanales o campanas de cristal, sobre las que proyectaba el calor con ayuda de un reflector de hojalata formado por dos láminas cilíndricas soldadas en ángulo recto.

El agua alcanzaba así la temperatura de ebullición.

Instalando sobre el mismo reflector una caldera de cobre en forma de dedal y cubriéndola con las tres campanas de vidrio, me hice un horno portátil que sin gasto alguno cocía carne, legumbres, patatas y pan, muy bien y en muy poco tiempo.

Más tarde, con un espejo cilíndrico parabólico de cinco metros de largo fundí diversos metales, entre otros, el cinc (500 grados centígrados), pero me convencí que el espejo más práctico es el cóncavo. Uno de éstos de 50 centímetros de abertura, bastó para preparar un cocido con carne en hora y media.

Miles de millones de toneladas de carbón perdidas anualmente

Con el mismo aparato se puede preparar aguardiente, destilar agua y preparar café en pocos minutos.

Monchot, en la Exposición Universal de París de 1878, presentó un aparato que se componía de una caldera cilíndrica de 80 centímetros de largo, una envoltura de cristal y un espejo en forma de

sol condensaba sobre el vidrio, y el agua pura corría para caer en canales laterales.

La cantidad de agua destilada en verano con este artificio fué de 23 toneladas, es decir, de 4.800 gramos por metro cuadrado de vidrio.

En 1903 Wilsin y Boyle construyeron aparatos con los que ob

que el aprovechamiento de la luz del sol. El dispositivo no puede ser más sencillo, pues se reduce a poner alrededor del tejado unos canales de hojalata cubiertos de cristales. La circulación del agua se produce y la caliente pasa a un depósito que alimenta las bañeras o piscinas.

Otros muchos son los aparatos inventados para este fin, pero aun no hay uno que pueda sustituir a la hulla en la industria y hasta en los menesteres domésticos.

La energía que el sol nos dispensa es enorme. Se calcula que solamente en Sahara recibe al año más de mil veces el calor que produce al arder todo el carbón de piedra extraído de las minas del mundo entero en el mismo tiempo.

La energía enviada por el sol a nuestro suelo equivale a una fuerza mecánica de más de 9.000 caballos de vapor por hectárea.

El calor del sol en toda la superficie del globo terráqueo equivale a cincuenta mil veces la cantidad total de combustible extraído del globo.

Se comprenderá la importancia de los experimentos de esta clase, sobre todo en países que, como el nuestro, tienen un cielo sin nubes.

La utilidad de los aparatos y dispositivos para aprovechar el calor del sol tiende a dos fines primordiales: la destilación de las aguas naturales saladas o llenas de microbios, y, por otra, la producción de vapor como fuerza motriz, con lo que, entre otras cosas, serviría para elevar el agua, ya para el riego, ya para alimentar las plantas hidroelectrotécnicas.

Olas que corren a razón de 800 kilómetros por hora

Los maremotos llaman mucho menos la atención pública que los temblores de tierra; sin embargo, pueden resultar de tan funestas consecuencias como éstos.

En los sitios donde se hunde de los cantos de una falda, bajo el mar, de manera que el fondo de éste se altera repentinamente, se produce un fuerte oleaje que los japoneses llaman "sunamis".

Este oleaje, que frecuentemente acompaña también a los terremotos, puede causar enormes estragos al chocar contra la costa.

De los 10 grandes terremotos del Japón, siete tuvieron su origen debajo del Océano Pacífico y, por consiguiente, fueron acompañados de oleaje destructivo.

No se conoce a punto cierto la altura que alcanzan estas olas, pues en el momento del terremoto, el pánico que se apodera del público no ha permitido a éste fijar su atención en el maremoto, y los que hubieran tenido ocasión de presenciárselo, no han escapado a la muerte.

Sin embargo, se asegura que atribuir una altura de noventa pies (veintisiete metros) sobre la costa, a las olas del maremoto del Japón en 1896, no sería nada exagerado.

El oleaje producido por un maremoto puede ser reconocido aún después de haber hecho un recorrido de 15.000 kilómetros, pues conserva aún su enorme velocidad que oscila entre 650 y 800 kilómetros por hora.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Clática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 18 HORAS

U. T., LIB. 0260

tronco de cono, especie de pantalla que siempre presentaba una abertura al sol. El diámetro del fondo era de un metro, el de la abertura de 2.60 metros.

Con este aparato evaporizaba cinco litros de agua en una hora e hizo funcionar varias máquinas.

En 1883 el ingeniero Harding construyó un aparato para destilar agua en Salinas, Chile.

Multitud de láminas de cristal de una superficie total de 4.800 metros cuadrados formaban el techo casi llano de un depósito poco profundo que contenía agua. El vapor producido por el calor del

tenían 20 H. P., energía que se empleaba en poner en movimiento una elevadora de agua.

En 1911 una compañía instaló en Meadi, cerca del Cairo, un dispositivo con el que obtenían 586 gramos de vapor por metro cuadrado, y, por último, otro aparato construido en el observatorio del Monte Wilson, en los Estados Unidos, consiguió desde los primeros momentos producir un calor de 150 grados.

No dejaremos de mencionar que en California muchas casas particulares poseen instalaciones de baños calientes sin más combustible

ANECDOTA

Había un hombre tan menesteroso e infeliz que a pesar de su oficio de albañil no tenía ni techo bajo que guarecerse. Un hacendado de la vecindad, compadecido de tamaño infortunio, se dijo para sí:

—Voy a darle una sorpresa a este desgraciado.

Y llamándolo un día, le preguntó si quería encargarse de construir una casa en la falda de una soleada colina de su propiedad. El albañil aceptó gozoso la propuesta, sobre todo al ver que el hacendado le anticipaba el importe de los jornales y materiales, porque había de marcharse lejos de allí a sus negocios.

El albañil se quedó a sus anchas, sin vigilancia alguna, y aprovechándose de ello, se dijo:

—¡Esta es la mía! Ahora

puedo engañar a ese hombre. Pondré en la casa materiales de mala calidad y se los cobraré como si fueran excelentes.

Así lo hizo, y cuando ya concluida la casa volvió el hacendado del país a donde fuera a negociar, le dijo el albañil:

—Es una hermosa casa. Fuerte, higiénica, espaciosa y alegre.

—Pues mira, ya puedes trasladarte a ella con toda tu familia, porque es para ti. Te la regalo.

El albañil quedó anonadado; en vez de engañar a su bienhechor se había engañado a sí mismo. Y se lamentaba diciéndose:

—¡Oh! Si yo hubiera sabido que la casa era para mí...

EDWIN MARKHAM.

Recuerdos históricos

LA REINA MARTIR

Así llamó con razón, el eximio escritor P. Coloma a la infortunada María Estuardo, pues aunque otras reinas acabaron también su vida en el patíbulo, la desdichada reina de Escocia, viuda ya a los diez y nueve años, empezó su calvario, que duró veintiséis más, para subir al fin al cadalso y sufrir en él un verdadero martirio para morir.

Era María Estuardo hija póstuma de Jacobo V de Escocia y María de Guisa. Nació el 7 de diciembre de 1542, a los siete días de muerto su padre. Al cumplir un año fué prometida al príncipe de Gales, pero el Parlamento anuló el contrato, dando lugar a una guerra entre Inglaterra y Escocia. En 1548 se concertó su casamiento con el delfín de Francia, hijo de Enrique II, y pasó a Francia a educarse en el convento de San Germán. Por su extraordinaria belleza y su talento se captó las simpatías de la Corte, y el 24 de abril de 1558, teniendo poco más de quince años, se celebraron sus bodas con gran pompa y festejos. Enrique II hizo a los jóvenes esposos tomar el título de reyes de Inglaterra, negando así oficialmente los derechos de la reina Isabel, por considerarla como hija bastarda de Enrique VIII, apóstata, fundador de la Iglesia anglicana, y de Ana Bolena, puesto que para casarse con ésta había repudiado a su primera esposa, Catalina de Aragón, después de diez y ocho años de matrimonio, el cual no quiso anular el Papa. Esta arrogancia de Enrique II fué funesta para la desventurada María Estuardo, quien había de morir por injusta sentencia que firmara su tía la reina de Inglaterra, quien había heredado la crueldad de su padre, que hizo morir en el cadalso a la madre de ésta, Ana Bolena, y a su quinta y penúltima esposa, Catalina Howard.

Al morir Enrique II, en 10 de julio de 1559, recayó la corona de Francia en el delfín Francisco II, que aun no tenía dieciséis años. Dos bandos poderosos luchaban en el reino: los católicos y los hugonotes, y en la Corte luchaban también los Guisa y la reina madre Catalina de Médicis, que tanta culpa tuvo en la matanza de la noche de San Bartolomé. En esta borrascosa situación subieron al trono los reyes-niños. Era María Estuardo una hermosa niña, instruida, alegre y traviesa, que se atrevía a jugar con su temible suegra, la cual empezó a cobrarle odio por haberle copiado su celestial forma del traje, que aún conserva el nombre de su inventora. Enamorada María de su esposo, como éste lo estaba de ella, lo amó fácilmente al partido de los Guisa, siendo nombrado el duque de Guisa, y quedando postergada Catalina de Médicis, lo cual aumentó su odio hacia la nieta.

Hallándose al siguiente año en Amboise, al regresar una tarde Francisco II de un paseo por el Loire, se sintió enfermo, quejándose de grandes dolores en los oídos. Le visitó su primer médico Chapelain, que, alarmado, pidió consulta con sus tres compañeros de cámara, entre los cuales figura-

ba el célebre cirujano Ambrosio Paré, el primero que hizo las ligaduras de las arterias y la trepanación, y a quien se llama justamente el "padre de la cirugía moderna". Conviniéron todos en la gravedad del estado del rey, cuyo cerebro se hallaba atacado de malos humores que constituían un peligro inminente. Paré afirmó ante el consejo de Regencia que respondía con su cabeza de la vida del rey, si le permitían hacerle la trepanación, que ya había practicado con feliz éxito en otros frescos casos; Catalina de Médicis hizo un gesto de espanto exclamando:

"¡Poner la vida de mi hijo en manos de un 'hugonote'! ¡Jamás!"; El insigne cirujano Paré era protestante, y el orgullo y la intransigencia de aquella funesta mujer la impulsaban a rechazar el

auxilio de aquel sabio; ni siquiera atendía las súplicas de la desgraciada María Estuardo, que le decía:

"¡Pero señora, si es el último recurso! ¡Si no hay otro remedio!" A pesar de ellos, y después de una escena violenta, los Guisa y sus amigos del consejo, quisieron salvar la vida del rey, y volvieron horas después con el cirujano Paré y sus ayudantes, y dispuestos a imponerse por las armas, si preciso fuera. Consintió al fin Catalina de Médicis, temerosa de que pudiera culpársele de la muerte de su hijo. El sabio Paré reconoció de nuevo al augusto enfermo, y con gran desconsuelo, dijo: "Ya es tarde"; y, en efecto, pocas horas después murió el joven e infortunado monarca. Su madre hizo al rey-niño, Carlos IX, besar atemorizado la mano helada de su hermano muerto, y los reyes de armas gritaron: "¡El rey ha muerto!", y tras un triste silencio: "¡Viva el rey!"

Catalina quedó de regente y organizó grandes festejos para la consagración de Carlos IX. La desdichada María Estuardo fué a llorar su desgracia al convento de San Pedro de Reims, del que era abadesa su tía Renata, y algunos

LA APUESTA

Cuando Marcelina, en sus momentos de indulgencia, quiere admitir que otra mujer es bonita, Luis acostumbra contestar con aire de duda:

"—¿Cres que es tan bonita?"

Si Luis, afirmase que, en efecto, era bonita, la escena de celos vendría inmediatamente, y Luis teme sus consecuencias.

Por eso cuando Marcelina dijo que Aurorita, la mujer de su amigo Roberto, tenía el pelo más hermoso del mundo, Luis se apresuró a contestar:

"—No está mal; pero es una suerte para ella que haya peluqueros. Ese rubio recuerda mucho el sol de una mañana de otoño; pero es un sol del laboratorio de química."

"—No lo creo, y no me explico lo que te ocurre con esa pobre Aurorita. ¡Decir que lleva el pelo postizo! Te apuesto lo que quieras a que es natural."

"—Van mil francos — dijo Luis."

"—Aceptado. Ya he ganado mil francos."

"—Ya lo veremos."

Luis reía en su interior, pues estaba seguro de ganar la apuesta. Aurorita, la mejor amiga de Marcelina, le había concedido una intimidad que le permitió descubrir el artificio de su cabeza, una obra de arte que engañaba a todo el mundo. Y añadió:

"—Como vamos a pasar dos días con Roberto y su mujer, allí tendrás ocasión de convencerte de si el pelo de Aurorita es postizo o no."

Sabía que no cobraría los mil francos de la apuesta; pero le bastaba con la satisfacción de poder mostrar a su mujer, la cual negaba hasta la evidencia, que aquella vez, por lo menos, se había equivocado.

Aurorita y Roberto habían ido a pasar dos días a casa de Marcelina y Luis, un lindo hotelito situado en el campo.

Mientras visitaba nel jardín Luis dijo a su mujer al oído:

"—Vete al cuarto de Aurorita y allí podrás ver la peluca que usa. He ganado mil francos."

"—Te digo que gano yo, Luis."

"—Y yo te digo que has perdido. Recuerda los términos de la apuesta. Si Aurorita lleva un solo cabello, uno solo, que no sea suyo, me das mil francos."

"—Voy; pero estoy segura de haber ganado."

Salió con el pretexto de dar una orden y volvió a los pocos momentos.

"—¿Te has convencido ahora? —le dijo Luis cuando estuvieron solos."

"—Estoy convencida de que me debes mil francos."

"—¡Eh! ¿Pero has entrado en el cuarto de Aurorita?"

"—He entrado, y te repito que me debes mil francos."

"—¡Qué obstinación de mujeres! Pero no hay ninguna tan terca como tú."

"—Podías ser más galante. El despecho por haber perdido mil francos no debía hacerte olvidar la consideración que merece una mujer."

"—¿Pero vas a negar todavía? ¿No has visto la peluca de Aurorita?"

"—Sí."

"—¿Y después de verla sigues sosteniendo que el pelo de Aurorita es natural?"

"—¡Claro!"

"—¿Y esa peluca!"

"—Pero esa peluca la ha mandado hacer con pelo suyo. Aurorita tenía la costumbre de guardar cuidadosamente todo el pelo que quedaba en el peine, y con ese pelo le han hecho una peluca que no tiene un solo cabello que no sea de su dueña. De modo que me debes mil francos, y si sigues negando que has perdido le diré a Aurorita que has comparado su cabeza con la de un avestruz."

..GASTON DERYS.



meses después se fue a Nancy con sus tíos. Poco después y en cumplimiento del contrato matrimonial con Francisco II, se le senaró a María Estuardo, reina viuda de Francia, una renta de 60.000 libras anuales, y de tal modo Catalina de Médicis en manifestar su decidido propósito de enviarla a Escocia, que era entregaria a su peor enemigo, pues así había de ser para ella la reina de Inglaterra, que personificaba la iglesia anglicana fundada por su padre, y que ya había hecho proselitos en Escocia, en tanto que María Estuardo era católica ferviente. Ni prudentes observaciones del cardenal de Tournon, que preveía la simonía de la reina, ni la sinistra resolución de Catalina de Médicis, y, en efecto, María Estuardo llegó a Calais en 12 de agosto de 1561, de paso para Escocia, con sus tíos los Guisa y cien caballeros de la Corte de Francia.

La víspera de partir para Escocia no pudo dormir la desventurada reina, y durante su insomnio escribió en sentidos versos su triste despedida de Francia. Al día siguiente, 14 de agosto de 1561, embarcó vistiendo el riguroso luto de la Corte de las reinas de Francia (traje de terciopelo blanco con larga cola, velo y escarcela blancos también); iba conmovida y angustiada; abrazó a sus tíos los cardenales de Guisa y Lorena y al duque Francisco; con la mano puesta sobre el corazón hizo un profundo saludo a cuantos habían ido a despedirla, y subió la escala de la galera capitana mandada por Mauvillon. Lloraba amargamente al alejarse de Francia, en donde se había educado y había vivido feliz con el amor de su desgraciado esposo. Apenas cenó; durmió unas horas sobre cubierta, y al amanecer dió su último adiós a Francia, cuya costa aun se veía, porque la flota navegaba con precaución, temerosa de encontrar a los cruceros ingleses que había enviado a su encuentro la reina Isabel. Y, en efecto, en el golfo de Forth vieron navíos ingleses rondando, lo cual demostró a la pobre reina viuda las siniestras intenciones de su tía, que le había negado un salvoconducto que le pidió para atravesar el reino de Inglaterra. Gracias a la densa niebla que se formó en pocos momentos, pudieron llegar sin ser vistos al puerto de Leoth.

Nadie esperaba a la infortunada reina, que volvía a su patria como un náufrago arrojado por el mar, y pudo llegar pronto a la próxima capital de Edimburgo. Pocas horas después la rodeaba la nobleza que, curiosa y desconfiada, acudió a saludarla, infundiéndole poca tranquilidad el belicoso aspecto de los lores escoceses, protestantes en su mayoría, armados de espada y daga y rodela de combate colgada al arzón. Aunque sobrecogida la reina por el mal talante de sus futuros cortesanos, salió a su encuentro hasta el puente de la torre en que se hallaba descansando. La hermosura de la reina le captó bien pronto la simpatía de los lores jóvenes, y desde luego la de los católicos.

María Estuardo, joven de dieci-

nueve años y hermosa, era natural que volviera a casarse, y necesario para asegurar la sucesión al trono. Felipe II puso su mano para su hijo el príncipe Carlos; el emperador de Alemania, para el archiduque Carlos; Catalina de Medicis, disimulando su odio, para su hijo el duque de Anjou; y la pérfida Isabel de Inglaterra tuvo la osadía de proponerle para marido a su favorito, Roberto Dudley. Esto indignó a María Estuardo, que resolvió escoger por sí misma su nuevo esposo, y tuvo el poco acierto de elegir a su primo lord Darnley, católico como ella, joven de veinte años y arrogante, pero frívolo y disoluto.

A los tres meses de casada le pidió su marido "la corona matrimonial", como se llamaba al derecho de la mitad del poder supremo o ejercicio de la soberanía, y la reina se lo negó, temiendo con razón que hiciera mal uso de tales prerrogativas. Soberbio Darnley, quedó sorprendido, y ofuscado y malicioso sospechó, sin razón, que la negativa de la reina obedecía a intrigas de su secretario, David Riccio, aparentando sentir celos de éste, lo cual era tan absurdo como calumnioso. La ambición y el rencor de Darnley le impulsaron a cometer una traición y un crimen, y con la ayuda de su primo Jorge Douglas y otros le realizó el 9 de marzo de 1566. Darnley, que había cenado más temprano que de costumbre, desapareció; la reina, indisputada por su avanzado embarazo, se hizo servir la cena en un gabinete contiguo a su alcoba, acompañándola su hermana natural, la condesa de Argyle, y su secretario Riccio. A poco entró sigilosamente Darnley por detrás de la reina, que, al sentirlo, volvió la cabeza sorprendida; llegaron los asesinos armados, y tras una violenta escena por acusarla lord Ruthwen de ilícitas relaciones con Riccio, cogieron a éste, le arrastraron a una sala inmediata, y allí Douglas, con el puñal de Darnley, le asestó un golpe mortal en el pecho, dejándole clavado el puñal; se echaron encima los demás asesinos le remataron a puñaladas y le arrojaron por una ventana al patio.

María Estuardo, que con astucia y serenidad pudo librarse de la traición de sus enemigos, comprendió la indignidad e infamia de Darnley, y se abrió un abismo entre ambos. Próximo el alumbramiento de la reina, se fué a Edimburgo, adonde la siguieron Darnley y el conde de Bothwell, ambicioso, calculador y egoísta. Acosada y combatida la reina por los rebeldes anglicanos; vendida y ultrajada por Darnley, y servida por Bothwell con lealtad y galantería, que no había hallado hasta entonces, y que naturalmente la halagaban, no debe extrañarse que éste ganara la simpatía y la confianza de la reina, a la vez que Darnley se había entregado a toda clase de vicios con cínico descaro.

Dió a luz la reina el 19 de julio de 1566 al príncipe que luego reinó con el nombre de Jacobo VI; María Estuardo lo participó por medio de su embajador extraordinario a Isabel de Inglaterra que, al saberlo, hizo pública su rabia, por ser ella aún árbol estéril", según su frase.

El Papa San Pío V intentó reconciliar a María con Darnley, y a pesar de la infame conducta de éste, ella accedió y fué a visitar a su marido a Glasgow, donde se hallaba convaleciente de viruelas. Se

trasladó a éste a una casa de campo de Edimburgo, para tarminar la convalecencia y evitar el contagio al recién nacido, y la reina visitó allí a Darnley diariamente, durante ocho días. En la madrugada siguiente a su última visita se oyó en aquellos alrededores una espantosa detonación y se vió un resplandor vivísimo. La "casa del prebendado", donde estaba Darnley había, sido volada, y entre los escombros se hallaron su cadáver y los de su paje Taylor y de Tomás Nelson; la gente pudo observar en el cuello y rostro de las

víctimas señales evidentes de haber sido estrangulados.

La voz pública acusó a Bothwell como autor de aquella infamia, pero la justicia y el Parlamento le declararon inocente; y habiéndose anulado su matrimonio por razones de parentesco, persuadió a María Estuardo para que se casara con él; ella, cegada por la pasión, acabó por ceder, y el 15 de mayo de 1567 se casaron conforme al rito católico y al protestante. La infeliz reina fué tiranizada por Bothwell, perdió el afecto de su pueblo, y abandonada



LA TIA. — ¿Qué es eso de la telegrafía sin hilos, hija mía?
LA SOBRINA. — Pues mira: figúrate un perro de esos muy largos que llegue desde Buenos Aires a Londres. Si le tiras de la cola en Buenos Aires ladra en Londres, pues la telegrafía sin hilos es eso mismo, sólo que sin perro.

EL REGRESO

Surca el mar la gallardía del soberbio trasatlántico; trae al poeta esperado por la virgen de sus sueños; flota al viento su melena igual que un alirón romántico, y acaricia los proyectos más dorados y risueños.

¡Oh, la ilusión de llegar donde le espera la amada, la que en un día lejano agitaba, su pañuelo en la triste despedida, pálida y desmelenada, con las dos manos en cruz y la mirada en el cielo!

—¡Vuela, soberbio navío, porque ella me está aguardando, y son sus besos el premio de la lucha de mi vida; vuela, que ella está en el puerto tu velamen contemplando, igual que una gaviota en la inmensidad perdida!

Ya se aproxima el placer de poderla contemplar —¡tan sólo en sueños la he visto en estos años de pena!—; aún recuerdo los arpegios de su lírico cantar, su cabellera ondulante y su carita morena.

¡Por su amor he trabajado, por su recuerdo he vivido siempre soñando con ansia en el día del regreso; por ella quise triunfar de la suerte y del olvido —¡y ella aromará mi triunfo con las fragancias de un beso!—

Ya atraca el vapor gigante en la alegría del puerto; ya los sueños del poeta, se truecan en realidad; ya la está viendo los ojos, ¡y un infinito se ha abierto en su alma, que se desborda plena de felicidad!

Se funden en un abrazo; sólo hablar pueden los ojos, porque también la alegría si es grande sabe llorar. El sol en el horizonte se hunde entre penachos rojos y la luna va surgiendo, toda blanca, sobre el mar.

Ya es el poeta feliz; realizó sus ideales, y al recordar los combates de su existencia pasada, sonríe, mirando en éxtasis las pupilas virginales y acariciando las manos marfilinas de su amada...

Lorenzo ROLDAN

por sus tropas en Carberry Hill, el 15 de junio siguiente, abandonó a su esposo y se entregó a los aliados, que la llevaron al castillo de Lochleven y la obligaron a renunciar la corona en favor de su hijo, y a reconocer como regente al conde Murray. El 2 de mayo de 1568 huyó de su prisión y reunió con sus amigos un ejército de 6.000 hombres, que fué derrotado por Murray, y tomó la fatal resolución de implorar socorro a su tía la reina de Inglaterra. Esta la retuvo detenida en el castillo de Bolton y le negó una entrevista personal hasta que quedase libre de sospecha de participación en el asesinato de Darnley; para ello, se nombró una comisión de lores, ante la cual la acusó Murray; la reina se defendió de aquel delito que se le atribuía y del cual era inocente, como se probó documentalmente; pero la comisión, cumpliendo el deseo de la reina Isabel, no emitió fallo alguno, y María Estuardo siguió encerrada y pasando de una a otra fortaleza para evitar su evasión.

El descubrimiento de una conjura de católicos incondicionales, pero incautos para asesinar a la reina Isabel y libertar a María Estuardo hizo que se acusara a ésta del delito de alta traición, suponiendo arbitrariamente que hubiera tomado parte en la conjura dirigida por Babinton. Conducida al castillo de Fotheringhay confesó ante el tribunal tener conocimiento del complot de Babinton, pero negó en absoluto tener noticia de que se tratara de asesinar a la reina Isabel. A pesar de ello, los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra María Estuardo el 25 de octubre de 1566. La reina Isabel, deseando evitar el escándalo de una ejecución pública, solicitó del guardián de la prisión, sir Paulet, que la envenenase; pero Paulet se negó a ello. Por fin el 10 de febrero de 1567 firmó la sentencia y la entregó a su secretario de Estado para sellarla. El 7 de febrero se le notificó la noticia fatal, que le produjo gran excitación, pero pronto se serenó y dió muestras de un valor admirable. Se le negó la asistencia de un sacerdote católico, y ella rechazó la del protestante que le ofrecían. En la mañana siguiente ella misma se dió la comunión con una hostia consagrada por el Papa San Pío IV, y luego subió majestuosa a la sala del cadalso, con la tranquilidad de una conciencia limpia; después de rezar el Miserere y repetir las últimas palabras del Redentor: "Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu", entregó la cabeza al verdugo; éste asestó el primer golpe en falso, arrancando un grito de espanto a todos; la desventurada reina ni se movió ni exhaló una queja; el segundo tajo hizo rodar su cabeza. Algunas horas después volvió el verdugo a recoger los restos de aquella infeliz, y oyó con terror que del vestido de la muerta salían gemidos; levantó con miedo aquellas ropas y halló un perrito faldero de la reina, que fiel a su ama la había seguido hasta allí y daba aullidos lastimeros.

Se la enterró en la catedral de Peterborough. Su hijo, Jacobo VI, que no hizo nada por salvar a su infortunada madre, trasladó el sepulcro de ésta a Westminster y mandó derribar el castillo de Fotheringhay.

La cruz de oro que llevaba María Estuardo al morir pertenece a S. M. la reina doña María Cristina.

¡Yo tengo güen corazón!

Por Orenia Meneses de Voget

Para bailar el gato,
mi negra
no hay como la criolla;
parece un lazo,
mi negra,
con dos argolias.

—Che, Quiteria, ta lindo el baile; mira cuanta gente...

—Parece.

—Ay! ta la Rosa; mirala.

—¿Y donde no va a ir esa?

—¡, de juro; ta Benito; ti aseguro que me da una rabia verlo tan disgraciado...

—¿Y dihay?

—Dejante a vos por esa chiman-

—El no tiene la culpa.

—¿Y tuavía lo defendís?

—Y si es razón.

—¡Ah, claro, sos tan infeliz vos también, que endenantes vas a ir a preguntarle a la Rosa, que quiere pal casorio.

—¿Pero y qué querés qui haga?

—Que te divirtás; que pongás cara e felicidad, en vez de andar siempre con el pescuezo pa bajo como pato e mercaco.

—¿Nu has oído lo que dicen? Que la doña Marcelina ta haciendo más brujerías a la Rosa, pa que lo güelva más idiota al Benito; y si te ve a vos qui andás tristonía, y mirándolo el otro con ojos e cordero sacrificado, a lo mejor t'echa a vos también algunos polvos, y quién sabe cómo quedás — Acordate e la pobre Ufemia; mirá como la dejó la vieja bruja, porque si había enamorado del hijo, que amallaya lo que tiene de güen mozo ese sapo tavoso.

—Cayate, qui haysta la hija, y es más mala qui un escuerzo.

—Güeno, viene bien; ayí dentro Ponciano; yo viá a bailar, y vos también, ¿sabés?; dejá dí andar ju-yendo e la gente como ratón de rastrojo, y divirtite; pa eso viniste; y si por un acaso te quiere sacar Benito, no salgás, ¿has oído? hacete la fuerte, y a ese sí, juili más que al zorrino; mirá que de no, vas a pasar un mal rato. Demostrale a la Rosa que no precisás del novio, y la vas a ver hincharse pior que pavo echao; hacete ver que no ti importa, y dejá todo en mis manos; cuando salgamos di aquí, yo te garanto que va ir a su casa a tomar cedrón pa que li adelante la billis.

—Y ¿no bailan las mozas?

—¿Y de no? pero no quiero de-garlar sola a ésta, si no es capaz de sentarse en un rincón, y rezarse el rosario entero.

—¿Y dende cuando esa tristeza?

—No, si nu es tristeza; es una promesa e la pobre pa que la de-jaran venir.

—¡Ajá!... ta güeno; pu ayí an-da Benito.

—No; déjelo!

—Como... ¿tan digustaos?

—Y... Quiteria nu es mujer pa rebajarse, y merece otra cosa; ¿no te parece, che?

—Pero Benito es muy güeno; mabagador, honrado, güen corazón.

—Sí, sí, tiene razón; y güen gañote también.

—¿Y?

—Y nada; que dende hoy nu ha-ce más qui andar pegándole besos a la boteya e ginebra.

—Y, prienda... quiere tanto a las mujeres, que besa hasta la boteya.

—Güeno, hijita; hay dentro Feliciano; mirá qué yunta! ese jué siempre tu compañero. Feliciano ¿cómo dice que le va? me alegro e verlo ¿y doña Beldomera?

—Ta mejor; aunque siempre se queja el dolor en las tabas.

—¡Pobre! Mamá le dijo que se frotase con grasa e lagarto; es muy güena pal reumatismo.

—Ansina es — ¿Y qué dicen las niñas? ¿Cómo le va a la Quiteria, qui hace tanto no la vide?

DOS COMERCIANTES

De un pueblo de Andalucía
En una célebre feria,
Dos caballeros de industria
Para quienes cualquier época
Del año era siempre agosto
De prósperas recolectas,
En el más público sitio
Se instalaron con dos cestas,
El uno ofreciendo guantes
A cinco céntimos pieza,
Y chocolate el vecino,
A real la libra completa.

Tras los dos primeros días
De pregones y de ofertas,
Sin lograr un parroquiano.
Que a sus puestos acudiera,
Renegando de su suerte
Y, ya entabladas estrechas
Relaciones de amistad
Entre nuestros dos horteras,
—Vecino —dijo el guantero—
¿Será mala sombra nuestra
Que ni aun ofreciendo gangas,
Hemos visto una peseta?

—Es verdad —contestó el otro;—
Pero me ocurre una idea.

—¿Cuál?
—Pues no lo tome usted
A broma, aunque lo parezca.
Se me ha ocurrido, vecino,
Cambiar de sitio y de cesta:
Se dice que al que se muda
Dios le ayuda, y por la mues-

tra,
Cambiando estas mercancías
No hemos de tener gran pér-
dida.

—Hecho el trato —dijo el otro;—

cinta negra y que le dió en el mate, pelo e sobaco quemao.

—Son cuentos e vieja, prienda; pero por si acaso, no güelvo a tomar mate, si nu es cebao por mi mamá.

—No gaste saliva al cuete! En cuanto si arrime al puesto, veremos si me desprecea.

—Usté es incapaz di hacer una maldá.

—¡Ah, sí; yo solo le viá hacer bien!

—¿Con algún yuyfio? De juro con el romero.

—¿Qué tiene siete virtudes?

—Ansina cuentan.

—No; junto con el yuyito santo, pa que no mi olvide, le echo una hojita di ombú, pa que nō se li indigeste.

—Siga, pasemos en esta güel-ta cerca e la Rosa; quiero hacerle una morisqueta; de pura rabia que le tengo.

—¿Y diay? Qui había sfo pelia-dora.

—¿Y quién la va a peliar?

Pero ha de ser cosa seria.
—Justo, contrato formal,
Y fastidiese el que pierda.
Quedó ante varios testigos
Hecho un trueque en toda re-gla,

Y queriendo celebrar
Tan peregrina ocurrencia
Testigos y contratantes
Apurando unas botellas,
Consiguieron tomar todos
Una pititina soberbia.

Ya en situación ambos mo-zos

De explicaciones sinceras
Y de decirse verdades,
Por ser hombres de conciencia,
Dijo así el chocolatero:

—Sentiré que usté se ofenda,
Compadre; pero ha llevado
Usté un timo de primera,
Y lo que es con mi comercio
No le va a salir la cuenta.

—¿Pues qué tiene el chocolate?

—¿Qué? Que está hecho sin canela,

Sin cacao y sin azúcar...

—Calcule usté lo que quea!
Y celebrando la gracia
Dió a la risa rienda suelta.

—Espérese usté un poquito—
Requicó el otro con fiema,—
Que más pierde usté que yo.

—Si no es posible.

A la prueba:
¿Ve usté toos mis guantes?

—Sí.

—Pues son de la mano iz-quierda.

Javier de BURGOS.

—Y usté, ¿no dice?

—¡Pucha; qui había sfo poco alvertio. Si hago una morisqueta cariñosa, y en cuanto acabemos e bailar, me le sienta al lao, y li aseguro que viá saber morder; si le pica mucho, que se pase la rasqueta. Pero ¡que son malas las mujeres!... ¿Y a usté que ri ha hecho la Rosa?

A mí nada; pero como aqueya infeliz de Quiteria no sabe más qui abrir la boca para soltar unos suspiros capaz de voltiar a un guay, yo le viá ser comprender, que en lo precisamos a su baboso. Güeno, si acabó.

—¡Ay, que cansada estoy; ¿me da su permiso, Rosita? Este Ponciano pa bailar, es pior que molino e viento. Oiga; dígame a la Quiteria, que se ayegue pasá, si Feliciano la deja, eh? Y ricuerde que la otra güelta también en suya.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para re-
vistas, Catálogos, Folletos
y otras Publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia

Corrientes 1138

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 4830

—¿Y qué me cuenta, Rosita?
¿Y doña Marcelina?

—Se quedó en casa; ta traba-jando.

—Claro; se comprende; siem-pre interesada en el bien ajeno.

—¿Mi han dicho que Ud. se casa pronto?

—Quién sabe; hasta aura pen-samos así.

—Tiene razón hijita; atelo pron-to a Benito; a lo mejor, le resul-ta como el otro; mire qui usté con los novios nu ha tenido suerte.

—¿Y di hay? yo nu e ser la primer burlada. Ahí la tiene a la Quiteria.

—¿Quiteria?

—Y claro; ¿no la dejó Benito?

—Benito... ¿Benito dejar a la Quiteria? ¿Pero quién li ha dicho esas habladurías?

—Y... todos dicen... y él ta-mián.

—La gente es una chismosa, y él... ¡pero qui había sfo criatu-ra; y que debía tar viva; en tanta esperencia...

—¿Y siguro quel muy deslenguao, dice que la dejó por usté; — cla-ro; así si usté le torcia la cara, se cataba su simpatía; como dijo tam-ién que el Agustín la había de-jao por... en fin, unas barbarida-des; y que también el gringo el bo-lliche, le daba los viciós gratis; y li había comprado unos zapatos y ese vestido colorao como sangre e toro, y que de paso le digo, como amiga que la aprecea, que queda más fea que cocoliche. Siguro que se li hizo la Conseción?

—Sí; eya jué. Pero, dígame Ventura ¿es cierto todo eso que di-ce? Porque si Benito ha hablao tan fiero de mí...

—Y... saque por usté mesma. ¿No li ha dicho que dejó la otra por usté?

—Sí, eso es cierto, y como Qui-teria nu es linda...

—¡Ah, claro; usté lo creyó. Pe-ro mire; yo creía que usté era biz-ca, pero había sabio mirar dere-cho.

—Jué un golpe di aire cuando chica, y así quedé siempre.

—Y después lo di Agustín ¿quién estaba interesao en dudar di usté? Naide; únicamente él, pa que al no arrimársele dinguño, le yebara el apunte.

—Tamién es cierto... pero... pa-rece mentira; tan cariñoso como es.

—¿Y después, quién sabe qui us-té manda comprar al fiao los vicios, y quel gringo se los regala? Naide más quel, tampoco, que todo el día le pega al mate en su casa, seña que lu encontrará güeno, aunque la gente dice que su mama li hace hechar pelo e somaco. Ya ve, Rosita; yo li hablo por su bien. Los hombres cuando codicean una presa, son más ladinos quel zorro, y se güelven tiernos y almiraos como pastel de dulce. Güeno, Rosita; yo me vía retirar, porque va atardeciendo, y mañana me espera una horniada tremenda; bautizamos al chico e la Cornelia, y tengo que madrugar. Va a haber un bailecito, así que ayéguese con su mama; ya sabe que nosotras no hacemos caso de habladurías, por más que la gente diga que su mama nu anda más que metiendo la nariz donde no la llaman, pa des pués hacer sus brujerías; y que jué eya la que hizo morir el hijo e la Paca, y le embichó el mancarrón a don Aniceto. Güeno, dele saludos a su mamita, y las esperamos ¿eh?

—Que me mate un rayo si me equivoco, pero lo que es a, ésta no le quedan ganas de acercarse a casa, y guay del Benito cuando si acerque; ha juntao más veneno que vibora e la cruz. ¡Jesús, y como le regucilaban los ojos...! Y güeno, como yo tengo güen corazón no puedo ver sufrir a una amiga; y ahura la Quiteria se ayuntará con el Benito, si no lu ahuga la otra cuando se acerque...!

El médico de su belleza

Es el deber de toda mujer aparentar lo mejor posible, y la tentación de ocupar su tiempo en cultivar su belleza, no es más que natural.

Para la cara no hay cosa mejor que batir a nieve una clara de huevo agregarle unas gotas de agua de Colonia y lavarse con esto.

Primeramente hay que limpiar bien la piel con un buen cold cream, usado con la punta de los dedos, introduciéndolo bien en los poros con un movimiento rotativo. Se tendrá cuidado de no estirar la piel alrededor de los ojos. Para el cuello y la nuca el movimiento tendrá que ser hacia abajo y el masaje firme para deshacer los pliegues.

Clara de huevo. —

Sáquese el cold cream supérfluo con un trapo fino, y aplíquese la clara de huevo con cuidado, bien igual, con los dedos y déjese así hasta que se seque. Para conseguir que se seque pronto puede abanicarse.

Para tonificar la piel —

Úsese una loción astringente hecha de partes iguales de agua de lavanda (alhucema y agua de amamelis. Con un tapón de algodón váyase golpeando por toda la piel y luego con la toalla fina séquese de la misma manera, y por último, aplíquese un poco del polvo que se use siempre.

Para el cabello —

La limpieza más rápida para el cabello es con talco, el que se po-



—Mi padre hizo fortuna de una manera curiosa. Verá usted, le voy a contar cómo...
—No, no; dígame mejor cuánto...

LO MALO CONOCIDO

En cuanto mi amigo Bousin se encontró dueño de una fortuna fué a una agencia de colocaciones, y dijo:

—Quiero que me proporcionen un criado honrado, limpio, afectuoso, alegre, el rostro simpático lo bastante inteligente para que adivine mis órdenes sin que yo necesite dárselas.

—Caballero — le contestaron — tenemos lo que usted necesita.

Y Bousin admitió a su primer ayuda de cámara.

A los pocos días fué a su casa y me encontré en el suelo del comedor la vajilla destrazada y al criado de Bousin presa de un síncope.

—Sí, me explicó mi amigo —. Ha bebido un poco. Se me olvidó decir en la agencia que quería un criado sobrio. Ahora mismo voy a encargar uno que no deba.

El nuevo ayuda de cámara de Bousin no debía más que agua. Pero a las cuarenta y ocho horas se suicidó, en un ataque de neurastenia.

El tercero era casi perfecto. El único defecto que tenía era la frecuencia con que le daban ataques epilépticos cuando servía la mesa. Tuvo que despedirlo porque daba la casualidad de que los ataques lo sorprendían cuando llevaba la fuente de la sopa, que derramaba prodigamente sobre la ropa de las personas que había a la mesa.

Estuve algún tiempo sin ir a casa de mi amigo, por lo que no puedo dar detalles de los

sucesores del epiléptico. Sólo supe un día, por boca de un amigo, al que encontré en la calle, que ya había acudido a treinta agencias de colocaciones y que cada criado que admitía era peor que el despedido.

Sólo el último dejó en mi memoria un recuerdo imperecedero. Era ladrón, sucio, holgazán, embustero, torpe, alcohólico, morfímano, insolente, y se llamaba José.

Un día supe que José, después de robar a su amo, había estado a punto de estrangularlo; pero que Bousin no había querido dar cuenta a la policía. Apenas supe la noticia me apresuré a ir a su casa para ofrecerle el consuelo de mi amistad.

Una sorpresa me aguardaba. El criado que salió a abrirme era José.

—¡Pero no lo has despedido — pregunté a Bousin.

—¡No lo quiera Dios! — dijo tranquilamente.

Su tranquilidad me indignó.

—¿De modo que después de tanto decir que querías criados perfectos en tu casa te quedas con éste que se fuma tus cigarrillos, se da inyecciones de morfina, te bebe el vino y los licores, te falta al respeto y pretende estrangularte? ¡Estás loco!

—¡Qué quieres! — me contestó Bousin resignado. — Si despido a éste tendré que buscar otro, y eso sí que no. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

BERNARD GERVAISSE

ne embriando el casco, se deja toda la noche y a la mañana siguiente se le da una buena cepillada, dejando con esto el cabello suave y limpio.

Los pies —

Una de las partes más importantes del cuerpo son los pies, pues son ellos los que más sufren con los bailes, los deportes, el footing, etc. Por lo tanto hay que tratarlos con suma consideración. Un buen baño de pies que se deberá hacer con frecuencia se prepara de manera siguiente: se mezclan 125 gramos de bicarbonato de soda y 125 gramos de borax en polvo y échese en cada baño de pies una cucharada grande de esto. La cutícula que se crea alrededor de las uñas de los dedos del pie puede reducirse usando envuelto en un palito un poco de algodón empapado en agua oxigenada y llevando con él la cutícula para abajo. No se precisa hacer esto más que una vez por semana.

Hermosas pestañas. —

Las pestañas pueden mejorarse y se consigue un crecimiento notable, llenándolas todas las noches con vaselina puesta con la yema del dedo chico, subiendo una por una las pestañas para que quede ondeada para arriba y en el párpado de abajo se llevan las pestañas hacia el final del ojo para que parezcan más largas.

El alma y la ciencia

Claudio Bernard, el gran fisiólogo francés, que gustaba repetir con Bacón: "poca ciencia aleja de Dios, mucha ciencia aproxima a El", hacía la siguiente demostración de existencia del alma:

"El cuerpo humano es un compuesto de materias que se renuevan incesantemente. Todas las partes están sujetas a un perpetuo movimiento de transformación. Cada día perdéis un poco de vuestro ser físico, y reemplazáis por la alimentación lo que perdéis. De tal manera, en el término próximo de ocho años, vuestra carne y vuestros huesos son reemplazados por nueva carne y nuevos huesos, que, poco a poco, han sustituido a los antiguos, a consecuencia de transformaciones sucesivas. La mano con que escribo hoy, no se compone de las mismas moléculas que la formaban hace ocho años. Lo que digo de la mano lo diré del cerebro. Vuestro cráneo no está ocupado por la misma materia cerebral que hace ocho años lo llenaba.

Establecido ésto, puesto que todo cambia en vuestro cerebro, en ocho años ¿cómo se verifica, que recordéis, perfectamente, las cosas que habéis visto, oído, aprendido, hace más de ocho años? Si esas cosas, como dicen algunos, se han alojado, incrustado en nuestro cerebro, ¿cómo es que existen después de desaparecer absolutamente todas las materias que lo componían? Estas materias no son ya las mismas que hace ocho años, y sin embargo, vuestra memoria, ha conservado intacto su depósito.

"Hay, pues, otra cosa en el hombre, además de la materia, hay otra cosa inmortal, permanente, siempre presente, independiente de la materia.

"Esa otra cosa es el alma".

Un viaje involuntario por Luciano Biart

(CONTINUACION)

—Creo que no, muchacho, contestó el ingeniero. Al buque "Davis" no le conviene medirse con el "Fulton"; de consiguiente, es muy probable que el capitán del primero procure librarse de nuestras garras con el mismo afán que pone el comodoro para encontrarle.

—Con todo, un corsario es un buque de guerra que lleva cañones.

—Sí, amigo mío; pero aunque no siempre rehúsa batirse, ataca preferentemente a las embarcaciones mercantes, para destruirlas, caso de que no pueda apoderarse de ellas. Hay mucho que decir tocante a esos "irregulares" del mar; sin embargo, no atañe a los franceses censurarlos en voz muy alta, pues a ellos debe nuestra marina sus más grandes guerreros.

—¿Por qué los americanos del Norte tienen ojeriza a los del Sur? ¿Por ventura no son un mismo pueblo?

—¡Ah! tienes razón, chicuelo; pero la discreción no es siempre el patrimonio de los hombres. Esta guerra dará por resultado la liberación de cinco millones de esclavos negros de consiguiente, la sangre humana no habrá sido vertida inútilmente.

Iban a dar las doce de la noche, y el señor Pinson y Azogue todavía no pensaban en acostarse, manteniéndose sentados en la toldilla. Las olas iban disminuyendo en volumen, prueba de que la costa no estaba muy distante. A veces aparecía una luz amortiguada, e inmediatamente el "Fulton" se dirigía en aquella dirección. De repente resonó en lontananza el disparo de un cañón.

—¿Acaso es algún buque que pide auxilio? dijo el señor Pinson con cierta ansiedad. Pronto, muchacho, pregúntaselo a este marino.

—Creo que sí, contestó el interpelado, pues el comodoro ha mandado enfilar la proa del "Fulton" hacia el punto luminoso que se distingue a lo lejos.

La embarcación norte-americana pareció marchar con doble velocidad. Oficiales y marineros se mantenían silenciosos y escuchaban, con la vista fija en la luz, la cual diríase que cada vez se hacía más perceptible y que se multiplicaba. De repente una gran llamarada que salía de los costados de un buque se elevó en dirección al firmamento.

—¡Aprestad los botes! gritó el comodoro con el auxilio de su bocina!; ¡quizá tengamos que prestar auxilio a algunos infelices!

Poco después el "Fulton" se hallaba apenas a la distancia de una milla de la embarcación que estaba ardiendo.

Nada más imponente, más terrible, más siniestro que el espectáculo de aquella mole inflamada en medio del Océano. Densas nubes de humo la envolvían, saliendo lenguas de fuego por las troneras, lenguas que discurrían de la popa a la proa y prestaban un tinte rojo subido a las aguas del mar.

—¡No se ve a nadie en el puente! exclamó el comodoro; que se dispare un cañonazo, mi teniente. No pueden estar lejos los tripulantes de esta embarcación; de consiguiente, conviene que sepan, si es

que nos ven, que vamos a auxiliarlos.

Era tan grande el silencio que reinaba a bordo, que la voz breve e imperiosa del comodoro se oía perfectamente bien. Todos los ojos estaban ocupados en escudriñar el horizonte, para descubrir los botes en que debían haberse refugiado los marineros cuyo buque era presa de las llamas.

—¡Es una embarcación norte-americana! exclamó de repente el comodoro. En la popa leo: "Niagara, de Nueva York". Apuntad este nombre, teniente.

Pinson. El vaporcito a su vez izó el pabellón ruso; pero en vez de aguardar a que se acercara el "Fulton" empezó a andar.

—Que se dispare un cañonazo sin bala, dijo el comodoro, y ordénesele que pare.

El vaporcito no hizo caso de la orden, y prosiguió su marcha.

—¡Pronto, una bala! exclamó el comodoro; estamos en paz con el imperio de Rusia, y diríase que ese buque nos tiene miedo.

Rebotando sobre las ondas la bala disparada, fué a perderse a pocos metros del vaporcito.



Una bala fué a clavarse encima de la cabeza del señor Pinson...

Apenas hubo disparado el "Fulton" el cañonazo, cuando se oyó una exclamación inmensa: el buque de guerra acababa de dejar atrás al "Niagara", y a unos cuatro kilómetros de distancia apareció otro barco incendiado. Cuando todos estuvieron convencidos de que en el puente del "Niagara" no había ningún ser humano, el "Fulton" hizo rumbo hacia la otra embarcación. Un bote se alejaba a fuerza de remos, e inmediatamente se divisó un vaporcito que, inmóvil, se mantenía a menos de cincuenta metros del buque que estaba ardiendo.

El comodoro mandó navegar hacia aquella embarcación, al paso que se izaba el pabellón inglés, lo cual sorprendió no poco al señor

—¡Izad nuestro pabellón, mi teniente, dijo el comodoro, para que ese fugitivo sepa a qué atenerse con respecto de nosotros.

Apenas el estrellado pabellón norte-americano flotaba en la proa del "Fulton", cuando el vapor perseguido enarbolaba el pabellón francés, al paso que disminuía su marcha; luego, al tener a su alcance al buque de guerra, disparó un cañonazo, cuya bala pasó por encima del puente de éste. Y en seguida enarboló a popa la bandera de los Estados del Sur.

—¡El Davis! exclamó el comodoro. ¡Guerra a él, muchachos, y que mueran los incendiarios!

—¡Que mueran! repitió la tripulación como un solo hombre.

Un "hurra" estrepitoso resonó a

bordo del "Davis", hurra que hizo temblar al señor Pinson y a Azogue.

—¿Va a trabarse un combate naval? preguntó el ingeniero. Buena la hemos hecho! Después de haber abandonado sin necesidad mi domicilio de la calle Nollet, de haber andado perdido por las calles de Londres, de...

El señor Pinson no pudo terminar la frase, pues a sus ojos, una bala lanzada por el "Davis" acababa de llevarse el brazo de uno de los marineros que manejaban el gobernalte. Casi al mismo tiempo el "Fulton" crujió como si sus costados fuesen a separarse, y un ruido formidable dejó sordo al ingeniero, quien creyó que la nave se iba a fondo. Era que los artilleros del buque, por orden del comodoro, acababan de responder a la provocación del "Davis", saludándole con una andanada de las piezas de estribor.

CAPITULO XI

Las islas Canarias

—Baje usted al entrepuente, caballero, dijo al señor Pinson uno de los oficiales del "Fulton" que en aquel momento pasaba junto al ingeniero; aquí corre usted peligro.

Azogue, un tanto pálido, abrió tamaños ojos. Después de titubear un rato el ingeniero le cogió por la mano y se lo llevó al salón: apenas penetraban en él cuando una nueva descarga conmovió la embarcación.

—Quédate aquí, muchacho, dijo el señor Pinson, el cual, sumamente excitado, no sabía estarse quieto. Cuidado con moverte.

—¿A dónde va usted, señor?

—Voy al puente; prefiero ver que oír.

—Yo le acompañaré, repuso el chico; no quiero separarme de su lado.

El ingeniero avanzó hacia Azogue:

—¿Tienes miedo? preguntóle.

—Aquí sí; me parece que arriba, al aire libre, me encuentro más tranquilo.

Temeroso el señor Pinson de que alguna bala o algún casco de granada hiciese daño a su pequeño compañero, desistió de la idea de instalarse en la toldilla, y por lo tanto tomó asiento al lado de Azogue en el sitio donde se encontraban.

—He aquí la guerra, muchacho, dijo melancólicamente, la guerra y sus abominables consecuencias. Cada detonación que oyes priva a una madre del hijo por quien sacrificó su juventud, del ser que durante veinte años ha sido objeto de todos sus cuidados. Causa horror sólo el pensar que seres humanos, es decir dotados de razón... Empero, ¿qué sacamos con filosofar? Mientras existan en el universo hombres ambiciosos y malos, habrá guerras.

—El comodoro y sus oficiales son personas excelentes, señor, objetó Azogue; esto me lo ha repetido usted hasta la saciedad.

—¡Es verdad, amiguito! de consiguiente, inútil es advertirte que no me refiero a ellos, sino a las personas que les han obligado a empuñar las armas. La guerra que mantiene divididos los ánimos en los Estados Unidos, es una guerra fatalísima, tal vez necesaria.

Con todo, sólo una guerra puede llamarse justa y santa: la que se hace al enemigo que invade nuestra patria, pretendiendo desmembrarla o sojuzgarla. Ante ese enemigo, fuerza es combatir, morir si es preciso, para poder legar a los millares de seres que han de sucedernos a falta de otros bienes, la independencia y la libertad.

El cañoneo no cesaba. Paulatinamente el señor Pinson fué acercándose a la escalera, empezó a subir y volvió a encontrarse en el puente. Gracias al resplandor de las dos embarcaciones que estaban ardiendo, el mar parecía una dilatada sábana roja. La brisa apenas tenía fuerza para agitar el mar y la blanca humareda que se destacaba de los cañones al disparar, flotaba por el espacio. A bordo del "Fulton" todos los rostros estaban serios, pero los ojos lanzaban chispas. Las órdenes del comodoro, que no abandonaba su atalaya eran transmitidas con rapidez. A pesar de ser muy inferior en tonelaje a su rival, el "Davis" se mantenía firme, maniobrando de suerte que los disparos del "Fulton" no pudiesen hacer mella en sus costados. En el puente de éste había algunos charcos de sangre, y de sus mástiles pendían varios aparejos destrozados.

—Gobernad de modo que alcancemos al enemigo por el través, dijo un guardia marina a los marineros que ni tan ni tan: el comodoro quiere acabar de una vez.

Al propio tiempo se ordenó a los artilleros que suspendiesen los disparos.

El señor Pinson se acercó a la atalaya del comandante. Repentinamente sintió que alguien le abrazaba: era Azogue.

—¡Permitame usted estar a su lado! dijo el muchacho en tono de súplica.

El señor Pinson, al contestar, estrechó entre sus brazos a su pequeño compañero. En silencio sepulcral reinaba a bordo del "Fulton", el cual, sin contestar, afrontaba las andanadas que le lanzaba su adversario. Una bala fué a clavarse encima de la cabeza del señor Pinson.

—¡Diantre! murmuró el ingeniero, he aquí las distracciones que me ha procurado ese pícaro de Boisjoli. Sin él, sin sus pérfidos consejos, a estas horas me encontraría muellemente recostado en mi lecho; mientras que héme aquí en alta mar, entre dos incendios, expuesto a cada instante a que una granada me arrebatase un brazo o una pierna, es decir, a convertirme en inválido sin que tenga derecho a ingresar en su asilo.

El señor Pinson interrumpió repentinamente su monólogo, en el momento en que el "Fulton", navegando con todo el empuje de la máquina, se aproximaba rápidamente al "Davis". Dentro de algunos minutos los dos buques iban a chocar con terrible violencia. Nuestro ingeniero se agarró fuertemente a las cuerdas de un bote que estaba amarrado al puente, para soportar con menos riesgo el choque que preveía.

—¡Timón a babor! gritó el comodoro.

El "Fulton" obedeció al gobierno y se deslizó hacia la izquierda; pero el "Davis" había adivinado las intenciones de su enemigo y al momento de echarse sobre él el "Fulton" viró bruscamente de bordo. Al cruzarse los dos vapores hicieron un disparo simultáneos. Gritos de angustia, de dolor, de agonía sucedieron a la formidable detonación, gritos ahogados inmediatamente por los hurraes.

Arrastrado por el empuje con

que había creído el "Fulton" partir por la mitad a su adversario, separóse quinientos metros de él y tuvo que describir una gran curva para ganar el terreno perdido. Prosiguiendo el Davis su camino en línea recta, pasó al lado del segundo buque que estaba ardiendo y le saludó con un hurra triunfal.

—¡El incendiario no quiere batiarse! —exclamó exasperado el comodoro. —¡Maniobrad debidamente, muchachos! —gritó a los timoneles; — para nosotros es cuestión de honra no dejar escapar a ese forbante.

A la sazón mediaba la distancia de un kilómetro entre las embarcaciones rivales, y el Fulton, empujado a todo vapor, seguía la estela que tras sí dejaba el Davis. Antes de una hora se habían perdido de vista los buques incendiados, si bien se divisó durante largo rato el resplandor producido

blas, —repuso el señor Pinson; —con todo, comodoro, si he de ser franco con usted, le diré que si pudiese dejar el Fulton lo haría de buena gana. Dígame, amigo, ¿cree usted que el Davis volverá a las andadas?

—Tanto si quiere como si no, yo le obligaré a combatir. El Fulton, caballero, es un buque que anda perfectamente bien; le prometo a usted demostrárselo mañana. Ahora sólo le digo: ¡a su salud y buenas noches!

El señor Pinson y Azogue siguieron el ejemplo del comodoro y se retiraron a su camarote. Como todavía duraba la emoción que había sentido el muchacho a la vista del combate marítimo que acababa de verificarse, abrumaba a preguntas al señor Pinson.

—¿Acaso sentiría usted, señor,

PROVERBIOS ARABES

El que tenga la charla dulce podrá alimentarse en el desierto en los pechos de los leones.

La calidad de los hombres consiste en dos cosas muy pequeñas: la lengua y el corazón.

Recorre el mundo... El agua estancada se corrompe, al paso que la que corre libremente es cada vez más pura y limpia.

Amigo cercano, mejor que hermano ausente.

Si eres rico, da tu riqueza; si eres pobre, da tu corazón.

El que toca la miel está obligado a chuparse el dedo.

por las llamas. Sin pérdida de tiempo los marineros empezaron a reparar los desperfectos producidos por las balas y a lavar el puente. Grande era la contrariedad que experimentaban los tripulantes, pues sin dejar de manos sus faenas amenazaban con el puño al contrario fugitivo, apostrofándolo en términos muy injuriosos y desafiándolo. Sus imprecaciones eran ahogadas por el ruido que producía el oleaje, mientras que el Davis, indudablemente mal parado, dijérase que no tenía ganas de reanudar la lucha.

—¡Vamos, caballero francés! Tome usted un vaso de rom agitado en honor de la América del Norte! —dijo el comodoro al pasar junto al señor Pinson. He visto cómo se ha portado usted durante el combate, —añadió el oficial, — y le aseguro que no peca de cobarde.

—Esto según y como, —contestó el ingeniero; — soy valiente cuando no hay más remedio que serlo.

—No se haga usted disfavor, pues estaba abierta la cala y hubiese podido buscar un asilo en ella.

—Soy poco amigo de las tinie-

las que el "Davis" se abriese por la mitad y se fuese a pique?

—Si que lo sentiría, amiguito, pues no deseo la muerte de nadie.

—Los marineros del "Fulton" no piensan más que en colgar de una antena a sus colegas del "Davis".

—Comprendo la ira de que están poseídos. Si yo hubiese visto que un buque inglés o alemán incendiaba dos inofensivos buques mercantes franceses, creo que habría pedido un arma cualquiera para tomar parte en el combate. Empero en el caso presente nuestro papel debe limitarse a desear con toda el alma que termine cuanto antes esa lucha fratricida.

Aunque el día siguiente el señor Pinson se levantó casi a la misma hora en que el sol empezaba a asomar su faz por el horizonte, con todo ya encontró a Azogue instalado en el puente. Habiendo quedado muertos el día anterior tres marineros del "Fulton", a la sazón sus compañeros estaban ocupados en amortajarlos con pedazos de vela. El mar aparecía compacto, distinguiéndose a la distancia de cuatro kilómetros el "Davis" que proseguía su huida.

—El muy tunante anda bien, di-

jo el teniente dirigiéndose al señor Pinson; aunque nosotros no nos desviáramos un ápice de la vía recta, el corsario nos va dejando cada vez más atrás. Afortunadamente, el barómetro desciende; si el mar se pica estoy seguro de que el "Fulton" recobrará la distancia perdida.

Durante largo rato estuvo el señor Pinson contemplando el "Davis" que, izado su pabellón a popa, desafiaba a su adversario. Ligero, rápido el vaporcito, el cual se distinguía muy bien por estar pintado de negro, parecía que volaba por encima de las olas, y dejaba tras sí una dilatada estela espumosa.

La campana de a bordo dió las diez. De repente apareció el comodoro sobre el puente, vestido de gala, y fué saludado con un dilatado redoble de tambor. En seguida los marineros, armados y equipados, se alinearon a ambos lados del buque, mientras los oficiales rodeaban a su superior. Los cadáveres de los tres marineros fueron traídos a aquel sitio y colocados cerca de una porta abierta, en la que se veía un plano inclinado. El comodoro, con grave acento, leyó algunos versos de los salmos de David: de vez en cuando interrumpía la lectura, oyéndose inmediatamente el toque plañidero de un pífano.

Nada más desgarrador que esa triste y sencilla ceremonia. En el alma de la embarcación el dolor sin límites; debajo, el profundo mar, pronto a abrirse para recibir los mortales despojos de unos hombres que el día antes se rebotaban de vida, muertos intrépidamente en su puesto y en defensa de la patria.

Resonó un cañonazo; los tres cadáveres, cada uno de ellos con una bala atada a los pies, se deslizaron sucesivamente por el plano inclinado, desapareciendo al fondo del mar.

El señor Pinson y Azogue, descubierta la cabeza y meditabundos, habían tomado parte en tan triste ceremonia. Terminada que fué, ambos se encaminaron lentamente hacia la toldilla. Azogue lloraba.

—¿Qué te pasa muchacho? preguntó el ingeniero.

—Señor, estoy pensando en mi padre. Cierta mañana le vi pálido, inmóvil, envuelto en un lienzo blanco, como los marineros que ha poco estaba contemplando. Coleado en un vehículo negro fué llevado al cementerio. Una fosa estaba abierta, y... ¡yo no debía volver a verle!

Azogue sollozó tan amargamente, que el ingeniero instintivamente le colocó sobre sus rodillas. Abrazóle, y prodigándole palabras de consuelo empezó a mecerle cual si fuese una criatura. Poco a poco el niño se fué calmando, y en sus labios apareció una sonrisa. Al cabo de dos horas todo el mundo a bordo del "Fulton" estaba ocupado en sus quehaceres.

A medio día, hora en que almorzaba la distancia que separaba el "Fulton" del "Davis" al parecer era la misma. Convencido el comodoro de que si el tiempo empeoraba, su embarcación recobraría el tiempo perdido y por lo tanto le sería fácil alcanzar al enemigo, a cada momento consultaba el barómetro.

El almuerzo duró poco, pues la perspectiva de un nuevo combate había exaltado el ánimo de cuantos navegaban a bordo del "Fulton", y por lo tanto quitádoles el apetito. Al presentarse nuevamente en el puente, el comodoro lanzó una mirada al horizonte y golpeó las tablas de la cubierta con el pie.

(Continuará)

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

PARA SABER SI UNA PIEL es buena hay que examinar la longitud y la densidad de vello que tiene raíz del pellejo, lo cual se determina sobre el pelo. Si éste se abre fácilmente y deja al descubierto el pellejo, no es buena la piel; pero si el vello es tan denso que el aire no lo penetra, o a lo sumo deja al descubierto un poquito de pellejo, puede adquirirse la piel sin reparo.

LOS CEPILLOS DE VALOR, tales como los de marfil y de concha de tortuga, se pueden limpiar con salvado en vez de emplear agua y jabón.

Se revuelve el cepillo en salvado y se frota los pelos como si se le estuviera dando una jabonadura y luego para quitar las partículas que se hubieran adherido se golpea sobre una mesa.

El sistema suele resultar algo lento, pero con él se evita que por efecto de la humedad se reblandezcan los pelos.

Quitado el salvado, el cepillo queda perfectamente limpio y sólo resta sacudirle con un pañuelo de seda suave.

VIRAGE FACIL. — Un cuarto de hora antes de emplearlo, mezcla 200 centilitros de una solución acuosa de bicarbonato de sosa al 1 por 100 con 10 centilitros de una solución de cloruro de oro al 1 por 100. Bien lavadas las pruebas, se ponen en este baño y se viran con mucha rapidez. La cantidad de líquido indicada en la fórmula sirve para 12 pruebas de 13 por 18. Después hay que tirarlo.

ROUGE EN POMADA. — A 100 gramos de excelente coldcream, fresco, se le agregan cuatro gramos de carmín de primera calidad y se hace la mezcla en un tarro de porcelana, con ayuda de una espátula de madera; según se quiera obtener un rouge más o menos obscuro, se pone mayor o menor cantidad de coldcream. Si se añade polvo de talco al carmín, esta pomada no se pone rancia.

LAS REDES CONVIENE TEÑIRLAS de verde para poder cazar mejor ciertos animales, pues con dicho color se distinguen menos entre la hierba. El procedimiento para teñirlas consiste en dejarlas primeramente toda una noche en remojo en una solución caliente de tanino, que se hace disolviendo 120 gramos de cato en 4 1/2 litros de agua. Al día siguiente se escurre bien la red y se echa en el verdadero baño tintóreo, compuesto de 60 gramos de verde de metileno, disueltos en 4 1/2 litros de agua.

PARA PEGAR LOS DEPOSITOS de cristal de los quinqués de petróleo a la boquilla o a la armazón, se emplea generalmente yeso, pero como éste puede ceder con la elasticidad por efecto de las vibraciones

y hasta por la influencia de la temperatura, es mejor usar una pasta compuesta de cloruro de cinc a 1,5 de densidad, con 3 por 100

de bórax y una cantidad suficiente de óxido de cinc, para obtener la consistencia necesaria.

Esta pasta se seca rápidamente,

y por lo tanto, sólo debe prepararse en el momento de emplearla. Es un cemento algo semejante al que los dentistas emplean frecuentemente para las obturaciones.

Aves buceadoras

Entre las aves buceadoras más notables figura, en primer lugar, la búa la única europea que tiene una serie de pequeñas cámaras neumáticas entre la piel y la carne, que probablemente le sirven de muelle para amortiguar el choque contra el agua cuando a ella se lanza con fuerza desde grandes alturas.

Los arenques y otros peces no requieren un ímpetu tan grande para llegar a ellos, de 20 a 25 metros de profundidad. Las buías bucean hasta esas profundidades, pues se han encontrado de estas aves en las redes allí colocadas.

Las golondrinas de mar bucean de igual forma, pero como casi todas las gaviotas, rara vez sumergen todo el cuerpo en el agua.

El martín pescador también se zambulle en el agua lanzándose a ella desde las ramas de los árboles en las orillas de los ríos.

Hay un pajarillo, una especie de reyezuelo, que por su configuración notable podría imaginarse que era un ave acuática, y que sólo se encuentra en las orillas de los ríos, cuya corriente es muy rápida, y el agua muy pura y cristalina.

No es ave palmípeda, y, sin embargo, nada como un pato, bucea y nada con ayuda de sus alas. Se mete por las piedras del lecho del río en busca de insectos acuáticos, y es curioso que este pequeño pajarillo, a pesar de su vida en el líquido elemento, no haya adquirido ninguno de los rasgos que caracterizan a las aves acuáticas.

Consideramos, como imperativo en las aves acuáticas, el que sean palmípedas, y, sin embargo, la gallina de agua carece de membranas natatorias y nada y bucea con gran facilidad.

Las negretas, aunque también carecen de membranas entre los dedos, tienen éstos en piel, pero tampoco presentan los caracteres de las aves acuáticas, y lo mismo ocurre con esas avecillas que llaman falaropos.

En cambio, los colimbos, por ejemplo, han cambiado notablemente su primitiva estructura han perdido la cola y sus alas, ya no les sirven para largos vuelos. Su cuerpo se ha alargado, así como sus patas y sus pies se han estrechado como la hoja de un cuchillo para nadar, pero, en cambio, andan con gran dificultad en tierra.

Otras aves acuáticas y marinas han sufrido una transformación aun mayor. Su cuerpo es muy alargado, y el esternón es saliente como la proa de un barco, lo que no sucede en el colimbo, que lo tiene corto y muy ancho.

En tierra esas aves son aun más torpes que el colimbo, por lo que rara vez salen a tierra.

La dificultad que las aves buceadoras encuentran para andar es debida a que la articulación de la "rodilla", con objeto de dar a la pata mayor fuerza en el movimiento natorial, lleva un hueso que se proyecta hacia arriba más allá de la articulación. Los músculos del muslo van unidos a él, y la fuerza para levantar y sostener el cuerpo queda muy disminuida.

El correjón es uno de los maestros en el arte de bucear.

En las gaviotas, el esqueleto se ha modificado hasta llegar a adoptar la forma más apropiada para bucear y nadar.

En éstos no solamente el esternón, sino las costillas se han alargado considerablemente.

Utilizan las patas para nadar, pero durante su carrera debajo del agua emplean para avanzar las alas y no las patas.

Los cisnes, gansos y patos presentan curiosas graduaciones en las modificaciones de su estructura.

Se caracterizan los cisnes por sus largos cuellos y patas cortas. Bucean únicamente con la cabeza y el cuello para llegar al fondo con las aguas poco profundas, y eso ha hecho que esta parte del cuerpo avance tan grandes dimensiones.

Los patos hay que clasificarlos en dos categorías: los buceadores y los de superficie, según el lugar donde busquen su alimento. Los primeros son de agua dulce. Bucean sumergiendo medio cuerpo con la cabeza abajo para alcanzar el fondo. Estas aves, sin embargo, a pesar de tener membranas en los pies y haber modificado su pico y lengua para una alimentación acuática, no han cambiado muy profundamente la estructura de su cuerpo.

Finalmente, el ejemplo más notable de adaptación al medio acuático nos lo presenta el pingüino, cuyas alas se han transformado en aletas natatorias, recordándonos la misma transformación que han experimentado las ballenas y las focas actuales, y la de los ic-tiosaurios y plesiosaurios de otras épocas...

LAS ALHAJAS DE ORO BAJO contienen una cuarta parte de cobre, y se deslucen con el uso a causa de la oxidación de este último metal. Para que recobren su brillo primitivo, no hay más que lavarlas con un poco de amoníaco cáustico, y guardarlas envueltas en algodón en rama.

PASTA PARA LIMPIAR superficies de madera o mármol pulidas o barnizadas sin estropearlas lo más mínimo y exactamente igual que si fuera bronce u otro metal.

Harina o pulpa de madera, cuarenta partes; ácido hidrocloreídrico, cuarenta y cinco partes; cloruro de cal, diez y seis partes; trementina, media parte. Los ingredientes mencionados se mezclan perfectamente hasta formar una pasta. Para limpiar el objeto se cubre su superficie con la pasta, que se deja algún tiempo, y luego se quita, frotando rápidamente la madera o el mármol con una gamuza o un cepillo, desapareciendo de esta manera el polvo y la grasa y quedando una superficie perfectamente limpia.

Por medio de una ligera fricción con un paño o una piel flexible se saca un hermoso brillo a la madera o al mármol, los cuales adquieren un lustre casi de metálico.

La adición de cloruro de cal sirve para que la pasta permanezca húmeda durante mucho tiempo, cualquiera que sea la temperatura, permitiendo de esta manera quitar la pasta sin estropear el pulimentado y barnizado, al paso que la trementina hace desaparecer los olores desagradables durante el empleo de la mezcla.

PARA LIMPIAR LOS MUEBLES forrados de raso, es lo más apropiado la corteza de pan. Se le quita casi toda la miga y se frota rápidamente la parte sucia, sustituyendo la corteza apenas se ensucie un poco, por otro pedazo limpio. Luego no hay sino cepillar con un cepillo suave las migajillas de pan.

LA TREMENTINA DEVUELVE el brillo al calzado de charol aplicándola primeramente con un paño frotando después con una gamuza.

PARA LIMPIAR LAS PINTURAS al óleo se hace una solución con una cucharada de amoníaco y 4 litros de agua caliente; se empapa un trozo de franela en la mezcla, se escurre y se frota con ella el cuadro que se quiera limpiar.

Durante siglos los hombres han ignorado que en las profundidades de los mares, en el Ecuador como en el Polo, existen enormes masas de agua a una temperatura cercana a la del hielo. El número de los que conocen este fenómeno es muy limitado y mucho más reducido es aún el de los que saben el partido que de ello se puede sacar.

La explotación nacional de este fenómeno haría habitable regiones de nuestro globo que hoy no lo son.

Esta agua fría va en corriente submarina del Polo hacia el Ecuador con un movimiento sumamente lento y se va calentando poco a poco y entonces tiende a subir a la superficie.

En las regiones intertropicales el agua del mar, en la superficie, tiene una temperatura de más de 25 grados centígrados y a medida que se va profundizando va siendo cada vez más fría. A los 500 metros de profundidad la temperatura baja a diez grados; a 4.000 metros sólo es ya de tres grados centígrados, casi helada.

Tenemos, pues, y en cantidades ilimitadas, una mina, un manantial de frío que podríamos utilizar para obtener fresco, energía mecánica y agua dulce, sin contar con otras ventajas.

Gran problema, difícil sin duda, es el de sacar esta agua del fondo del mar y llevarla a la superficie. Que esto es posible no cabe duda; falta saber si el coste lo permitiría.

Para saber esto no había más recurso que estudiar el proyecto en pequeño y por ese sistema se ha visto que una conducción vertical de 15 metros de diámetro puede costar de 25 a 30 millones de francos papel francés por kilómetro de extensión y que una conducción oblicua de cuatro metros de diámetro costaría de dos y medio millones por kilómetro.

Según estos cálculos, se podía obtener el metro cúbico de agua fría a un precio que oscilaría, según el terreno entre 0.02 de franco y 0.005 de franco.

Cuando los explotadores hicieron funcionar el fonógrafo por primera vez ante los negros del interior de África, éstos, ya intrigados con las latas de conservas alimenticias, exclamaron: "¡Es conserva de hombre!"

En realidad, con el proyecto de que se trata se hará "conserva de hombre", porque el frío natural se puede emplear, no solamente en la conservación de los alimentos, sino en la de los hombres, con lo que queremos decir la transformación completa de las condiciones de habitabilidad del litoral de las tierras intertropicales.

En estos países el calor es el gran enemigo del hombre; todos los blancos que lo han visitado aseguran que el calor es allí abrumador. La causa que ha evitado pe-

Los climas tropicales transformados por el agua helada de los océanos

netrar más intensamente a la civilización no es otro sino el calor, que arroja a los hombres hacia el Norte. Mientras el calor caiga en la misma forma toda esperanza de colonización próspera será vana.

Los historiadores de África han comprobado que diferentes veces los conquistadores negros han intentado crear grandes imperios análogos a los que se formaron en Europa; pero estos vastos planes han fracasado siempre: jamás se han podido realizar las centraliza-

un fin de defensa del individuo contra la temperatura.

Si, por el contrario, la exposición al calor es solamente pasajera, los líquidos del cuerpo vuelven a adquirir en seguida su composición normal por otras reacciones exotérmicas, y todo vuelve a la normalidad.

Bastará, pues, poder disminuir la temperatura interior en las casas, talleres, fábricas o almacenes, etc., a unos 25 grados, para que los países de la zona tórrida fuesen

PROVERBIOS ARÁBES

La obediencia a las mujeres hace entrar en el Infierno.

No hables a tu perro, que te comerá; déjale con hambre y te seguirá. (Método de mando de los jefes moros).

El murciélago dice al ratón que es su hermano, y al pájaro que es su pariente. Al primero se lo dice enseñándole los dientes y al segundo desplegando las alas.

Estudiar en la juventud es gravar sobre la piedra; estudiar en la vejez es gravar sobre el mar.

Recorre el mundo... El agua estancada se corrompe, al paso que la que corre libremente es cada vez más pura y pimpia.

Amigo cercano, mejor que hermano ausente.

Si eres rico da tu riqueza; si eres pobre, da tu corazón.

El que toca la miel está obligado a chuparse el dedo.

Cuando salgas de tu tierra debes ocultar tres cosas: tu riqueza, el objeto de tu viaje y tu sistema religioso.

El que tenga la charla dulce podrá alimentarse en el desierto en los pechos de los leones.

Abandona el pueblo donde se burlen de tí, aunque sus calles estén empedradas con diamantes.

La paciencia es la clave del éxito; la precipitación es hermana del arrepentimiento.

La calidad de los hombres consiste en dos cosas muy pequeñas: la lengua y el corazón.

ciones políticas, económicas y administrativas, por falta de elementos materiales necesarios dependientes de la actividad humana, que sólo se puede ejercer en condiciones de buen clima y temperatura soportable.

El hombre metido indefinidamente en un medio cuya temperatura es excesiva, no puede resistir a la invasión del cuerpo por los productos anormales de reacciones endotérmicas que se producen con

agradablemente habitables, lo que es factible con el agua fría del fondo de los mares.

El empleo de esta agua fría en el litoral puede hacerse por medio de radiadores, que en lugar de ser tubos de hierro serían superficiales ligeramente inclinadas, por las que el agua corriese muy lentamente y, además, en forma de surtidores y pequeños saltos que refrescarían el ambiente.

El agua fría calentada de 10 a

20 grados en los locales cerrados, podría ceder algunas frigorías en los lugares públicos, jardines, plazas, calles y hasta a los arroyos antes de verter su agua en el mar a una temperatura superior, durante el día, a la de la superficie.

Se llegará a utilizar 10.000 frigorías por metro cúbico de agua.

Una conducción de un metro de diámetro podía sacar del fondo del mar un equivalente en frigorías a más de 50 vagones de hielo por hora.

La producción total de hielo en las fábricas de los Estados Unidos es de 40 millones de toneladas por año. Una sencilla conducción de 3 a 4 metros de diámetro puede dar el equivalente de esta producción en frigorías.

En la industria frigorífica se obtienen actualmente 3.000 frigorías por cada hora que se realizan por 5.000 calorías, o sea 0.600 kilogramos de carbón. Cada metro cúbico de agua fría corresponde a 2 o 3 kilos de combustible; por consiguiente, la conducción indicada puede producir en frigorías el equivalente a un millón de toneladas de carbón por año con un material marítimo menos costoso.

Una estación provista de una o varias conducciones que arroja 20 metros cúbicos por segundo, produciría durante el día 8.000 kilowatios y 300.000 frigorías por segundo, y por la noche 12.000 kilowatios y 200.000 frigorías, lo que equivale a 700 vagones de hielo por hora.

Además, produciría otras ventajas, cuales son el procurar agua para los usos domésticos y para el riego de los campos.

Las tierras ecuatoriales y tropicales son sumamente fértiles a condición de que tengan agua en abundancia, y con el procedimiento indicado, se tendría por evaporización toda el agua dulce que se deseara a muy poco coste.

Esperemos que pronto esto sea un hecho.

CHISTES

Un cantante pregunta a un médico: —¿Es verdad que los huevos aclaran la voz y facilitan su emisión?

—¡Ya lo creo! Y si no, ahí tiene usted las gallinas. Apenas ponen un huevo, ya empiezan a cantar.

—Demé unas gafas negras.

—Las azules son mucho más convenientes.

—Sí, pero estoy de luto.

El enfermo al médico: —Francamente, doctor, no comprendo su sistema de curación.

—¿Por qué?

—Me recomendó usted ayer que evitara todo género de emociones, y hoy me presenta usted la cuenta.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: CERRITO, 607

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. Mayo 1899

Sábados de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.—	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.—	Semestre \$ 6.—	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.—	Año \$ 11.—	Año \$ oro 8.00
No suelto \$ 0.20	No suelto \$ 0.25	
No atrasado \$ 0.40	No atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporters, fotógrafos, corredores, colaboradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.—	3.70
" chico	" 8.—	3.—
Tapas sueltas grande	" 9.—	2.50
" chico	" 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 1 — FRASE HECHA



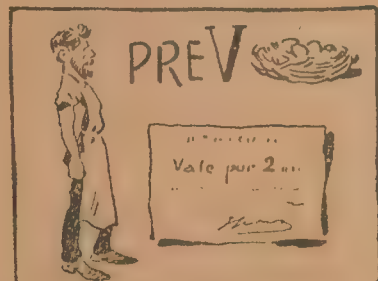
N.º 2 — CHARADA

Pretendió a dos-dos un
chico
más tres-tres que un prima-
dos.
Lo hallaba hasta en la tres-
prima.
Por todo, lo rechazó.

N.º 4 — JEROGLIFICO

TATETITU R
ZEZIZOZU

N.º 3 — JEROGLIFICO



N.º 5 — COMPRIMIDO

B É

N.º 6 — REFRAN JEROGLIFICO



N.º 7 — CHARADA

—¿Trajiste esta prima-
dos,
tercia del terciada segunda?
—Sí; del terciada dos primera
la todo esa, Rosamunda.

N.º 8 — FRASE EN ACCION



—¿En qué se diferencia
un hombre de una mujer?
—En que el hombre tiene
dos piernas y la mujer tres.
—¿Cómo es eso?
—El hombre tiene dos
piernas y la mujer dos pier-
nas y dos medias; y como
media y media son una, y
una y dos son tres, pues
¡velay!

SOLUCIONES DEL NUMERO AN- RIOR

- N.º 30—Servite que son sardinas.
- „ 31—Amago.
- „ 32—Blanco Encalada.
- „ 33—Cucharada.
- „ 34—Alforja.
- „ 35—Copa.
- „ 36—Remedios caseros.
- „ 37—Celadora.
- „ 38—Patacones.

El examen del cerebro de las aves demuestra que el sentido del olfato puede alcanzar en ellas muy poco desenvolvimiento.

Los bulbos del olfato son en ellas muy pequeños. Además no existen las fibras nervias que habrían de unirlos al resto del cerebro. Con todo, dichos bulbos no faltan en ninguna ave, que nosotros sepamos. Las membranas olfatorias de las aves presentan ciertas particularidades estructurales muy difíciles de interpretar. Las fosas nasales, cuya capacidad no es demasiada en ninguna ave, tienen en algunas la suficiente para suponer que no están desprovistas de olfato.

El hecho de hallarse más desarrolladas en las aves marinas, a las que el olfato es de suponer que presta poco servicio, hace creer que aquellas tienen alguna otra función diferente de la del olfato. Acaso les sirva para templar el aire que aspiran, aun cuando ocurre una nueva dificultad que resolver. Las aves llamadas fregatas, con tener las fosas nasales relativamente grandes, tienen obturados los agujeros de la nariz.

Aunque las aves marinas puedan olfatear, no pueden servirse del olfato para buscar alimento.

Todos los observadores convienen en que el cadáver de un ani-

¿Tienen olfato las aves?

mal ligeramente cubierto, se halla libre de los ataques de los buitres y demás aves comedoras de carne corrompida; pero la prueba más cierta de la ineficacia de este sentido en las aves —si es que realmente lo tienen— se halla en los experimentos del doctor Guillermand, que ha tenido por bien darnos a conocer: “Muchas veces me ha sucedido —nos cuenta— que habiendo cazado algún animal corpulento y, por consiguiente, demasiado pesado para poder transportarlo por mí solo, he buscado una pequeña gruta o el hueco de algún árbol y allí lo he metido. Volviendo después con gente para transportarlo al campamento, he podido ver acá y allá bandadas de buitres que, sin duda, no han de haberse percatado de que muy cerca tenían en donde satisfacer su hambre”.

Sus experimentos con dos pavos se llevaron a cabo con notable maestría. Puso dichas aves en sendas jaulas que daban a un corredor. En él colocó dos montoncitos de grano.

En las primeras observaciones colocaba en uno de los montones un pedazo de pan mojado en tintura de yodo o en esencia de anís o de espliego, o bien espolvoreado con alcanfor. Cuando las aves clavaban sus picos en el pan recibían

dentro de ellos una parte de la tintura o del aceite esencial que las obligaba a levantar la cabeza y sacudirla, pero seguidamente comenzaban a picar el grano, mostrándose del todo indiferentes a la proximidad de la esencia o del alcanfor.

Esta prueba daba sólo resultados negativos, indicando que las referidas aves no tenían aversión ni inclinación a ninguna de las substancias empleadas. Siguió, pues, un nuevo experimento.

El grano fué colocado sobre un colador común invertido, de unas siete pulgadas de diámetro. Las substancias odoríferas se pusieron debajo. Cada uno de los siguientes experimentos se repitió tres veces, poniendo en la primera una pequeña cantidad de materia odorífera, bastante en la segunda, y en la tercera toda la que pudo. Relataremos solamente la prueba final. Más de doscientos gramos de carburo se colocaron en un platillo con agua debajo de uno de los coladores. No hemos de suponer que los pavos estuviesen muy acostumbrados al acetileno que comenzó a formarse.

El platillo se llenó de bisulfato de carbono. La hembra terminó su comida. Cuando terminó el último grano, dió con el pie en el cola-

dor. Ambas aves metieron el pico hasta media pulgada en el incoloro líquido, como si lo examinaran. Lástima fué que ya no tuvieran sed. Una esponja de las de baño empapada en cloroformo, estaba colocada debajo del colador, cuyo tamiz descansaba sobre ella. La hembra, digo, terminó su refección, pero sin abandonar el colador. Al final picaba muy despacio y con frecuencia levantaba la cabeza y movía las alas como si estuviera parcialmente narcotizada.

El experimento se repitió con el pavo, en el que no se pudo advertir el menor síntoma de cloroformización.

La formación del ácido prúsico fué tan fuerte que pareció peligrosa para la vecindad. Uno de los jardineros, mozo de treinta años, nos habló de cierto olor a almendras.

Por unos cuantos minutos vimos que el pavo comía con su apetito habitual. A poco comenzó a dar vueltas en torno al colador, cruzando las patas y levantando el pico. Luego volvió a la jaula, en donde permaneció un poco con la cabeza y alas caídas. A los diez minutos volvió al colador, pero no tocó un grano más. Su cresta y su barba manaban sangre en abundancia.

"Flores en el deseo", por Agustín Rossi.—Editorial

Este poeta concibe al arte como una revelación excelsa que escapa a la sordida conspiración de las cofradías, y por eso es capaz de triunfar solo y noble; solo y bueno; solo y honesto; sin acordarse para nada de la recua de los mecenases de ocasión y de los politiqueros simuladores. "Le pregunto al que pasa" y "Zánganos", composiciones que hieren deslumbrando como el filo de una espada incidido por un rayo de sol; "El nuevo libro", "Dedicatoria", "Soneto", acuarelas que se desmayan bajo el peso de tanta belleza delicada, nos prueban que Rossi tiene la despreocupada condición de los zorzales de la tierra que escriben sus sonatas en la página, azul de la aurora, sin recordar que se posan sobre una rama bajo la cual pasan, pastando, las bestias.

Hojeamos su último libro, "Flores en el deseo". Escrito en gran parte, siguiendo la tendencia artística de los modernos líricos mejicanos, este volumen es, a nuestro parecer, el intento mejor logrado del escritor.

Rossi es un poeta aristocrático. Ajusta el verso a su emoción, como la tierra ajusta el aro húmedo de la orilla al poético lago. Una corola encendida, un ave rauda, un retazo de azul y una estrella, que palpita, como un corazón enamorado, despiertan en su mundo interior el milagro de las emociones.

"Al margen del abismo", por Arduino Barchetta.

Ha llegado a nuestras manos el referido libro, cuidadosamente presentado por la Editorial Tor, y con el cual el señor Arduino Barchetta hace su presentación en forma acertada con este primer fruto de su intelecto, a todas luces robusto y seguramente promisor de otras manifestaciones artísticas como ésta, de indiscutible mérito.

Sobresale con relieves propios una cualidad entre las muchas que se reflejan en este libro, y esta es la sinceridad que ha puesto el señor Barchetta en sus páginas.

Es tan acentuada y manifiesta esta sinceridad que sin ser psicólogo parecería a veces, que en algunos pasajes del libro, ya sea del autor, que podría retratarse a sí mismo, o de alguien que los ha sentido intensamente, se traducirían trozos vividos de la existencia, y en carne propia. Acaso, para muchos, esta apreciación podría estar refutada con el carácter de novela que se anuncia al frente de la obra, debajo del título, ya que generalmente, las tramas de esta clase de literatura son a base de acciones más o menos fingidas e imaginadas.

"Al margen del abismo", demuestra, pues, por su acertada y cuidadosa ejecución, que el señor Barchetta es dueño de espléndidas condiciones de escritor y que seguramente su presentación en el campo de las letras con tan valiosa como interesante obra, será acogida de la manera más franca y auspiciosa.

PAPEL Y TINTA

"Evocaciones históricas", por Vicente Fidel López. — Librería "El Ateneo".

La Biblioteca de Grandes Escritores Argentinos que dirige con tanto acierto el doctor Alberto Palcos, ha publicado el volumen XXIII, correspondiente al epígrafe con que encabezamos estas líneas.

Este libro consta de tres interesantes trabajos, cuyos méritos se recomiendan por sí solos. Así, por ejemplo, en "Autobiografía", se re-

filosófico de buena ley. Las confesiones asumen en esta obra un lugar prominente. Aquí y allí, nos encontramos con décimas en donde el poeta deja al descubierto su intimidad paternal. Por ellas sabemos, lo que el autor siente frente a la vida, sus inquietudes, su filosofía, sus amores. Digamos, además, que estas décimas se adaptan muy bien a la emoción que les da vida; es decir, que el momento captado por el poeta, no desmerece la forma que lo contiene.

"Décimas", del señor Fernández Moreno, es una obra digna de

"Los amigos del más allá", por Cristóbal Bonilla Cózar.

De España, Las Palmas, de Gran Canaria, nos llega este libro de novísima doctrina sobre teosofía. Para aseverar cuanto exponen en esta obra, sus ejecutores materiales transcriben en sus primeras páginas, el acta donde hacen constar todos los pormenores que le sirvieron para recibir las revelaciones, y que, a continuación, van describiendo y estudiándolas minuciosamente, amén de otras opiniones referentes al mismo libro en sí, que le merecieron a los miembros de esta sociedad de la ciencia oculta, en cuanto atañe a la verdad de los hechos expuestos.

"Los amigos del más allá", sintetizan los estudios efectuados alrededor de la teosofía, y, al mismo tiempo constituyen un paso dado en firme en esta época de descreimiento, para estas clases de especulaciones filosóficas.

"El ex marino", por Andrés M. Rosaspini.

Forman este libro una serie de poemas en verso, que, dicho sea de paso, son versos que se leen sin tropiezo, pero que carecen de emoción unas veces, y otras, revelan poca originalidad en la manera de construirlos: sus temas interesan muy poco, y la rima empleada en una misma estrofa, son a ratos dispares; es decir, confunde la rima perfecta con los asonantes.

Es de esperar que el autor de "El ex marino", en otra obra, se culde de los defectos que anotamos.

El anuario de "La Razón".

Dedicado a la Feria Internacional a celebrarse en Sevilla acaba de poner en circulación nuestro estimado colega "La Razón" el número de su anuario correspondiente al año 1929.

Interesante, documentado, con ilustraciones profusas, datos estadísticos, comentarios acertados y conclusiones elocuentes y útiles.

Resumen periodístico de un año de actividades argentinas en el orden industrial, comercial, bancario, político, literario, artístico, musical, deportivo, etc.

Es evidente que cada año que transcurre "La Razón" realiza mayores esfuerzos para ofrecer al público un compendio substancioso y apreciable que refleje los hechos pasados más sobresalientes y vistos con criterio sano y imparcialidad, llevando al lector una idea general sobre el año vivido.

Estos propósitos merecen nuestro aplauso al colega.

Plano de la Casa Peuser.

Hemos recibido el plano conteniendo las líneas de ferrocarriles de la República y las calles de la ciudad de Buenos Aires, que la Casa Peuser ha editado, para obsequiar con él a sus clientes.

Trátase de un trabajo perfectamente presentado y ejecutado, que ha de ser de gran utilidad, en todo momento, especialmente cuando se trate de orientarse dentro o fuera de la capital. Por esta razón, el plano de referencia constituye un obsequio práctico, útil e instructivo.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
DE 2 A 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 16 a 19 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 38, Mayo 6327

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matris, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Pirovano
Jefe del Servicio del Hospital
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

cuerdan los primeros años, maestros y compañeros del doctor Vicente Fidel López; en el segundo, se relata "La gran semana de 1810", con vivos colores y, en el tercer capítulo, trata "El conflicto y la entrevista de Guayaquil", de San Martín y Bolívar.

A manera de prólogo, se inserta un discurso pronunciado por don Emilio Ravignani en el Colegio Mariano Moreno, con motivo de cumplirse el centenario del natalicio de tan ilustre escritor y parlamentario.

"Décimas", por Fernández Moreno. — Editor: Rosso.

mayoría de las décimas reunidas en este volumen, al leerse ahora por segunda vez cobran un nuevo aspecto las poesías aquí colecionadas. El espíritu del poeta hallase en ellas bien manifestado, causando al lector un efecto rozagante lleno de frescura y, un es no es. A pesar de haberse publicado la

aplausos, y que se recomienda por sí misma.

"Orientación". —

Con motivo de su primer año de vida periodística, "Orientación", revista mensual de literatura, crítica y arte, que aparece en esta capital, dirigida por conocidos intelectuales jóvenes, acaba de publicar un número extraordinario que honra a su dirección y personal que la forman.

Su director, el señor José Eugenio Compiani y su consejo de redacción, han demostrado que son capaces de dirigir una revista de esta índole.

Su material de lectura, como así también los numerosos grabados que engalanan sus páginas, son muy seleccionados y de buen gusto.

Deseamos al novel colega una larga y profícua existencia.

"LA NOCHE DE MI CASORIO", EN EL SMART

Se produjo en el Smart el tercer estreno de la temporada, revisando la novena características análogas a las de las piezas que la precedieron en el usufructo del cartel.

Los señores Alberto J. Ballester y Arnaldo Mariatti, conocen bien el teatro de hacer feir y las aptitudes que para el mismo tiene el actor marceio Ruggero. Sobre base tan sólida, no les ha debido costar mucho su acierto. Basta elegir un episodio más o menos pintoresco, crear un papel de ifabano que no sea precisamente un Dammunzio y organizarle una serie de peripecias truculentas y grotescas a base de alguna confusión o venganza y ya está listo el éxito. Aunque la obra no abunde en pruebas de ingenio, aunque los cuistes tengan muy relativa novedad, aunque haya escenas descabelladas, aunque sea completamente convencional la trama y perfectamente caprichosa la manera de proceder del protagonista o de cualquiera de los que actúan a su lado, no importa. Allí está Ruggero que es toda la obra. Su actividad, su gracia pecuniar, su extraordinaria capacidad para dar vida a los tipos más inverosímiles, su ingenio vivaz y la verba chapurreada y de buia prosodia con que hace hablar a los personajes que encarna, quitan importancia a las obras que representa y las reduce a todas a un común denominador, que no es más que el éxito personal de Ruggero.

Acaso por esto, cuando a veces el cronista frunce el ceño ante una producción mediocre, por su carencia de valores artísticos, su gesto adusto dura poco, porque en seguida la labor del comico suple a la del autor y lo que falta de ingenio en el libro, abunda en el trabajo del intérprete.

Se ha dicho, acaso con razón, que la gracia de Ruggero es exagerada y búrda. Es así, pero tiene que ser así forzosamente, en virtud de los personajes que encarna. Un vendedor de baratijas, un almacenero de barrio popular, un pobre diablo o un nuevo rico, no pueden hacer otra cosa que las que hace Ruggero en escena. Son, desde luego, caricaturas de una realidad grotesca, pero muy acertadas en cuanto ponen de manifiesto los aspectos más ridículos de tales personajes.

Cuenta Ruggero con un plantel de actores que le secundan con toda eficacia, dejando al "capo" la independencia necesaria para dar rienda suelta a sus travesuras y hasta improvisaciones breves con que a veces matiza la frialdad de un pasaje lánguido de la obra. En la que nos ocupa, el primer actor tiene una ardua labor a su cargo y poco margen deja a la colaboración de sus colegas de la compañía. Sin embargo, cabe citar la actuación empeñosa de Enriquez y Plastino y algún otro que en el momento no acertamos a recordar.

La presentación escénica, muy adecuada a las circunstancias. Al final de la representación hubo aplausos abundantes para todos, viéndose obligados a hacer uso de la palabra uno de los autores y el director del conjunto.

TEATROS

ROSTAND EN PELIGRO

Para los muertos existen dos serios peligros: el de la resurrección, que llenaría sus almas de desconsuelo y el del recuerdo de sus obras por los parodistas, que vienen a ser algo así como tintoreos baratos de harapientas guardropas. Si las cenizas de los extintos pueden temblar en sus tumbas, los restos de Rostand han de encontrarse en estos momentos como médanos enresacaos por la furia de un huracán.

Decimos esto, porque a los señores Luis Rodríguez Acasuso y Mario Bellini se les ha ocurrido acilimar en un arrabal porteño al narigudo gascón que perdió el seso por la dulce Roxana y nos lo presentarán en la Comedia bajo el título de "El Cyrano de Pompeya", en verso lunfardo para mayor propiedad.

El atentado tendrá lugar en estos días. Lugar del hecho, el teatro de la Comedia. Cómplices, los elementos de la compañía Olinda Bozán.

Oportunamente daremos cuenta a nuestros lectores del trágico suceso.

UNA TEMPORADA ARTISTICA

Separada de su habitual compañero de labor y al frente de una compañía en la que figuran muchos artistas desconocidos para nuestro público, pero que tienen celebrada actuación en España, se presentará el día 16 de mayo próximo en el teatro Maipo la señora Irene López Heredia, cuyos méritos como actriz de comedias de salón no es necesario ponderar.

Se propone darnos a conocer una buena cantidad de novedades de la escena española, así como algunas producciones del teatro francés y aun del alemán. Un repertorio ecléctico en cuanto a la nacionalidad de los autores, aunque encuadrado siempre, en lo que a las producciones respecta, dentro del género a que siempre se ha dedicado la distinguida artista.

Uno de los primeros espectáculos será destinado a la representación de la pieza de Jacinto Benavente titulada "Para el cielo y los altares", que fué incluida por la censura del gobierno español en el "Syllabus" laico de las piezas con las que puede ser condenada una compañía, al infierno terreno que para los réprobos tiene la dictadura. Sin duda va a constituir un acontecimiento este estreno, por el ruido que se ha hecho en torno de la obra.

Además se darán dos obras de Manuel Linares Rivas, "El rosal de las tres rosas" e "Hilos de araña" estrenadas recientemente en Madrid con juicios contradictorios por parte de la crítica de la villa y corte, que por cierto no se ha mostrado siempre benévola para el autor citado.

Entre las demás novedades figuran "El caballero Varona" de Jacinto Grau, que dió también mucho que hablar a los valbuenas matritenses; "Cándida", de Bernard Shaw, de la que ya conocemos una versión italiana; "Folletín" y "Sacrificio de mujer" de Jorge Kaiser, autor alemán que goza de mucha boga en Europa; "Los transatlánticos" de Abel Herman, traducida por Manuel Azafia; una versión teatral de la novela de Juan Valera, titulada "Pepita Jiménez", por Ce-

ferino R. Avelilla; "El fantasma de Canterville" de Oscar Wilde; "El cabanero Casanova" de C. Orloc, etc.

También serán ofrecidas dos obras del autor argentino Enrique Suarez Deza, tituladas "Champagne, senorita" y "Las nueve y media".

LA TENDENCIA NUEVA

La dirección de Armando Discépolo esta imprimiendo a la temporada del Comico una marcada orientación renovadora, que se mantiene con tesón digno de aplauso. Rompiendo lanzas por el teatro Nuevo, se están preparando otras piezas vanguardistas que irán destinando sucesivamente por la sala de Arata, en el siguiente orden: "Yo no soy yo", farsa en un prólogo, un exordio, un espacio incommensurable y un epílogo, de Armando Moock; "Ocio" de Leónidas Barletta y "Mi tragedia y la tuya" dos actos de realidad y uno de ficción, por Carlos Alberto Silva.

La primera, en el orden citado, ha de ser sin duda, una producción interesante y la esperamos con la curiosidad que siempre nos inspiraron los trabajos del autor de "La mala sed", preocupado siempre por un noble empeño de superación, fructuoso, la mayor parte de las veces.

EL INFATIGABLE VACAREZZA

La primer pieza que será estrenada este año con la firma del popular sainetero Alberto Vacarezza será "Conventillo La Paloma", que dentro de poco subirá a las tablas en el Nacional. Se tienen referencias óptimas de esta producción.

LA SANIDAD Y EL TEATRO

Las medidas preventivas de las autoridades sanitarias demoraron el desembarco de los elementos de Luis Gimeno y no se sabe si debutarán en el Avenida para la fecha anunciada. Ya dijimos que se haría en la "première" la zarzuela titulada "La del soto del Parral", muy aplaudida en Madrid.

NOTICIARIO

Sigue haciéndose aplaudir Parra en el Ateneo con la hilarante pieza "Adán y Eva se divierten".

—El primer estreno de Evita Franco en el Liceo será "La señorita Gata" de Roberto Gache y Agustín Remón, dos firmas promisoras.

—"El místico" de Santiago Rusiñol está proporcionado a José Gómez en el Marconi muchos aplausos y merecidos por cierto. Es una de sus buenas creaciones.

LAS ACTIVIDADES DEL IDEAL

Consiguió un buen número de representaciones, aunque no tantas como merece, la pieza de Salvadora Medina Onrubia "Las descentradas", que ha ido afianzando entre el público sus positivos valores durante su permanencia en el cartel. Muchas son las excelencias de esta interesante producción, la más intensa y profunda de las estrenadas hasta la fecha y acaso la más sugerente sea, la de ser su autora una mujer y afrontar en ella con sagacidad y tino encomiables un problema tan inquietante y tan humano como el examen psi-

cológico de los grandes problemas femeninos que agitan hoy la conciencia de una buena parte de las hijas de Eva.

Se anunciaba para la próxima renovación del cartel de este teatro, la pieza de Luis Rodríguez Acasuso titulada "El torbellino del jazz", que a estas fechas tal vez haya subido ya a escena, a menos que el interés del público por "Las descentradas", motivara el aplazamiento de dicho estreno.

LOS INFANTES DE DOÑA ANGELINA

Con el estreno de la fantasía de Tomás Borrás y Valentín de Pedrón "El gato con botas", debió de hacer su reaparición en el teatro Ideal la compañía de Angelina Pagano, que viene realizando en diversos escenarios de la capital y del interior una labor tan simpática. Los pequeños grandes actores con que cuenta este nutrido elenco, gozan de tan merecidos prestigios que no ha de escatimarse el público su concurrencia y aplauso.

EL CARTEL DEL NUEVO

Se ha mantenido con buena fortuna el cartel del Nuevo, a base de las dos piezas del debut tituladas "Don Isaac Soler, maestro", y "El almacén de la alegría", dos francos éxitos de Casaux. Para animar un poco la labor del eximio actor dándole nuevos motivos de lucimiento, se está ensayando la pieza que acompañará a las anteriores en las funciones del Nuevo y que es la farsa en dos cuadros de Enrique Gustavino titulada "La mujer más honesta del mundo". Nos ocuparemos de ella en el número próximo.

GRAND SPLENDID

Interesantes novedades ofrecerá en el transcurso de la semana próxima este cine, acreditado como una de las salas más aristocráticas y cómodas de Buenos Aires. Por sus excelentes orquestas, es también considerado como sitio predilecto de los aficionados a la buena música, que entre nosotros son legión.

CAPITOL

Para responder al favor que el público le dispensa, la dirección de esta sala ha obtenido la exclusiva de varias películas que llegan a nuestro país precedidas de gran renombre y que serán incluidas en los programas de los días próximos.

GLORIA

En el cine más céntrico de la capital, que es sin duda el Gloria, se ofrecen a precios populares y en una sala de todo confort, las producciones dramáticas y cómicas más importantes de la cinematografía universal.

CINE PARC

En Palermo, el Cine Parc ha resuelto el problema de los aficionados al film por lo cómodo y familiar.

Notas Cinematográficas



Greta Garbo y John Gilbert en una de las escenas de "El demonio y la carne", la excepcional película que la Metro Goldwyn Mayer difundirá en los mejores salones desde esta semana



Reginald Denny y Betsy Lee en un pasaje de la cinta Jewel de gran comicidad "Un pájaro da cuenta", que la Universal exhibe desde la anterior semana



Vea en los mejores cines de
BUENOS AIRES
la magnífica superproducción

Metro-Goldwyn-Mayer

DEMONIO y CARNE

con
John Gilbert
y *Greta Garbo*

según la más célebre
novela de Herman
Sudermann.

Es la obra pasio-
nal más perfecta crea-
da por el cine.



Escena de "El caballero sin miedo", con Richard Talmadge como protagonista, que la New York Film Exch. estrenará pasado mañana.



Norma Talmadge y Gilbert Roland, protagonistas de "La mujer disputada", primer gran estreno de Artistas Unidos



Bárbara Bedford y Cullen Landis en "Caras marcadas", que la Corporación estrenará mañana



June Collyer y Conrad Nagel en "Los maridos mienten", película extra, que la Fox estrenará pasado mañana

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



LA DISTINCION DEL COLOR NEGRO. — 1 — Traje para la tarde confeccionado con crespón-satén negro, empleado por ambos lados. — 2 — Elegante traje para el té, compuesto con crespón de China color rosa y crespón de China color negro y plata. Hojas y flores estilizadas. Acompaña a este traje un abrigo guarnecido con nutria. — 3 — Traje confeccionado con crespón-satén color negro, empleando ambos lados. Es muy sencillo de forma. Cruza a un costado y va adornado con trenillas encérradas de seda negra.